# ESCUCHA YANQUI

## La Revolución en Cuba

POPULAR

Charles Wright Mills

# ESCUCHA YANQUI

## La Revolución en Cuba

POPULAR

Charles Wright Mills

COLECCIÓN POPULAR

**21**

**ESCUCHA, YANQUI**

Traducción

JULIETA CAMPOS

Y ENRIQUE GONZÁLEZ PEDRERO

CHARLES WRIGHT MILLS

# ESCUCHA, YANQUI

*La Revolución en Cuba*

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición, 1961

Segunda edición, 2019

[Primera edición en libro electrónico, 2019]

Diseño de portada: Rafael López Castro y Guillermo López Wirth

D. R. © 2019, Fondo de Cultura Económica

Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738 Ciudad de México

www.fondodeculturaeconomica.com

Comentarios: editorial@fondodeculturaeconomica.com

Tel. 55-5227-4672

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio. Todos los contenidos que se incluyen tales como características tipográficas y de diagramación, textos, gráficos, logotipos, iconos, imágenes, etc., son propiedad exclusiva del Fondo de Cultura Económica y están protegidos por las leyes mexicanas e internacionales del copyright o derecho de autor.

**ISBN 978-607-16-6456-3 (ePub)**

**ISBN 978-607-16-6406-8 (rústico)**

Hecho en México - Made in Mexico

*A mi hijo Nikolas*

**ÍNDICE**

*Primera advertencia al lector*

¿Qué significa Cuba?

Nuestra revolución

Tu contrarrevolución

Una economía sobre la marcha

Cuba y el comunismo

Euforia revolucionaria

La cultura en Cuba

¿Qué significa “yanqui”?

*Segunda advertencia al lector*

*Notas y bibliografía*

## PRIMERA ADVERTENCIA AL LECTOR

Este libro refleja el tono y el tema de discusiones y entrevistas sostenidas con soldados rebeldes, intelectuales, funcionarios, periodistas y profesores en Cuba, durante el mes de agosto de 1960. Pero no se trata sólo de Cuba, porque la voz de Cuba es hoy una voz del bloque de naciones hambrientas, y el revolucionario cubano habla ahora —con gran efectividad— en nombre de ese bloque. Lo que los cubanos dicen y hacen hoy lo dirán y harán mañana otros pueblos hambrientos de América Latina. Esta perspectiva no es ni una jactancia ni una amenaza de Cuba. Es una probabilidad evidente. En África, en Asia y en América Latina los pueblos por los que habla esta voz se están llenando de una fuerza airada que jamás habían conocido antes. Son jóvenes naciones: para ellas el mundo es nuevo.

En Cuba, el pueblo de una nación hambrienta está en pleno clamor revolucionario. Toda su historia se ha visto envuelta, en formas muy extremas, con la historia de los Estados Unidos, y la isla que habita está muy cerca del territorio de los Estados Unidos.

Independientemente de lo que ustedes y yo pensemos, la voz de Cuba debe escucharse en los Estados Unidos de Norteamérica. Y, sin embargo, no ha sido escuchada. Esta voz debe oírse ahora porque los Estados Unidos son demasiado poderosos y sus responsabilidades para con el mundo y consigo mismos son demasiado grandes para que su pueblo no oiga las voces que vienen del mundo hambriento.

Si no las escuchamos, si no les prestamos toda nuestra atención, nos exponemos a todos los peligros de la ignorancia —y, con ellos, a los peligros de errores desastrosos—. Si no escuchamos, recordemos que otras naciones poderosas sí lo están haciendo —los rusos, por supuesto—. Ellos sí están escuchando las voces del mundo hambriento y están actuando. Algunos errores producto de la ignorancia ya han sido cometidos, en nuestro nombre, por el

gobierno de los Estados Unidos y con desastrosas consecuencias en el mundo entero para la imagen y el futuro de los Estados Unidos. Pero quizá no es todavía demasiado tarde para que escuchemos y para que actuemos.

## I

Mi objetivo central en este libro es presentar la voz del revolucionario cubano, con la mayor claridad y fuerza posibles. Me he fijado este objetivo porque esa voz está absurdamente ausente en las noticias de Cuba que se difunden actualmente en los Estados Unidos. No encontrarán ustedes aquí "toda la verdad sobre Cuba", ni tampoco "una apreciación objetiva de la Revolución cubana". No creo que nadie pueda hacer en este momento semejante apreciación ni creo que nadie —cubano o norteamericano— pueda saber todavía "toda la verdad sobre Cuba". Esa verdad, cualquiera que ella sea, está en proceso de creación y cada semana es distinta. La verdadera historia de la Revolución cubana, con todo su significado, tendrá que esperar a que algún cubano que haya participado en ella encuentre la voz universal de su revolución.

Mientras tanto, mi labor ha sido tratar de plantear algunas preguntas útiles y buscar y atender las más variadas respuestas que pude encontrar.

Los hechos y las interpretaciones expresados en estas cartas de Cuba reflejan con exactitud, en mi opinión, las opiniones del revolucionario cubano. Las palabras empleadas son en su mayoría mías, aunque no todas; los razonamientos, el tono, las interpretaciones, el sabor y la sensibilidad son, en lo esencial, directamente cubanos. Mi papel ha sido simplemente organizarlos, de la manera más directa e inmediata de que he sido capaz. Quiero decir que aquí está lo que los cubanos, en medio de su revolución, piensan de esa revolución, del lugar que ésta ocupa en sus vidas y de su futuro. He aquí algo de su optimismo, sus fatigas, su confusión, su ira, su vehemencia, sus preocupaciones —y, sin embargo, si escuchan ustedes bien, descubrirán el tono racional que

prevalece en los argumentos revolucionarios cuando se discute seriamente y en privado—.

Esta revolución que tiene lugar en Cuba es un enorme impulso popular. La voz de Cuba es hoy la voz de la euforia revolucionaria. Mi intención es expresar un poco de todo esto al mismo tiempo que las razones que explican por qué sienten así los cubanos. Porque sus razones no son sólo suyas: son las razones de todo el mundo hambriento.

## II

Antes del verano de 1960 nunca había estado en Cuba ni había pensado mucho en ella. En realidad, cuando estuve en Brasil durante el pasado invierno y cuando, en la primavera de 1960, pasé varios meses en México, me sentí avergonzado de no tener una firme actitud respecto de la Revolución cubana. Porque en Río de Janeiro y en la ciudad de México, Cuba era naturalmente el gran tema de discusión. Pero yo nada sabía de lo que allí estaba ocurriendo y mucho menos de lo que podría pensar acerca de todo ello. Me ocupaban por entonces otros estudios.

Al terminar la primavera de 1960, cuando decidí “enterarme de lo que pasaba en Cuba”, leí por primera vez todo lo que pude encontrar y lo resumí, en parte como información y en parte como preguntas que no tenían respuesta en la letra impresa. Con estas interrogaciones y cierta idea de cómo obtener las respuestas, me dirigí a Cuba.

Ese viaje me obligó a pensar —lo que por mucho tiempo me había negado a creer— que mucho de lo que hemos leído recientemente acerca de Cuba en la prensa norteamericana está muy lejos de la realidad y del significado de lo que allí está sucediendo actualmente.

No estoy muy seguro de cómo deba explicarse este hecho y no creo que sea muy sencillo. A diferencia de muchos cubanos, no considero

que sea totalmente por una campaña deliberada de difamación. Es verdad, sin embargo, que si las finanzas norteamericanas afectadas por la revolución no controlan todas las noticias que ustedes leen acerca de Cuba, las finanzas como sistema de intereses (incluyendo los medios masivos de comunicación) pueden constituir, no obstante, un factor de control en cuanto a todo lo que pueda llegar al conocimiento de ustedes respecto a Cuba.

Es cierto también que la exigencia de encabezamientos violentos de los jefes de redacción de los periódicos restringe y modifica los reportazgos de los periodistas. Editores y periodistas tienen la tendencia a considerar que el público norteamericano prefiere leer acerca de las ejecuciones que de la puesta en cultivo de nuevas tierras. Es decir, publican lo que consideran mercancía de fácil venta.

Nuestra ignorancia acerca de Cuba se debe también, en parte, al hecho de que el gobierno revolucionario cubano no tiene todavía una agencia informativa capaz de prestar servicio a los periodistas extranjeros. En este momento no es fácil obtener en Cuba datos precisos y es imposible entender lo que está ocurriendo sin la ayuda capacitada de quienes están actuando dentro de la revolución. En muchos casos estas personas no pueden ayudar, simplemente porque están demasiado ocupadas en hacer la revolución. Pero hay algo más: cada vez sienten menos deseos de colaborar, porque creen que su confianza ha sido traicionada. Debido a lo que ellos consideran justamente como tristes experiencias, piensan que los periodistas norteamericanos no reconocerán jamás la verdad, o la deformarán, aun cuando la tengan delante.

Me parece que otra raíz del problema está en que muchos periodistas norteamericanos simplemente no saben comprender ni informar acerca de una revolución. Si se trata de una revolución verdadera —y la de Cuba lo es—, informar supone algo más que la rutina ordinaria del periodista. Requiere que éste abandone muchos de los clichés y hábitos que constituyen su oficio mismo. Exige, por supuesto, que sepa con precisión algo de la gran variedad de pensamiento y actividad de izquierda que existe hoy en el mundo. Y la mayoría de los periodistas norteamericanos saben muy poco de ello. Para la gran mayoría, a juzgar por nuestros periódicos, todo se

reduce al “comunismo”. Aun aquellos con la mejor voluntad de comprender se ven incapacitados, por su misma formación y por las restricciones a su trabajo, para informar plena y acertadamente acerca de los contextos necesarios y del significado de los acontecimientos revolucionarios. En verdad, no creo que nadie posea toda la capacidad necesaria: es una tarea extraordinariamente difícil para cualquier miembro de una sociedad superdesarrollada informar en torno a lo que está sucediendo hoy en el mundo hambriento.

Sin embargo, una cosa resulta evidente: en los Estados Unidos no recibimos una información exacta de todo esto. Quizá la verdad sea que los medios de información en masa están influidos, frecuentemente, no tanto por las presiones de los anunciantes, las recomendaciones oficiales y las conversaciones extraoficiales cuanto por la ignorancia y confusión de quienes los dirigen. En pocas palabras: es probable que algunos periódicos estén con frecuencia controlados; el hecho es que muchos periodistas, como muchos hombres, se engañan a sí mismos.

## III

Dicho esto, debo añadir inmediatamente que lo que haya de verdad o de utilidad en este libro se debe menos a mi capacidad como investigador social que a mi buena suerte de haber tenido pleno acceso a la información y a la experiencia de cubanos próximos a los acontecimientos que, una vez establecida la confianza, están ansiosos por decir todo lo que saben y por expresar todo lo que sienten. Esa confianza me fue otorgada no por mis opiniones sobre ellos o sobre su revolución, sino por el conocimiento que tenían de mis obras anteriores.

Mis fuentes incluyen discusiones con la mayoría de los líderes del gobierno revolucionario de Cuba. Pasé tres días y medio, de 18 horas cada uno, con el primer ministro Fidel Castro y cinco o seis días con René C. Vallejo, jefe del INRA (Instituto Nacional de la Reforma Agraria) en la provincia de Oriente. Quiero agradecerles la

generosidad y paciencia con que toleraron mis numerosas preguntas en medio de días y noches de trabajo prolongado.

Debo expresar también mi agradecimiento por el tiempo que me dedicaron a Osvaldo Dorticós Torrado, presidente de la República de Cuba; Enrique Oltuski, ex ministro de Comunicaciones y actual director de organización del Departamento de Industrialización del INRA; al "Che" Guevara, presidente del Banco Nacional de Cuba; Raúl Cepero Bonilla, ministro de Comercio; Armando Hart, ministro de Educación; Carlos Franqui, director de Revolución; Franz Stettmeier, de la Universidad de Oriente; Elvira Escobar, de la misma institución; Margery Ríos y sus ayudantes, del Ministerio de Relaciones Exteriores; Isabel Rielo, de la primera ciudad escolar en la Sierra Maestra; capitán Escalona, ayudante del primer ministro; Elba Luisa Batista Benítez y Lauro Fiallo Barrero, de Manzanillo; Saul Landau, norteamericano que compartió conmigo los resultados de sus agudas experiencias de Cuba; Robert Taber, norteamericano que facilitó mi viaje a Cuba y mi labor durante mi estancia allí. Finalmente, quiero manifestar mi reconocimiento a Juan Arcocha, ayudante de Carlos Franqui, quien me sirvió de intérprete en largas entrevistas y fatigosos viajes y, además, me ayudó a entender muchas cosas de Cuba.

No se citan en el texto nombres específicos. Por conveniencia expositiva y por la brevedad necesaria he combinado en determinados temas mis discusiones con personas diversas; muchos pasajes son, de hecho, "entrevistas compuestas". Además, habiendo gozado del privilegio de ver todo lo que deseaba y de recibir respuestas sinceras a todas mis preguntas, no sería correcto hacer citas directas.

## IV

Es posible fabricar hipótesis de pesadilla sobre Cuba. Pero si hemos de superar estas pesadillas, si deben convertirse en bases de preocupaciones fértiles y de una política constructiva hacia Cuba, es absolutamente necesario conocer, antes que nada, cuáles son las

razones, las esperanzas y los problemas de los revolucionarios cubanos. Mi cometido es dar a conocer algunos de éstos.

Por eso, al escribir este libro, he considerado que la expresión de mis propias opiniones es mucho menos importante que la exposición de los argumentos de los revolucionarios cubanos. Y a esto se debe que, en lo posible, me haya abstenido de expresar una opinión personal. He tratado de impedir, en la medida de mis fuerzas, que mis preocupaciones en torno a Cuba o a los Estados Unidos intervengan en esta exposición de la voz de Cuba. No he pretendido disimular ni subrayar las ambigüedades que he descubierto en sus razonamientos.

Comprendan, pues, los lectores, al leer estas cartas, que son los revolucionarios cubanos los que hablan. Después que los hayan escuchado, me tocará a mí hacer un breve comentario.

C. WRIGHT MILLS

*Septiembre de 1960*

*Universidad de Columbia*

*Nueva York*

# I. ¿QUÉ SIGNIFICA CUBA?

NOSOTROS los cubanos sabemos que tú crees que estamos dirigidos por un puñado de comunistas, que los rusos van a instalar una base de cohetes o algo parecido contra ti aquí en Cuba; que hemos matado, sin ponernos a pensar, a miles de personas y que seguimos haciéndolo; que no tenemos democracia ni libertad y que no respetamos la propiedad privada.

Lo que creas de nosotros, después de todo, es cosa tuya: no nos importa. Sea como fuere, lo que creas —verdadero o falso— no puede importarnos tanto a nosotros como a ti mismo. Pero también nosotros tenemos creencias y temores. Tememos que te impacientes y pienses: "¿No será mejor que vayamos a acabar con esos revoltosos? Los hemos ayudado mucho y, en vez de agradecerlo, se han vuelto contra nosotros y ahora instalan el comunismo a nuestras puertas. Dejémonos de tonterías y pongamos punto final al caos de Cuba".

Porque sabemos que tú piensas todo eso te escribimos estas cartas. O más bien —discúlpanos— te escribimos porque creemos que has perdido el contacto con nosotros.

Lo cierto es que, como seres humanos, los cubanos nunca hemos tenido relaciones muy estrechas contigo. Pero como pueblos, cada cual con su gobierno, estamos ahora tan lejanos, que hay dos Cubas: la nuestra y la que tú te representas. Y también dos Estados Unidos: el tuyo, cualquiera que sea, y el que nosotros nos imaginamos.

Quizá esto no importaría mucho si no fuera porque nosotros sabemos que Cuba se ha convertido en un despertar en el continente americano y hasta quizá en el mundo entero. También para ti podría ser un despertar, quizá. Pero independientemente de cómo resulte todo hay algo indudable: es un despertar para

nosotros.

Para la mayoría de nosotros —y queremos que tú sepas esto por encima de todo— nuestro despertar es lo mejor que pudo habernos sucedido jamás. Para algunos de nosotros —y suponemos que para casi todos ustedes— hay en él mucho de inseguro, de oscuro, de desconcertante. Pero ¿no sucede esto con todo despertar? Los cubanos hemos emprendido un camino desconocido hasta ahora para los pueblos de América. No sabemos todavía adónde conduce exactamente: es imposible que lo sepamos. Pero tememos que lo que tú hagas o dejes de hacer pueda afectar el resultado. Porque así están hoy las cosas en el mundo y, especialmente, así están entre yanquis y cubanos. Y esto sí nos preocupa; porque, debes saberlo, se trata de nuestro destino y hemos llegado al punto en que simplemente no te entendemos, si es que te entendimos alguna vez.

Tu gobierno no quiere tratar ya con nosotros, al menos no en un plano aceptable para nosotros; por eso nos dirigimos a ti directamente. Lo que tratamos de explicar es que no constituimos una "cuestión" distante, de remota "política internacional". No somos, como podrías pensar, "una ópera cómica más, montada por unos cuantos latinos locos". Para nosotros la cuestión de Cuba es, antes que nada, el problema de cómo vamos a vivir, e inclusive por cuánto tiempo. Y tú tienes algo que ver con esto; por eso queremos hablarte.

Como todo el mundo, creemos en la conveniencia de que los seres humanos se comprendan entre sí y no creemos que tú entiendas quiénes somos, cómo llegamos a donde estamos ahora, qué tratamos de hacer y cuáles son los obstáculos en nuestro camino. Y, como acabamos de decirte, tampoco nosotros te entendemos. Por eso te escribimos ahora.

## I

Y no nos mueve la ira contra ti, quienquiera que seas; ni siquiera te conocemos. ¿Cómo habríamos de conocerte? Los Estados Unidos

que conocemos no son los suburbios de Cincinnati, dondequiera que eso se encuentre. ¿Cómo podríamos conocerlos? Lo que conocemos son los grandes y afilados extremos de la política y el imperialismo yanquis. Para nosotros, éstas no son sólo palabras sucias. Porque los hemos vivido en Cuba como hechos de nuestra vida cotidiana. Los turistas ociosos y los monopolios del azúcar y el apoyo a la dictadura de Batista y la entrega de condecoraciones a sus asesinos y la falta de trabajo y el ver la tierra inculta mientras nosotros nos agachábamos al borde del camino en nuestras inmundas casuchas, constituyen lo que la mayoría de nosotros sabemos de los Estados Unidos.

Pero nos estamos adelantando. Hay tanto que decir y tan poco tiempo. Preguntemos primero qué sabes tú de nosotros, los cubanos, y cómo lo has aprendido. Pienses lo que pienses de nosotros, ¿cómo puedes estar seguro de que es lo cierto? Reflexiona por un momento cómo nos hemos conocido mutuamente.

Algunos de ustedes vinieron a La Habana —muchos miles, de hecho, en los cincuenta y tantos—. Unos vinieron sólo para descansar bajo el sol de las playas, que nosotros los cubanos no podíamos gozar. Pero otros vinieron a los casinos de juego y a los burdeles. Nosotros nos parábamos en las esquinas y los veíamos gozando de sus vacaciones al sol, lejos del frío invierno yanqui. Algunos de nosotros les pedíamos limosna; teníamos hambre. Pero, óyelo de una vez: todo eso se acabó; jamás volveremos a hacer una cosa semejante.

La alegre ciudad turística de La Habana era entonces algo más que una sede del pecado. Los cubanos, como todo el mundo, sabemos lo que es el pecado, porque en cierto modo somos católicos. Pero en La Habana, el pecado era también el dinero en abundancia para unos pocos y todas las sucias prácticas del burdel para niñas de 12 y 14 años, recién llegadas de sus bohíos. En el Prado y en la estrecha calle de Virtudes, ellas y sus alcahuetas te incitaban, y después Batista y sus verdugos cobraban su parte.

Quizá tú no sepas dos verdades acerca del juego y la prostitución. Gran parte del dinero procedente del juego acababa en los bolsillos

de un gobierno corrompido, apoyado y ayudado por tu gobierno y algunas de tus corporaciones. Y otra parte iba a parar a los bolsillos de los gánsteres de Chicago, Nueva York y Los Ángeles. El dinero que ustedes pagaban a nuestras hermanas que se prostituían —gran parte de ese dinero— acababa en los bolsillos de los corrompidos y corruptores espías de Batista. Era una prostitución organizada por gánsteres.

Nadie sabe cuántas de nuestras hermanas eran prostituidas en Cuba durante los últimos años de la tiranía de Batista. En La Habana, dos años antes de la caída de la tiranía, había unos 270 burdeles llenos, docenas de hoteles y moteles que alquilaban cuartos por hora y más de 700 bares congestionados con meseras o "recepcionistas": el primer paso hacia la prostitución. Había cerca de 12 meseras en cada bar y cada una ganaba en el empleo unos 2.25 dólares diarios. El patrono y el agente del gobierno sacaban respectivamente cerca de 52 dólares al día. En cuanto al juego, a nadie le convenía llevar cuentas, pero había miles de máquinas tragamonedas en toda la isla. Era todo un negocio ilícito, controlado, directa o indirectamente, por los personajes de la tiranía.

Esa Habana de antes, como hemos dicho, era uno de tus centros de diversión, lejos del inclemente invierno. Pero no lejos del todopoderoso dólar; no lejos de tus ociosas perversiones. Tú contribuiste a hacer de Cuba lo que fue en este aspecto: con el apoyo que prestaste a "nuestro" gobierno, con tus gánsteres y con la protección y las extravagancias de tus turistas ricos. Pero todo eso ha terminado, yanqui. No lo olvides, por favor: hemos trazado una línea y no nos apartaremos de ella. Hemos promulgado leyes y las cumpliremos, con las armas en la mano. Nuestras hermanas no volverán a ser jamás prostitutas de los yanquis.

Así que, en definitiva, tú nos conocías de la misma manera como los turistas conocen a los pueblos, lo que no es mucho conocer.

## II

Por lo demás, ¿qué has sabido de nosotros? Lo que tus periódicos y tus revistas te han contado. Y en ese sentido, los cubanos estamos seguros de un hecho: la mayoría de tus periódicos y de tus revistas te han mentido y te siguen mintiendo. Algunas de estas mentiras no son en realidad deliberadas, aunque llenen tu mente de falsas imágenes. Están basadas en la ignorancia, o en el descuido o la pereza de muchos de tus periodistas. Pero no todas las mentiras son de este tipo: algunas son absolutamente deliberadas y creemos que debes saber por qué. Consideramos que algunos de tus periódicos cuando menos deben pertenecer o estar estrechamente relacionados con intereses económicos yanquis afectados por nuestra revolución.

En Cuba entendemos todo esto muy bien. Lo mismo sucedía aquí antes. Además había censura directa, subsidios a la prensa y "decretos presidenciales" y frecuentes "suspensiones de las garantías constitucionales" en parte del país o en todo el país. Todo esto es algo de la razón por la que tú no nos has conocido bien. Nuestra propia prensa y la tuya.

Pero la tuya sigue funcionando igual. Nos sigue manteniendo alejados.

Todo aquel que no se limite a la revista Time y los periódicos de Hearst y que no escuche tus redes radiofónicas y todo lo demás, se ha enterado de algo de la verdad acerca de lo que sucede actualmente en Cuba. Saben que lo que dice tu prensa sobre Cuba es tan verdadero como lo han sido tus programas del tipo de "la pregunta de los 64 000 dólares". Una y otros están llenos de tremendas mentiras que pueden engañar a los yanquis, pero a nadie más. Son fraudes y el resto del mundo está empezando a comprenderlo, aunque tú no lo sepas.

¿No tienen la vista más aguda los débiles y dependientes? ¿No utilizan mejor el cerebro? Quizá no veamos todo justamente, quizá no razonemos muy bien, pero ahora vemos y razonamos. Y algunas cosas no han sido difíciles de ver.

Cuando triunfamos en enero de 1959, Life describió a Fidel, nuestro primer ministro, como el "soldado-intelectual" que había derrocado al régimen "opresor, corrompido y comercialmente astuto de Batista". Pero siete meses después escribían: "lo que fue gloria y

propósito noble en enero se ha convertido en demagogia y caos en julio". Bien, ha pasado más de un año desde entonces; ¿en dónde está el "caos"? Y en cuanto a la "demagogia", ¡si lo que nos enseña Fidel es eso, queremos más!

Todos tus periódicos nos han seguido profetizando el caos y el desastre. Pero aquí estamos, yanqui, firmes como una roca en el Caribe y marchando hacia adelante; nuestra revolución va hacia adelante. De cualquier manera, lee los periódicos ingleses, que han sido mucho más honestos acerca de nosotros que los tuyos.

¿Y acaso no sabe ya todo el mundo, inclusive los Estados Unidos, lo que ha dicho Herbert Matthews? "En mis treinta años en el New York Times —afirmó— nunca he visto una gran noticia tan mal manejada y tan mal interpretada como la Revolución cubana." Y no se trata de un propagandista cubano; es uno de tus mejores hombres dirigiéndose a la Sociedad Norteamericana de Directores de Periódicos, el 21 de abril de 1960. Por alguna razón que no comprendemos, míster Matthews ya no escribe sobre Cuba. Quizá alguien se lo ha impedido o quizá se siente confundido con el camino que ha tomado nuestra revolución y, siendo un hombre honesto, no ha seguido escribiendo. De cualquier modo, aplaudimos a Herbert Matthews por lo que escribió sobre nosotros durante la insurrección.

Sabemos que los periódicos mienten con frecuencia y nunca dicen toda la verdad. Esperamos que tú no te engañes. Al menos nosotros no nos engañamos. Estamos demasiado cerca de lo que ellos relatan sobre nosotros. Además, como revolucionarios, no creemos nada que no comprobemos personalmente: una de las cosas que enseña una revolución es eso. La revolución es una manera de definir las realidades.

Suponemos que has estado oyendo hablar de América Latina desde el bachillerato y nos imaginamos lo aburrido que debe haber sido para ti. Has oído hablar, sobre todo, de cómo un dictador ha sustituido a otro, de fragmentos de historia antigua, y de esas multitudes amotinadas en las calles calurosas. Nunca les has prestado mucha atención, salvo una que otra vez en los casos de violencia; y no es para reprochártelo. Pero ya no puedes darte el lujo de ignorarnos, porque ahora nuestra historia es parte de tu

presente. Y ahora algo del futuro norteamericano es tan nuestro como tuyo.

Lo que sucede en Cuba hoy no es aburrido, no es sólo un episodio más. No es simplemente, como podría pensarse, un asunto local. No es otra revolución palaciega; no es algo remoto en cualquier lugar lejano. Y no es posible que lo comprendas sin comprender la historia que la ha originado.

## III

Dices o piensas: "Yo no le he hecho nada a los cubanos". Pero no es verdad. Observa la historia de nuestros dos países, cómo han tenido que ver entre sí. Los hechos son muy claros. Nosotros —algunos— los descubrimos en libros norteamericanos, pero también en la miseria que sufríamos en Cuba.

Primero, en 1848, trataste de comprar a Cuba por 100 millones de dólares. Lo intentaste nuevamente pocos años después. ¿Te das cuenta de lo que esto significa? Pero España no quiso venderla y los Estados Unidos no quedaron satisfechos. El viejo Sur quería a Cuba para mantener la esclavitud. Y cuando no pudieron comprarla, unos enviados de los Estados Unidos emitieron el "Manifiesto de Ostende". Cuba, decía, era geográficamente una parte de los Estados Unidos; si no podían comprarla, "por la ley humana y la divina los Estados Unidos tenían derecho a apropiarse de ella por la fuerza". ¡Los sureños, en una palabra, querían convertir a Cuba en dos estados esclavistas!

Pero eso fue hace mucho tiempo y nada resultó de este sorprendente "manifiesto". No obstante, nuevamente en 1861 los dueños de esclavos del Sur "esperaban el momento en que Cuba, la América Central y México cayeran en manos sureñas" y fueran ocupados por los propietarios esclavistas.

Tampoco resultó; Cuba permaneció bajo el yugo de España y contra ese yugo nos rebelamos persistentemente los cubanos. En 1868

iniciamos una insurrección que duró 10 años; exigíamos la libertad de los esclavos y el gobierno de la isla por los cubanos. Pero los esclavos no fueron liberados, sino hasta 20 años después y Cuba no fue independiente.

Por fin todo comenzó. En 1895, inspirados por José Martí, hicimos una insurrección y miles de soldados enviados de España no pudieron vencer a nuestras guerrillas. Al año siguiente, los españoles mandaron a un general: Valeriano Weyler era su nombre y actuó como un carnicero. “Convirtió a Cuba en una serie de campos de concentración” y allí sufrimos; grandes sectores de nuestra población civil fueron encerrados como ganado y pasamos muchos sufrimientos.

Pero también morían muchos soldados españoles. Es verdad que por largo tiempo los cubanos fracasamos; es cierto que nuestros campos quedaron devastados y es cierto también que los negociantes yanquis hicieron dinero con nuestra miseria. Compraron la tierra barata después de la devastación de nuestras guerras con España. En las últimas décadas del siglo XIX los banqueros yanquis se lanzaron sobre las plantaciones azucareras. Ya en 1896 tenían cerca de 30 millones de dólares de propiedades en nuestra tierra. Compraron también las minas cubanas de hierro, níquel, manganeso. La Bethlehem Steel y los intereses Rockefeller empezaron a comprarnos. Al comenzar este siglo, los yanquis eran dueños de tierras azucareras y tabacaleras y de minas por valor de 50 millones de dólares. Tú estabas entonces muy ocupado en la marcha hacia el Oeste, pero algunos de ustedes ya se preocupaban también por marchar hacia el Sur.

¿Qué hacíamos los cubanos mientras tanto? Trabajar, como siempre, cuando podíamos encontrar trabajo. Pero también luchar contra España por nuestra independencia y morir por ella. El resto de América Latina, casi toda, ya se había sacudido el viejo yugo español, décadas atrás, pero los cubanos todavía nos debatíamos contra él en vísperas del siglo XX.

Y entonces llegaron los infantes de marina yanquis. En Cuba, nuestras revoluciones —primero contra España, luego contra los yanquis— han sido mucho más seguidas que en la mayor parte de América Latina. Hicimos la última revolución del siglo XIX y, quizá,

la primera del siglo XX, si no contamos la de México. Pero volvamos por un momento a hacer historia. Como decimos con frecuencia los latinoamericanos: "Después del dólar yanqui, la bandera yanqui". Al principio pensamos que tú ibas a ayudarnos a ser realmente libres, pero no sucedió así. En 1901, los Estados Unidos impusieron a Cuba lo que se llamó la Enmienda Platt. Esta Enmienda Platt nos arrebató, sencillamente, nuestra soberanía. Siempre que a tu gobierno se le antojara podía intervenir en los asuntos cubanos y determinaba también lo que el gobierno cubano podía y no podía hacer. Otorgó a los yanquis el derecho —¡qué palabra esta, tal como la emplean tu Departamento de Estado y tus monopolios!—, "el derecho" de intervenir en Cuba con las armas en la mano si lo deseaban para supervisar que el gobierno de nuestro país protegiera a la propiedad yanqui. Y, efectivamente, eso fue lo que hicieron.

La primera vez fue antes de la Enmienda Platt, en 1899: uno de tus generales y sus tropas ocuparon nuestra isla, después de que casi acabábamos de vencer a los españoles, que nos habían ocupado antes que tú. Los soldados yanquis salieron en 1902, dejando detrás el derecho a establecer una base naval —¡por 2 000 dólares al año! — en nuestra bahía de Guantánamo; en el momento en que te escribimos, en el mes de agosto de 1960, la base continúa allí.

Lo hicieron, sin embargo, una y otra vez: las tropas yanquis vinieron en 1906, en 1912, en 1917. Y en 1920 tú controlabas directamente a nuestro gobierno, sin necesidad de utilizar siquiera a las tropas. Entretanto, como decimos en América Latina, "el dólar yanqui seguía a la bandera yanqui".

Violencia y dinero, dinero y violencia, ¿no piensan en otra cosa los yanquis? ¿Es ésa tu única manera de resolver los problemas y de tratar[1] a la gente? Discúlpanos, quizá no seas tú, pero sí son tu Departamento de Estado y tus empresas azucareras y tu Pentágono. Los cubanos lo sabemos, en abstracto; algunos todavía lo creemos y por eso todavía creemos en ti, quienquiera que seas, en abstracto. Pero, amigo, realmente deberías hacer algo acerca de esta gente. Es tu gobierno, ¿verdad? Todo esto te interesa. Y tienes que resolverlo pronto, o vas a desgraciarnos a todos.

Por supuesto, los cubanos comprendemos que este tipo de intervención yanqui no sólo se produjo en Cuba. Estaba ocurriendo en todo el mundo, pero especialmente en toda la América Latina. Uno de tus generales, Smedley D. Butler, lo recordó a mediados de la década de 1930 y escribió en una de tus revistas:

Pasé 33 años y cuatro meses en servicio activo como miembro de la fuerza militar más ágil de nuestro país: la infantería de Marina. Serví en todos los grados, desde segundo teniente hasta mayor general… Contribuí a que México, especialmente Tampico, quedara disponible para los intereses petroleros norteamericanos en 1914. Ayudé a hacer de Haití y Cuba sitios adecuados para que los chicos del National City Bank obtuvieran utilidades… Presté mi contribución en la purificación de Nicaragua para la banca internacional de Brown Brothers entre 1909 y 1912. Saneé a la República Dominicana para los intereses azucareros norteamericanos en 1916. Ayudé a "preparar" a Honduras para las compañías fruteras norteamericanas en 1903. En China, en 1927, me ocupé de que la Standard Oil no fuera molestada.

En todos estos años me dediqué, como dirían los "muchachos de la trastienda", a un estupendo "negocio". Se me recompensó con honores, medallas, promociones. Cuando pienso en ello, me parece que habría podido hacer algunas sugerencias a Al Capone. Lo más que éste pudo hacer fue operar sus ilícitos negocios en tres distritos de una ciudad. Los infantes de marina operábamos en tres continentes.

No se trataba de un revolucionario cubano; no era Fidel Castro "vociferando otra vez"; era uno de tus propios hombres, un general, explicándote la verdad: el mayor general Smedley D. Butler de la infantería de Marina de los Estados Unidos.

Pero volvamos a Cuba. Como decíamos, el dólar y la bandera se confundían. Al finalizar el siglo pasado sólo 10% de nuestra

producción azucarera era elaborada en ingenios de propiedad yanqui. Antes de la primera Guerra Mundial, cerca de la tercera parte. A mediados de la década de 1920, la cifra era de las dos terceras partes.

Los políticos cubanos corrompidos y tus capitalistas absentistas se unieron y provocaron en la década de 1920 lo que tus historiadores llaman “la danza de los millones”. Nuestros políticos eran funcionarios deshonestos y lacayos; tus capitalistas eran personas decentes y honorables en Nueva York, que pagaban a los políticos deshonestos y se llevaban bastante dinero. ¿Y los cubanos? Éramos los súbditos de ambos. No era lo que nosotros hiciéramos o dejáramos de hacer lo que estaba determinando nuestra historia y nuestro modo de vida; era lo que se decidía en los consejos de directores del distrito financiero de Manhattan. Y nosotros no conocíamos siquiera a esos hombres; jamás vimos a ninguno de ellos.

## IV

Sin embargo, después de todo, esto sucedió hace varias décadas. Probablemente es mejor que tratemos de olvidarlo. Son nuestros padres quienes lo recuerdan. Lo que nosotros recordamos sucedió ayer y antes de ayer. Y, sin embargo, pensamos que, hasta la revolución, nuestra época se pareció mucho a la de nuestros padres. En muchos aspectos fue peor, aunque sólo fuera porque nosotros sabíamos más de lo que estaba pasando en el mundo que nuestros padres.

Tu gobierno afirma haber protegido y garantizado nuestra independencia, pero tal independencia fue precaria. Tu gobierno y las compañías norteamericanas eran las que decidían cuándo nuestra “independencia” se hallaba amenazada y cuándo los yanquis debían intervenir. Eso quería decir que tenían la llave de nuestra casa.

Antes de nuestra revolución, en 1956, aquellos señores de los consejos de directores en el distrito financiero de Manhattan controlaban más de 90% de nuestra electricidad y nuestros teléfonos, cerca de la mitad de los llamados ferrocarriles de "servicio público" y 40% de nuestra producción azucarera.

¿Y el gobierno cubano? Nuestro gobierno y nuestras compañías tenían mucho que ver con todo esto y a menudo estaban comprometidos directamente. Nadie que conozca estos antecedentes y, por supuesto, ninguno de los historiadores y estudiosos yanquis, niega que los que nos gobernaban eran, en su mayoría, déspotas incompetentes, funcionarios venales y, a menudo, especialmente en los últimos tiempos, sanguinarios carniceros.

Fulgencio Batista controló al ejército en 1933 y, con el ejército, se apoderó del gobierno de Cuba. Tu gobierno lo "reconoció" como el verdadero gobierno de Cuba casi de inmediato. Los yanquis no intervinieron entonces y nos gobernó, con la fuerza del ejército, durante 10 años. Después, en 1952, una vez terminada la guerra por las Cuatro Libertades, Batista volvió al poder, controlando nuevamente al ejército y utilizándolo para tomar el poder. Y nuevamente tu gobierno dijo: "Muy bien, míster Batista, es usted nuestro hombre". Muy pronto empezó el baño de sangre. Antes que lo expulsáramos, a fines de 1958, este carnicero y sus gánsteres, adiestrados por tus misiones militares, utilizando armas y aviones y tanques facilitados por tu gobierno, habían asesinado a unos 20 000 cubanos.

Para Batista, todo el que estaba contra él, todo el que protestaba en voz alta contra algo era un "cochino comunista". Y su reacción era siempre la misma: torturarlos, mutilarlos, matarlos a todos. Batista no era un sentimental; era un bárbaro enfermo, un cruel salvaje con armas letales y medios de tortura modernos a su disposición. Dios sabe cuántos hombres y muchachos fueron castrados sólo en la ciudad de La Habana; y cuando las mujeres eran violadas, sus esposos eran obligados a presenciarlo. Las estaciones de policía de Batista eran cámaras de tortura; sus matones estaban en todas partes golpeando, robando, arrestando, allanando. Y la excusa era siempre la misma: "Esos cochinos comunistas pretenden apoderarse de nuestra pequeña gran democracia".

Mientras ocurría todo esto, en los cincuenta y tantos —todavía nos parece ayer—, el gobierno de Eisenhower vendió durante varios años bombas y aviones de guerra y balas y rifles a este gánster dictador. Siempre decían que era para la defensa del hemisferio. Pero ¿cuál es la verdad? Esas armas no fueron utilizadas jamás para la defensa del continente. Fueron utilizadas para matar cubanos. Y por esta razón, cuando los cubanos oímos hablar de "defensa del continente", nos estremecemos.

Batista tenía una gran mansión en Daytona Beach, Florida. Era aclamado, fuera de Cuba, como un hombre grande y noble, del noble "mundo libre". En sus habitaciones, en cajas de cristal, guardaba sus medallas de honor, recibidas del gobierno yanqui y de otras potencias aliadas. Las que había recibido antes —de Hitler y Mussolini— las había quemado o hecho desaparecer.

Tus embajadores —¡escucha sus nombres, yanqui, y deshazte de ellos!— Mr. Arthur Gardner y Mr. Earl E. T. Smith comían y bebían con el dictador Batista. ¿Te dijeron ellos lo que estaba sucediendo? ¿Te informaron de los horrores inhumanos o simplemente se dedicaron a seguir las cotizaciones del azúcar? ¿Te dijeron la radio, los periódicos, la televisión de tu país cómo las bombas fabricadas en los Estados Unidos fueron las mismas utilizadas para matar a miles de cubanos en la ciudad de Cienfuegos, en septiembre de 1957? ¿Te contaron cómo, poco después de esos bombardeos, la Fuerza Aérea de los Estados Unidos condecoró al general cubano de Batista que dirigió esos ataques aéreos? ¿Te dijeron eso en las primeras páginas, en las grandes publicaciones, en todos los periódicos? Y si lo hicieron, yanqui, ¿qué hiciste tú para evitarlo? Si te lo informaron, ¿qué hiciste acerca de las armas, por ejemplo, que el gobierno yanqui seguía mandando y mandando y mandando a Batista?

¿Cómo podemos evitar los cubanos preguntarnos qué clase de persona eres? ¿No entiendes ahora por qué gritamos así, ahora que podemos, por fin, gritar lo que sentimos realmente, lo que sabemos, lo que hemos sufrido?

Si los cubanos hemos "llegado a extremos", debes saber que

también ustedes los yanquis han caído en extremos. Unos y otros hemos caído en manifestaciones extremistas. Los insultos publicados en Cuba contra los yanquis han sido superados por los insultos publicados en los Estados Unidos contra nosotros los cubanos. En ambos lados algunas de estas manifestaciones son extremistas, quizá inclusive absurdas porque todo el mundo puede dejarse llevar en un momento dado y en toda batalla a muchos les sucede esto.

Sin embargo, mucho de lo que se ha dicho contra ustedes es simplemente la verdad obvia, miserable, y lo sabemos porque lo hemos vivido; y ustedes no lo saben porque no lo han vivido. Nuestro país, nuestra Cuba, fue simplemente una colonia política de los Estados Unidos, al menos hasta la época de Franklin D. Roosevelt y aún después. Nuestra Cuba, nuestro país, fue simplemente una colonia económica de los monopolios norteamericanos hasta que triunfó nuestra revolución.

Y en todo ese tiempo, Cuba fue un lugar de miseria y suciedad, analfabetismo y explotación y negligencia: la caricatura de un lugar habitable para los seres humanos. Y la Revolución cubana está luchando para salir de todo eso. Recuerda este hecho fundamental, yanqui: grábalo en tu conciencia cuando leas sobre lo que está sucediendo hoy en Cuba. Si no lo haces, no llegarás siquiera a la primera base, como tú dirías, en la comprensión de lo que está ocurriendo.

Los cubanos teníamos un alto nivel de vida muy aparente —y a la vez un nivel de indigencia y agonía— pero tú no veías nada de eso o, si lo veías, no te importaba. Algunos de nosotros lo sabíamos. Y todos sentíamos lo que significaba en nuestros estómagos. Quizá ahora empieces a ver los resultados de que algunos de nosotros nos preocupáramos tanto que llegáramos al punto de arriesgar nuestras vidas para tratar de cambiarlo. Tú no hiciste nada para cambiarlo. Y a todo esto se debe nuestra revolución. Nuestra revolución nada tiene que ver con tu lucha con Rusia, ni con el comunismo, ni con la defensa del hemisferio, ni con nada semejante: se trata sólo de palabras que vienen después, que tu gobierno y tus monopolios nos hacen tragar.

Lo primero, yanqui, es que nuestra revolución tiene que ver con el viejo nivel de indigencia y con el nuevo nivel de vida en Cuba. Por supuesto, hay más, mucho más. Estamos construyendo, a una velocidad extraordinaria, una sociedad totalmente nueva y no heredamos mucho del viejo orden que prevalecía en Cuba para esta construcción. De ese orden heredamos confusión y sufrimientos. Estamos en un momento dinámico y todo está en juego; como los hombres de la Sierra Maestra, ahora toda una nación de cubanos estamos en campaña.

Lo que aquí está sucediendo, creemos muchos de nosotros, es una solución para los pueblos de las naciones hambrientas que integran el continente americano, al sur de tu país; para los pueblos de este enorme continente y las islas que lo rodean. Cuba empieza a representar y a ser tomada como símbolo de una salida. ¿Salida de qué?

La respuesta a esta pregunta es, precisamente, nuestra razón: una salida del viejo orden —en Cuba, por supuesto, y quizá también en toda la América nuestra—. Ese viejo orden es un orden de terror policiaco, de dolor y de pobreza, enfermedad y analfabetismo y la política corrompida y el capitalismo del ladrón, todo esto en una medida que probablemente tú no has conocido jamás. Y estamos convencidos de que Cuba ha salido realmente de ese estado de cosas.

Sabemos que dices: “nosotros nada les hemos hecho a los cubanos”. Sabemos que lo sientes. Y de eso se trata precisamente: tú no nos has hecho nada. Para ser honestos contigo tenemos que decirte: “creemos que, simplemente, no te importa”. Y no queremos decir con esto que debieras preocuparte por nosotros, pues desde ahora nosotros sabremos cuidarnos; sólo queremos decir que no te importa lo que algunos yanquis han estado haciendo en tu nombre y lo que han dejado de hacer. Esto nos hace dudar de tu democracia. No es para menos, ¿verdad?

Como tú, aunque en mayor medida, somos un pueblo retórico; también a nosotros nos gustan las grandes palabras de nuestra tradición, todas esas aspiraciones que considerábamos comunes a todos los pueblos occidentales, pero que ahora pensamos que tú olvidas con demasiada frecuencia y que algunos yanquis jamás han

conocido siquiera. Pero escucha, yanqui: hemos llegado al punto en que las palabras no bastan. Tenemos que comer. Tenemos que utilizar las palabras para obtener arroz y frijoles. Tenemos que rehacer nuestra manera de vivir para estar seguros de poder comer, todo el año y no sólo cuando tus empresas azucareras nos den trabajo. Y tenemos que defendernos, porque estamos convencidos de que, si no lo hacemos, tu gobierno va a tratar de aplastarnos.

Cuando se está en medio de la acción y todo está en juego, se pone a prueba lo que la gente dice con lo que hace. No podemos gastar las palabras para celebrar lo que ya hemos logrado. No hemos logrado lo suficiente y estamos en plena acción y todo está en juego. Tenemos que utilizar las palabras para ayudar a esa acción. Estamos como en una gran tormenta, atravesando un enorme océano, y no tenemos tiempo para jugar con tus grandes palabras. Todavía no es tiempo. Quizá eso venga después. Estamos llenos de esperanzas, pero ahora tenemos que utilizar nuestras propias palabras para conseguir frijoles y zapatos, arroz y buques, pollos para comer y escuelas para aprender y además, también lo creemos, rifles.

## V

Si eres capaz de entender lo que vamos a decirte, podrás explicarte lo que pasa en Cuba y lo que puede significar para ti, así como para nosotros.

En primer lugar, los cubanos somos parte de América Latina, no de Norteamérica. Hablamos español, somos esencialmente agrícolas y somos pobres. Nuestra historia no es tu historia; es parte de la historia latinoamericana. Y América Latina cuenta con 180 millones de seres, con un crecimiento demográfico mayor que el de ustedes, distribuidos en un territorio mayor que el doble de los Estados Unidos.

Como gran parte de América Latina, pero en mayor medida, estamos hartos de tus corporaciones y de lo que hacen aquí tus

gobiernos. Nos han dominado por bastante tiempo, pero hemos decidido ya. Tu gobierno apoyó a Batista hasta el último minuto de su régimen gansteril, pero ahora Cuba no es ya una isla más en el Caribe. El Caribe no es ya un lago norteamericano. Eso se acabó, porque, a diferencia del resto de América Latina, los cubanos hemos cambiado todo, en cuanto a los explotadores de tu país en Cuba y a los explotadores cubanos de otros cubanos. Lo estamos haciendo y lo seguiremos haciendo. No somos simplemente un puñado de holgazanes venidos de las montañas de Oriente ni estamos representando una opereta. Actuamos en serio, sobre todo en eso que tanto te interesa: la economía.

A tus grandes intereses financieros y a tu gobierno no les gusta lo que hemos hecho y lo que estamos haciendo. Es probable que les siga disgustando; les molestará cada vez más. Y no lo lamentamos, salvo si te siguen engañando.

Sin embargo, y esto es algo muy importante, no estamos solos. No somos sólo seis millones y medio de habitantes en una isla pequeña contemplando a tus 180 millones instalados en un enorme continente. Esos días aciagos ya pasaron.

¿Quién está con nosotros? Antes que nada creemos y esperamos que una gran parte de los 180 millones de pobladores de América Latina están con nosotros. Quizá no estén de acuerdo con algunas de las cosas que hemos hecho o con algunas que posiblemente tendremos que hacer; esto es inevitable en cualquier revolución. Una revolución no es algo demasiado amable ni sabemos con absoluta claridad hacia dónde va ni hacia dónde debe ir. Pero en nuestra competencia económica con las compañías yanquis y el gobierno yanqui creemos que la mayoría de los pueblos de América Latina están con nosotros y contra tus monopolios y tu gobierno; y, si es necesario, también contra sus propios gobiernos.

Hay otros también a nuestro lado. Gente de todo el mundo, especialmente jóvenes y estudiantes, aquellos que saben leer y hablar y escribir y que están lo suficientemente hambrientos como para leer bien, están empezando a reaccionar contra tu política y tus instituciones que sostienen la Guerra Fría y tu economía monopólica.

De modo que esto somos los cubanos: parte de América Latina. Estamos hartos de las empresas y los gobiernos yanquis. Hemos actuado para cambiar todo eso. A tus empresas y a tu gobierno no les gusta. No estamos solos.

Actualmente la revolución se está produciendo en Cuba. Mañana —quizá no el próximo año— va a estallar en otros lugares. Una revolución como la nuestra no surge sólo porque unos cuantos lo deseen, aunque también eso es condición necesaria. Las revoluciones en nuestra época, pensamos los cubanos, surgen de la miseria, de condiciones como las que prevalecían en la vieja Cuba. Donde persistan esas condiciones y haya montañas cercanas, habrá revoluciones. Y en América Latina y en otros lugares hay todavía muchos países hundidos en la vieja inercia. Por eso nuestro continente va a convertirse en escenario de convulsiones jamás soñadas por ti. No puedes comprar revoluciones con una ayuda de 500 millones de dólares. Sólo puedes comprar a algunos gobiernos latinoamericanos, y para eso es demasiado dinero; puedes comprarlos mucho más barato. Para detener las revoluciones, una vez en gestación, haría falta mucho más, y no sólo dinero. Lo que te decimos es lo racional, yanqui. Escúchanos. ¿Qué pasará, por ejemplo, cuando los pueblos de todos esos países sudamericanos comprendan que poseen enormes riquezas, actualmente y en potencia, y se encuentran pobres? ¿Y si observan a la pequeña Cuba y ven que los cubanos no son pobres? ¿Qué sucederá entonces?

Los pueblos latinoamericanos estamos empezando a plantearnos muchas preguntas que habíamos dado por supuestas o que anteriormente no nos habían dado qué pensar. Vivimos en el mismo continente que tú; eso nos han dicho siempre. Pero ¿qué significa eso hoy? Aun sin jets, de Nueva York a Guatemala son 10 horas; lo mismo que a Londres. Se hace el mismo tiempo de Nueva York a Lima que a Viena: 16 horas. Y sólo son seis horas a la ciudad de México, pero 11 a París. ¿Qué significa, pues, el simple hecho de que vivamos en el mismo continente?

Todos pertenecemos a la “civilización occidental”; esto también nos

lo han dicho siempre. Pero ¿pertenecemos a ella realmente? ¿Todos nosotros? Los latinoamericanos morimos, en promedio, a los 45 años; tú vives más de 70. Nuestras masas campesinas analfabetas, cundidas de enfermedades y hambrientas de Bolivia y Haití y Venezuela y hasta ayer de Cuba, ¿pertenecen a la misma "civilización occidental" que tú? Si es así, ¿no es una extraña civilización esa donde tales cosas suelen ocurrir?

Mientras sigan ocurriendo, quizá sería mejor que los latinoamericanos comprendiéramos que no pertenecemos a la misma civilización que ustedes, los norteamericanos. De una vez por todas, hablemos claro: nuestro lugar está al lado de los pueblos de las naciones hambrientas. No importa que vivan en África, en Asia o en América Latina. El hambre es el hambre.

Morir antes de los 35 años en América Central, trabajando para la compañía frutera, no es tan distinto de morir en África del Sur, trabajando en una mina de diamantes. La enfermedad es la enfermedad.

Y en todos los idiomas equivale a lo mismo no saber leer: ser pueblos sin historia; ser sólo seres humanos a medias. Casi la mitad de los latinoamericanos somos tales criaturas primitivas: somos analfabetos. ¿Qué significa para nosotros "el mundo libre", qué significa para nosotros la "civilización occidental" de los yanquis?

Si crees todavía que pertenecemos a la misma civilización occidental que tú y si aprecias esa civilización —cualquiera que sea su contenido para ti—, deberías quizá averiguar qué sucede dentro de lo que tú consideras sus límites. Muchos de nosotros sólo conocemos esos límites.

He aquí algo más acerca del mundo actual sobre lo que ya tenemos mucha conciencia los cubanos. Las naciones comunistas, hasta hace poco y muchas todavía hoy, pertenecen también al bloque de naciones hambrientas. Es este hecho, por encima de todo, lo que compartimos con ellas. Y es simplemente un hecho. Si crees que todas las catástrofes que te han ido ocurriendo en el mundo son provocadas sólo por un puñado de conspiradores creadores de

problemas, piensa en el bloque de naciones hambrientas, yanqui. Es mucho más importante que el bloque comunista o que el bloque capitalista; es mucho más importante para nosotros, cuando menos, y ahora estamos hablando de nosotros y no de los yanquis ricos.

Independientemente de lo que sean o no esos pueblos comunistas, hay algo claro para nosotros: como pueblos hambrientos están saliendo del hambre. Están construyendo sociedades en las que ya no hay nada de eso. Pero cuando observamos a los pueblos hambrientos todavía bajo el capitalismo —o, como curiosamente dices, todavía "libres"— no encontramos el mismo desarrollo. Lo único que vemos, yanqui, es gente aún hambrienta.

De modo que, aunque no te guste y aunque no tengas conciencia de ello, hay tres hechos fundamentales que contarán en tu vida de ahora en adelante:

Primero, Rusia y el bloque chino-soviético constituyen un hecho firme en la historia mundial. No va a desvanecerse ni a desintegrarse fácilmente.

Segundo, partiendo casi de la nada han construido allí, en sólo una o dos generaciones, una economía y una sociedad que nosotros, como tú, consideramos desconcertante. Pero, quizá a diferencia de ti, también la encontramos muy atractiva en numerosos aspectos. Pensamos en nuestros estómagos. Pero después te diremos algo respecto de esta cuestión de la influencia comunista en Cuba. Sabemos que para ti eso es importante; también lo es para nosotros y para el resto del mundo. Pero a la mayoría de nosotros no nos preocupa; al menos no como parece preocuparlos a ustedes.

Y éste es el tercer hecho fundamental: ellos están con nosotros y contra los monopolios y el gobierno yanquis. Sin duda es por sus propios intereses, pero nosotros necesitamos ayuda, aunque sólo sea en nuestro trato contigo. Si no recibimos ayuda, vas a tratar de seguir explotándonos; y vas a intentar aplastar nuestro despertar. Estamos convencidos de ello. No lo dudes: vamos a recibir la ayuda que necesitamos de cualquiera que nos la brinde. Vamos a recibirla de acuerdo con nuestras propias condiciones hasta donde sea posible, pero la necesitamos o tú vas a tratar de rendirnos por hambre. Y eres 200 veces más rico que nosotros y sólo Dios sabe

cuántas veces más fuerte.

## VI

Por esa fuerza y esa riqueza, yanqui, nos parece tan absurdo cuando tu gobierno nos dice, como ha venido diciendo, que el gobierno cubano seguía "[…] un plan de agresión económica sin cuartel […] contra los Estados Unidos". Reflexiona un momento acerca de esto. ¿No te parece levemente ridículo? Somos seis millones y ustedes 180. Tu economía, como acabamos de decir, es aproximadamente 200 veces mayor y más rica que la nuestra. Ni siquiera producimos todavía todo el alimento que necesitamos y mucho menos fabricamos los tractores necesarios para ayudarnos a cultivar esos productos. Tú gastas más cada año en lápiz labial y objetos por el estilo que lo que nosotros ganamos aquí por un año entero de trabajo. ¿No resulta tonto hablar, en tales circunstancias, de "la agresión económica sin cuartel de Cuba contra los Estados Unidos de América"?

Tu gobierno nos dice también que nuestra "agresión económica intenta destruir las relaciones tradicionales de inversiones y comercio con el mundo libre". Debemos decirte que, en efecto, ésas son nuestras intenciones. ¿Pero acaso sabes cuáles eran esas "relaciones tradicionales de inversiones y comercio con el mundo libre"? En primer lugar, no eran tanto relaciones con el "mundo libre", a no ser que se quiera identificar —y nosotros no lo hacemos — al "mundo libre" con tus grandes compañías, porque nuestras relaciones económicas eran con ellas y sólo con ellas. De hecho, no eran en realidad "nuestras" relaciones económicas. Eran relaciones económicas dentro y entre compañías yanquis. Nuestra participación era, generalmente, hacer el trabajo y suministrar de nuestra isla los recursos naturales que nos arrebataban. Y son esos monopolios los afectados —aunque en realidad muy poco— por nuestra compra de petróleo y otros productos necesarios que le hacemos al bloque soviético y por nuestra venta de azúcar a esos países.

¿Cómo es posible considerar ese comercio una “agresión económica” contra “los Estados Unidos” o, como dicen los yanquis hipócritas, contra “la solidaridad del continente”? ¿Qué solidaridad? ¿Cómo puede definirse nuestro comercio, como lo hizo Mr. Lodge en las Naciones Unidas, el 19 de julio de 1960, como sujeto a “dominación extraña”? Nuestra opinión es que Mr. Lodge es un idiota por lo que se refiere a la economía, o bien un vocero agresivo de los grandes monopolios yanquis.

¿Nos ayudará la elección de un nuevo presidente de los Estados Unidos para 1961? No parece probable. Tus dos candidatos han competido tanto en beligerancia como en ignorancia respecto de nosotros. Por lo que se refiere a nuestras posibilidades reales —y posiblemente también para ti— consideramos esas elecciones como un gran fraude. ¿Qué debemos pensar cuando Mr. Nixon habla abiertamente de ponernos de rodillas y Mr. Kennedy “adopta una firme posición” y nos llama “satélite comunista”? Lo que eso significa realmente es que no somos ya un satélite yanqui. Somos una nación independiente y soberana y no satélite de nadie. Lo único que pueden ver los Kennedy y los Nixon en el mundo es un imaginario escenario militar y ambos lo ven llenos de histeria.

Sin embargo, hay que tomar conciencia de esto: tus dos partidos nos han declarado enemigo tuyo —¡uno más!—, aunque habríamos podido ser amigos. Pero conocemos bien la “retórica de las campañas” y no hemos perdido todas las esperanzas.

## VII

De cualquier manera, todas esas tonterías están acabando mal, fuera de los Estados Unidos cuando menos. Los cubanos estamos haciendo lo posible por contribuir a revelar lo que son en el fondo. Debes saber que en el mundo entero ha crecido el odio hacia lo que han venido haciendo tu gobierno y tus monopolios. Ese odio no ha tenido oportunidad todavía de demostrarse en muchos lugares y menos de abrirse paso hasta tu indiferente atención, pero ya se ha manifestado en cierta medida y se manifestará mucho más en lo

sucesivo.

Hace dos años —¿te acuerdas?— tu vicepresidente Nixon trató de hacer un viaje de buena voluntad por Sudamérica. En Uruguay, Argentina, Paraguay y Bolivia, Nixon y sus acompañantes fueron objeto de escarnio y las preguntas que se le plantearon en las conferencias de prensa se hicieron cada vez más agudas. En Lima, Perú, se produjo una "seria manifestación". Mr. Nixon —citamos de uno de tus periódicos, el New York Times— "fue escupido y apedreado por una multitud vociferante". Después fue a Caracas, capital de una Venezuela rica en petróleo y habitada por un pueblo pobre: las piedras lanzadas eran tan grandes como melones; el gran automóvil de Mr. Nixon fue atacado; la "multitud colérica" trató de volcarlo o de obligar al vicepresidente a salir a la calle. Las ventanillas se hicieron pedazos y, cubierto de saliva, el automóvil "rompió el cerco y escapó en medio del tránsito". Ese mismo día, el ejército venezolano disolvió las manifestaciones "con bayonetas y gases lacrimógenos". Entonces fueron enviados infantes de marina y paracaidistas yanquis a las bases del Caribe.

Dieciséis meses después, en octubre de 1959, estudiantes de izquierda protestaron airadamente en Buenos Aires contra el subsidio yanqui a las universidades nacionales argentinas; obligaron a suspender el plan en las escuelas de economía e ingeniería. Y han surgido otros muchos incidentes, algunos dados a conocer y otros no.

En la primavera y el verano de 1960, los resultados de lo que has hecho y has dejado de hacer empezaron a mostrarse en forma dramática, violenta, como una serie de pequeñas catástrofes del yanquismo en el extranjero.

En Turquía, una serie de motines estudiantiles condujo al establecimiento de una junta militar; la junta tomó el poder, antes detentado por Adnan Menderes, que mantenía a raya a los comunistas. Ya no hay Menderes.

En Corea del Sur, los estudiantes derrocaron al régimen corrompido y títere de los yanquis de Syngman Rhee. Ya no hay Syngman Rhee.

En Taiwán, los ocho millones de taiwaneses bajo la férula del

dictador impuesto por los norteamericanos, Chiang Kai-shek, con sus dos millones de chinos, dieron muestras de creciente inquietud. Todavía está allí Chiang Kai-shek.

En Okinawa —una de tantas bases militares yanquis alrededor del mundo— el pueblo tuvo la primera oportunidad, desde fines de la segunda Guerra Mundial, de manifestarse contra los yanquis; y algunos estudiantes la aprovecharon, danzando y gritando airadamente, Go home, go home, a tu presidente. Pero no te preocupes: 12 000 soldados yanquis contuvieron fácilmente a la multitud agradecida y el presidente llegó al aeropuerto en helicóptero.

En Japón los motines estudiantiles lograron rechazar durante varias semanas la visita de tu presidente, estorbaron la firma de un nuevo tratado con los yanquis e hicieron salir del gobierno al primer ministro Nobusuke Kishi, pro yanqui representante de los grandes intereses financieros.

La lista no está completa, pero quizá conseguirá demostrarte lo que tratamos de decirte.

¿Pero por qué te atribuimos todas estas culpas? Por tu fuerza, en primer lugar, como ya lo hemos dicho. Con la fuerza que posees, yanqui, si no actúas, estás actuando. ¿No te das cuenta? Y no actuaste, yanqui. Y por eso eres ahora el blanco de todos esos disturbios, de todo ese odio. A tantos millones de personas no les dio, simplemente, por atacar a los yanquis. Tenían sus razones, quizá equivocadas algunas, pero ¿sabes tú, siquiera, cuáles eran sus razones? ¿Has tratado de descubrirlas? ¿Estás tratando de responderles, de atender a su situación?

Es posible que te digas ahora: “Bien, quizá sea cierto, pero de cualquier manera todo eso pasó; todo pasará; y, además, eso sucede allá lejos, en Asia”. Eso es provincialismo, yanqui, y debes saberlo —a pesar de todos tus aeroplanos y tu turismo—.

Sin embargo, sea como sea, no puedes encogerte de hombros con semejante facilidad cuando se trata de Cuba. Cuba está a menos de 200 kilómetros de los cayos de la Florida, y, por más de 60 años, ha estado estrechamente ligada lo mismo a la acción que a la inacción

yanquis.

Mañana los resultados de lo que haces y dejas de hacer serán todavía más evidentes en el bloque de naciones hambrientas. ¿Pero serán lo bastante obvios como para distraerte de la enérgica actividad de tus asuntos privados? Éste es un problema real para nosotros, los latinoamericanos. Lo es para todos los americanos de este continente.

Es también un problema de historia mundial —de hoy y de mañana —, una historia mundial en la que todos participamos, querámoslo o no. Lo que se dice en las naciones hambrientas, en los países indigentes del mundo, es que los yanquis ricos sólo se ocupan del dinero y de la violencia. Y si tú no tienes dinero, lo único que te queda es la violencia, ¿no es cierto? Mientras tanto, seguramente has empezado a comprender que las cosas no son ya tan fácilmente controlables. Tu país —y tú también, si es que es tu país— es el blanco de un odio mundial que los despreocupados yanquis jamás soñaron.

Pero escucha, yanqui: ¿es inevitable que así suceda? ¿No está en tus manos evitarlo, al menos hasta cierto punto? Al reflexionar sobre ello, te suplico que recuerdes esto:

No debes creer que el haber sido pobres nos ha hecho perder nuestro orgullo. No debes creer que no tenemos dignidad, ni honor, ni capacidad de lucha. Te aseguramos ahora, con toda la calma de que disponemos, que sí poseemos esas cualidades. En el futuro seguiremos demostrándolas, con nuestros actos y nuestras palabras, así lo entiendas o no. Si lo entiendes, quizá podamos ser amigos una vez más. Si no lo entiendes, vendrán malos tiempos llenos de trastornos para todos.

¿No ves que los acontecimientos hablan por sí solos? ¿No comprendes que los acontecimientos exigen que pienses, que sientas, que actúes? Esto es válido ahora en todo el mundo, pero esos acontecimientos exigentes son, en parte, acontecimientos cubanos. ¿Nos satisface esto a los cubanos? Por supuesto: no seríamos humanos si así no lo sintiéramos. No nos satisface el hecho

de que seamos el centro de la Guerra Fría en el Caribe. No nos gusta la Guerra Fría en ninguna parte; ¿a quién puede gustarle? No queremos ser la Hungría de Occidente; ¿a quién le gustaría? Pero nos complace, es natural, que por fin mucho de lo que estaba pendiente se esté comenzando a hacer en Cuba.

¿Qué podemos decirte para hacerte comprender?

¿Podemos pedirte que tomes conciencia de nuestras agonías y de nuestras aspiraciones? Si lo haces, esto te ayudará a comprender lo que está sucediendo en el mundo en que vives. Piensa en el caso de Cuba y, en función de esto, reflexiona acerca de quién eres, norteamericano.

¿Qué significa Cuba? Significa una oportunidad más para ti.

## II. NUESTRA REVOLUCIÓN

YO ESTUVE en la revolución casi desde el principio y te hablaré de ella desde dentro. Poco después de que Fidel desembarcó en Oriente, en 1956, procedente de México, donde se había estado adiestrando, conseguí un rifle y me uní a Fidel y sus hombres.

¿Cómo conseguí el rifle? Tú me lo facilitaste, por supuesto. Al menos supongo que tú lo pagaste. Quizá no lo sabías, pero así es. Sucedió de esta manera: pagabas impuestos a tu gobierno y tu gobierno tomó ese dinero y compró mi rifle y se lo entregó a Batista —el sanguinario depravado— y Batista se lo dio a uno de sus gánsteres asesinos. Pero una noche en un callejón, en un pueblito cuyo nombre nada te diría, cuatro de nosotros lo atacamos. Yo lo maté con mi machete —estábamos en guerra, yanqui— y le quité el rifle. Me fui entonces a la sierra, a reunirme con Fidel, y luché a su lado contra todos los de Batista.

Había una mujer que vivía en una casa en las afueras de Santiago de Cuba, allá en la provincia de Oriente. Era una señora educada, de unos 40 años. Su casa estaba en la falda de la montaña, a medio camino entre el ejército de Batista y los soldados rebeldes. Durante el día llegaban los soldados de Batista y durante la noche los rebeldes. Su casa estaba a medio camino, ¿comprendes? Pero ella no. Ella estaba con nosotros, era revolucionaria. Era de Manzanillo, de donde salieron muchos revolucionarios. Y nos daba ayuda. Nos entregaba armas y balas escondidas entre los frijoles. Pero, sobre todo, compraba medicinas en Santiago y las llevaba a su casa y nosotros las recogíamos allí; y también mensajes.

¿Cómo podía hacerlo? Bien, así funciona la mentalidad de los capitalistas. Ella tenía un tío muy rico y su padre no gozaba tampoco de mala posición. Y los rebeldes se habían llevado algún ganado de su padre, para comer carne. Los soldados de Batista lo sabían. Lo tenían anotado en una tarjeta en los archivos de la policía secreta, de modo que estaban absolutamente seguros de que

ella estaba contra la revolución. ¿Ves cómo pensaban? Pero la señora nos decía siempre: "También eso hay que agradecerle a Fidel: el ganado que se comieron los muchachos me está salvando la vida".

Hablábamos con ella por las noches y nos contaba lo que sucedía en la ciudad y cómo había entrado en contacto con la revolución. Era una mujer educada y trataba de contarnos todo lo que sabía, porque era revolucionaria.

Estaba en La Habana cuando Batista tomó el poder en 1952. Los jóvenes habían olvidado la actuación de Batista en los treinta y tantos, pero se acordaba y se sentía molesta al ver cómo la gente no se acordaba y aceptaba, cómo no se acordaban de los horrores de Batista.

Estaba en Santiago cuando Fidel y 170 jóvenes y dos muchachas atacaron el cuartel Moncada de Batista, en 1953. No participó en el ataque, pero ella y otras mujeres ayudaron a algunos de esos muchachos a salir de la ciudad. Se sentía conmovida por "esos pobres muchachos perdidos", pero le dijimos que no estaban perdidos ni eran sólo unos muchachos: eran revolucionarios y eran hombres e iban a triunfar. Ya habían ganado, pues le habían arrancado la máscara a Batista con ese ataque. Sus hermanos habían sido hechos prisioneros y asesinados y ya todo el mundo lo sabía: Batista no era más que un asesino. Fue el punto decisivo.

Y después desembarcó Fidel, en 1956, y todo comenzó realmente. Todos sabían que había llegado y que no estaba muerto como decían los batistianos. Luego, durante largo tiempo, diariamente había asesinados y preguntábamos: ¿Cuántos hubo hoy? ¿Cuántos? En ningún momento supimos que habíamos triunfado; siempre sabíamos que íbamos a triunfar. Pero la verdad es que no esperábamos que fuera tan pronto.

A los cubanos nos gusta hablar de cómo empezó nuestra revolución. ¿Dónde empezó, efectivamente? “En la Sierra Maestra, naturalmente, en la provincia de Oriente”, dicen algunos. “Sí, por supuesto —dicen otros—, pero también en las aulas de la Facultad de Derecho y de la Escuela de Medicina de la Universidad de La Habana.” “No lo creo —responde alguien—; considero que empezó en los corazones de los campesinos hambrientos, en sus bohíos, en sus miserables tugurios del campo.” Un anciano advierte entonces: “Quizá sea cierto, pero ¿no comenzó, acaso, cuando estábamos sujetos todavía al yugo español y José Martí escribió y luchó durante siete años y muchos de nosotros resultaron muertos y los marinos yanquis nos ocuparon?”

La verdad es que nadie sabe dónde empezó en realidad, pero hay una cosa cierta: hemos estado peleando mucho tiempo. Y hay otra verdad: la lucha no ha terminado, sigue en pie. Y por eso nos gustaría decirte algunas cosas sobre nuestra revolución.

La revolución se incubó en la universidad. Es necesario que entiendas que las universidades en América Latina no son como las universidades norteamericanas. En Cuba, aun en el antiguo régimen, la Universidad de La Habana era una curiosa isla de libertad combativa en medio del mar de estupidez y tiranía batistianas. Los profesores no recibían órdenes ni de los políticos ni de la policía. Quizá te parezca extraño, pero no lo es en realidad. Los estudiantes, en el antiguo régimen, eran principalmente hijos e hijas o amigos de los grupos dirigentes, de los grupos ricos, y su radicalismo era considerado “una etapa pasajera”, algo que pronto superarían. Además, esos estudiantes serían con el tiempo los funcionarios del gobierno y los políticos, los médicos y los abogados.

Cierto que, aun así, los estudiantes eran golpeados por la policía de Batista y eran balaceados. Y la universidad fue clausurada en el último año de la tiranía. Pero antes fue la cuna de las ideas revolucionarias. Y sólo en la universidad había una actividad “política” más o menos libre y quizá por eso la política que allí se hizo fue la de la rebeldía y la insurgencia, la de la rebelión: la política de la revolución. Los estudiantes eran políticos, ruidosos y

airados. Pronunciaban discursos y publicaban manifiestos y se echaban a la calle. Y fue en ese lugar, esa isla libre a medias en medio de la miseria cubana, donde desde 1945 Fidel Castro —hijo de un hombre rico y estudiante de leyes— descubrió su talento de orador.

Ya entonces, según afirman algunos que lo conocieron, su fluidez lo hacía enormemente sugestivo, aunque algunos de sus compañeros estudiantes no simpatizaban mucho con él porque era político y la gente "decente", honesta, de clase media, no se mezclaba en política porque eso era para los ladrones. Creían entonces que Fidel Castro sólo quería utilizar a los demás, ser delegado de su clase y delegado de la Facultad y presidente de la Federación Estudiantil, y utilizarla como trampolín para entrar en la misma política de siempre. Todos comprenden ahora lo erróneo de aquel juicio y muchos de esos mismos estudiantes de entonces colaboran hoy con Fidel, día y noche.

Cuando terminó sus estudios, Fidel ejerció el derecho. Y en 1952 se postuló para el Congreso. Como ves, trató de llegar primero mediante elecciones y todo lo demás. Pero ése fue el año en que Batista tomó nuevamente el poder con el ejército y de un solo golpe hizo pedazos a toda la democracia burguesa:

"Esto se acabó —le dijo Batista al presidente—. Yo soy el gobierno."

En sólo 11 días, 11 días, tu gobierno "reconoció" a Batista como gobierno de Cuba. Pero Fidel Castro no reconoció a aquel bandido. Y así fue como empezó en realidad: un hombre dijo no a un monstruo.

Al principio Fidel recurrió a los tribunales para discutir las elecciones. Presentó un recurso donde se demostraba que la pandilla de Batista había violado las leyes. Por supuesto, el recurso fue rechazado. Y entonces empezó a comprender: la única verdadera política posible para los hombres honestos en la vieja Cuba era la política del rifle, la política de las guerrillas. La revolución era la única "política" para un hombre honesto. Al año siguiente, en 1953, el 26 de julio, Fidel dirigió el ataque al Moncada.

¿De dónde había salido este joven? ¿Quién era? Había nacido el 13 de agosto de 1926, hijo de un próspero azucarero y maderero de Oriente. Conoció, pues, las montañas desde niño, cazando y viendo la pobreza que allí existía. Fue a colegios católicos, primero en Santiago de Cuba, la capital de Oriente, después a uno de jesuitas en La Habana, donde estudió el bachillerato, y más tarde a la Universidad de La Habana, donde se hizo abogado. En 1950 trabajaba activamente como abogado en La Habana, pero no era como otros abogados; defendía a los pobres y a los presos políticos. Y se hacía cada vez más revolucionario.

Después que Batista tomó el poder y que su recurso fue rechazado en la Corte, Fidel empezó a adiestrarse y planear el ataque al cuartel Moncada. Tenía cerca de 170 hombres y dos muchachas, la mayoría de ellos estudiantes, y con éstos atacó a los 1 000 soldados de Batista que integraban la guarnición. Quería tomarlos por sorpresa, apoderarse de sus armas y lanzar por radio un llamamiento al pueblo contra el dictador.

Como hecho militar no triunfó, aunque como primer acto de insurrección sí tuvo resultado, como todos lo saben ahora. Algunos murieron en el intento; otros fueron capturados y torturados a la manera de Batista; unos cuantos fueron sometidos a juicio. Pero la mayoría fueron simplemente asesinados después de concluido el ataque. Fue el comienzo efectivo del baño de sangre de Batista, del "gallito alegre" de los polizontes de Batista, que rondaban las calles y nos tiroteaban.

Fidel y su hermano Raúl y algunos más fueron sometidos a juicio, si así puede llamársele, y confinados a la prisión de Isla de Pinos. Pero el pueblo se enteró de la gran defensa pronunciada por Fidel —La historia me absolverá— gracias a las versiones taquigráficas que lograron sacar del juicio a puerta cerrada algunos reporteros. Pero eso tendrás que leerlo en alguna otra parte. Si hay buenos editores en los Estados Unidos, podrás leerlo quizá, porque es una de las grandes piezas oratorias de América.

No podemos relatarte en estas cartas todo lo que sucedió entonces, pero vale la pena saberlo porque demuestra qué clase de jóvenes eran éstos. Después de siete meses de confinamiento solitario, Fidel estableció una escuela para los demás presos, donde enseñaba

filosofía e historia y estudiaba inglés, al mismo tiempo que releía las obras de José Martí. No obstante, el pueblo seguía exigiendo a Batista que pusiera en libertad a Fidel y, buscando la popularidad, que Batista deseaba y necesitaba, los fidelistas fueron liberados. Habían permanecido en la cárcel cerca de dos años.

Pronto marcharon a México; comenzaron allí su adiestramiento, dirigido por un español que había aprendido en la guerra de España la lucha de guerrillas. El general Alberto Bayo, así se llamaba, tenía una pequeña fábrica de muebles en la ciudad de México. Consiguió un rancho en Chalco y allí fueron todos a entrenarse. En México conocieron al "Che" Guevara y a otros y, en 1956, cuando sumaban un total de 82 hombres, embarcaron en un pequeño yate y partieron a invadir Cuba.

Fue otro desastre lo que sucedió en ese mes de noviembre, peor esta vez que aquel otro mes de julio en el Moncada. Se perdieron; no lograron establecer contacto con quienes los esperaban en Cuba; remaron hasta un terrible pantano en la costa y luego fueron atacados. El episodio terminó con sólo 12 hombres en la cima de una montaña, en la Navidad de 1956. Estos 12 hombres lo habían logrado y Fidel les dijo: "¡Los días de la dictadura están contados!"

Quizá ése fue el momento decisivo de la Revolución cubana. Porque, ahora todos lo sabemos, Fidel tenía razón.

## II

Unos cuantos estudiantes e intelectuales de clase media, en contacto con la tragedia de la pobreza y la corrupción en Cuba, reaccionaban de una manera revolucionaria. Por supuesto, la intelligentsia cubana, en general, estaba dividida. Muchos intelectuales estaban con la tiranía; otros muchos, provistos de cierta educación superior, se olvidaban simplemente de Cuba y abandonaban el país. Iban a Nueva York o a Miami a estudiar y algunos volvían para convertirse en técnicos o abogados; o trataban de conseguir algún puesto en el Ministerio de Relaciones para poder vivir en el extranjero. Otros

iban a París a estudiar y algunos se quedaban. En Cuba no había una vida cultural e intelectual propicia.

Algunos de los que volvían a Cuba o que no salían al extranjero simplemente se mantenían en silencio y trataban de vivir lo mejor posible. No constituían un círculo, clase o grupo coherente. Estaban divididos y naturalmente no hicieron, como clase, la revolución. En general no tenían el valor suficiente para una revolución y temían que se les tachara de comunistas. Pero un pequeño grupo de jóvenes intelectuales la iniciamos. No teníamos miedo de los rótulos; sabíamos lo que éramos y lo que no éramos. Hay algo que ustedes, los norteamericanos, tienen que entender acerca de estos jóvenes intelectuales, acerca de nosotros que dirigimos la insurrección y que ahora estamos llevando adelante la Revolución cubana:

Como no pertenecíamos a la vieja intelligentsia de izquierda —los hombres de edad madura que habían pasado por el comunismo y se habían desilusionado con el estalinismo y con las purgas y los juicios y los 35 años de todo eso—, hemos tenido una enorme ventaja como revolucionarios. No hemos atravesado todo ese proceso terriblemente destructivo; no nos ha herido y, por tanto, somos libres. Somos revolucionarios de la época posestalinista; no hemos creído en ningún "Dios que falló". No pertenecemos a ese linaje. No tenemos todo ese cinismo ni esa futilidad respecto a lo que hacemos ni acerca de lo que consideramos que debe hacerse.

Ése es un gran secreto del revolucionario cubano. Como jóvenes intelectuales, por supuesto, sabemos algo de todo ese proceso desalentador a través de los libros y ahora nos hemos puesto a estudiarlo un poco —cuando tenemos tiempo para estudiar—, pero nunca lo vivimos. Somos hombres nuevos. Por eso somos originales y espontáneos y no tenemos ningún miedo de hacer lo que debe hacerse en Cuba. No hay ex radicales entre nosotros. Somos nuevos radicales. Creemos, en realidad, que formamos parte de la nueva izquierda en todo el mundo. Una izquierda que no ha sufrido lo que el estalinismo significó para la vieja izquierda en el mundo entero. Nosotros sólo a través de los libros hemos conocido las ejecuciones y los juicios de Stalin y los campos de trabajo, pero ello no nos atañe personalmente. Carecemos de ese antecedente ideológico. Por eso hemos tenido el valor de hacer una revolución; nuestro valor no

fue destruido por la terrible historia de la decadencia mundial de la vieja izquierda. Somos gente sin malos recuerdos. Por eso nos fijamos en lo que se presentaba a nuestra vista, en las realidades de Cuba. Pudimos hacer lo que había que hacer sin el temor que esto infunde a tantos. Y estamos en libertad para llevar adelante nuestra revolución.

## III

Somos de la clase media, pues no salimos del campesinado ni de los trabajadores de la ciudad, aunque fue con los campesinos con quienes entramos verdaderamente en contacto. En parte esto se debió a la situación militar: las zonas rurales y, sobre todo, las montañas eran los únicos sitios donde se podía luchar contra el ejército. Debes comprender también que estos "campesinos" eran, en realidad, una especie de obreros agrícolas que casi todo el año permanecían sin empleo.

Aunque toda la revolución exagera los males del antiguo régimen, los cubanos no hemos tenido necesidad de hacerlo. En sus realidades mismas, el sistema rural de la vieja Cuba era una exageración, una exageración de infierno social. Era una pobreza sin alivio y sin esperanzas.

Como te explicaremos más tarde, la vieja Cuba era un objeto explotado de lo que llamamos el imperialismo yanqui. Además, nuestra propia economía era un capitalismo de ladrones, lleno de dispendios y sostenido por el soborno, la deshonestidad administrativa y el latrocinio puro y simple. Nuestra política era una copia corrompida de una democracia constitucional; no era ni constitucional ni democrática: era una tiranía, fundada absolutamente en el ejército y utilizada económicamente por el tirano y sus verdugos para su enriquecimiento personal. Antes, cuando estábamos en plena insurrección, no sabíamos todo esto; lo único que sabíamos era el resultado de todo ello, que era muy fácil de ver: la pobreza. Esta pobreza era una situación establecida, experimentada subjetivamente como una total ausencia de futuro.

En nuestro paraíso del Caribe, de violencia y sufrimiento, de terror y miseria, unos nueve de cada 10 “hogares” rurales —aunque los norteamericanos difícilmente podrían llamar a nuestros bohíos “hogares”— sólo tenían alumbrado de petróleo. Menos de 3% tenían instalación de agua. Más de la mitad no poseía siquiera —quizá te resulte difícil entender esto— un excusado fuera de la vivienda; sólo 3% tenía servicios en el interior.

Cerca de las dos terceras partes de nuestros niños no acudían a una escuela primaria; y la mayoría de los que comenzaban a ir a ella la abandonaban pronto. En 1950, por ejemplo, 180 000 niños comenzaron el primer grado, pero menos de 5 000 estudiaron el octavo. Esta cifra no corresponde sólo al campo; representa el total en el país, tanto en las ciudades como en el campo.

Cada año, en medio de esta miseria y suciedad del campo, venía el “tiempo muerto”, y los agricultores y obreros agrícolas pasaban hambre. Por la corta temporada de trabajo en los campos de caña y en los ingenios azucareros, porque el azúcar era el cultivo dominante y porque nada se hacía para variar la situación, los cubanos se quedaban sin trabajo durante muchos meses.

En medio del auge económico que los Estados Unidos experimentaron con la guerra de Corea, el censo cubano reveló que cada día en Cuba, en promedio, una cuarta parte de nuestros obreros y campesinos permanecían sin empleo. Como dos de tus economistas han señalado, este hecho significa que cada año en Cuba equivalía al peor año de la gran depresión de la década de 1930 en los Estados Unidos. Para nosotros todo eso era “normal”, y te suplico, no nos insultes preguntándonos si había seguro o subsidio contra el desempleo; esto, como ellos dicen, era para los yanquis ricos. El desempleo en Cuba era crónico y no subsidiado.

Esta miserable pobreza era el resultado de nuestra historia. En medio de tus riquezas, quizá te resulte difícil comprender lo que es la pobreza. La pobreza es terrible, yanqui, te lo decimos por si lo has olvidado o nunca lo supiste; la pobreza es funesta. Es una manera de morirse sin morirse. La pobreza significa que no hay zapatos y que los intestinos de tus hijos se llenan de parásitos que penetran por las plantas de sus pies desnudos. La pobreza en Cuba significaba que ocho personas subsistían —¿quién podría decir que

vivían?— en una choza miserable y asquerosa, con piso lodoso, un techo de palmas que dejaba pasar la lluvia y con fogones para cocinar, en medio del desorden del lugar, y tosiendo por el humo.

Y con esta gente nuestros jóvenes ilustrados se unieron y fue a ellos a quienes movilizaron para hacer nuestra revolución. Debes saberlo: ellos son la base, el impulso, la fuerza. De ellos salieron los soldados rebeldes. Ellos son los revolucionarios.

## IV

Sin embargo, no fue este viejo orden económico, por malo que fuera, lo que "hizo" la Revolución cubana. El resultado de esa economía —la abyecta pobreza— fue por supuesto una causa verdadera de nuestra acción, y tan pronto como triunfamos comenzamos a rehacer y a desarrollar toda la economía de Cuba, de la cima a la base. Pero la revolución misma no fue una lucha entre campesinos y terratenientes ni entre obreros y capitalistas, cubanos o yanquis; tampoco fue una batalla nacionalista directa entre cubanos y extranjeros.

No es una revolución "económicamente determinada", ni en sus orígenes ni en su desarrollo. Al enfrentarse con los hechos económicos vitales, la revolución los ha superado, dejando en su estela inmediata nuevas condiciones económicas.

Nuestra revolución no es una revolución hecha por sindicatos ni por los obreros de las ciudades ni por partidos de los trabajadores, ni nada semejante. Es muy distinta de cualquier revolución de las que has oído hablar. Primero que nada, como ya te hemos dicho, sus líderes han sido jóvenes intelectuales y estudiantes de la Universidad de La Habana. Fueron ellos los que dieron los primeros pasos. Dieron muchos pasos antes de que algunos empezaran a dar resultado. Entonces, a medida que iban adelante, el movimiento que estaban construyendo se nutrió de la fuerza de los campesinos cubanos. Nuestra revolución comenzó realmente —y la suerte de Batista estuvo echada— cuando un puñado de estos jóvenes

intelectuales se unieron verdaderamente con los campesinos. Esa coyuntura histórica activa lo logró. Y sumado a ello, la manera en que los soldados rebeldes combinaron la acción militar con la revolución económica en el campo, durante y después de la insurrección armada.

En relación con las diversas clases en Cuba, la revolución se nos muestra así: ha estado y sigue estando dirigida por los intelectuales jóvenes. Pero hay dos etapas. La segunda está en plena vigencia.

La primera etapa es la insurrección. No hay duda de que entonces los campesinos desempeñaron el papel principal. Junto a los jóvenes intelectuales, formaron el ejército rebelde que triunfó en la lucha armada. Fueron los elementos decisivos, intelectuales y campesinos.

Entonces los obreros de las ciudades no tenían conciencia revolucionaria; sus sindicatos eran como tus sindicatos norteamericanos: sólo querían aumentos de sueldos y mejores condiciones de trabajo, sólo esto los impulsaba. Y algunos estaban todavía más corrompidos que los norteamericanos.

La clase media cubana, la que existía, también estaba parcialmente corrompida. Tenían algunos órganos de expresión, pero carecían de toda conciencia de clase, inclusive rudimentaria. Dejaban, por supuesto, que el campesino cubano se pudriera en las zonas atrasadas de Cuba. Se opusieron a Batista y lo criticaron en algunas ocasiones y con frecuencia refunfuñaban, muchas veces sólo porque no los dejaban participar en los negocios, pero se abstuvieron completamente de hacer algo efectivo contra la tiranía de Batista.

La segunda etapa es la revolución misma, que comienza al triunfar la insurrección armada a fines de 1958. Desde entonces los campesinos han seguido siendo decisivos, pero ahora los obreros han adquirido también importancia. También ellos han participado en la revolución. Es sorprendente ver cómo la conciencia del obrero cubano se ha transformado del viejo sindicalismo que sólo perseguía reivindicaciones económicas a una actitud radicalmente revolucionaria. Actualmente en Cuba esto significa, por supuesto, no sólo “estar en favor de la revolución”, de una manera abstracta; significa sacrificarse por ella, contribuir activamente para

impulsarla. Y eso es lo que han estado haciendo y siguen haciendo los obreros. Por esto la revolución se ha hecho mucho más fuerte y más radical; su velocidad ha sido aumentada por los obreros. Su conciencia revolucionaria ha despertado; ahora es una realidad. Ellos, como los campesinos, constituyen en este momento una clase esencialmente revolucionaria; también ellos están ahora en pleno clamor revolucionario. Pero no fue así en un principio.

Cuando el Movimiento 26 de Julio llegó finalmente a La Habana, después del triunfo, los revolucionarios dijimos a los obreros: “No fueron ustedes sino nosotros los que hicimos la revolución; ahora tienen que mostrarse doblemente militantes para compensar aquello”. Y así ha sido. Por ejemplo, el obrero ha cedido 4% de su salario para comprar maquinaria agrícola para el campo y con frecuencia vemos en el campo tractores obsequiados a los campesinos por diversos grupos obreros. El movimiento obrero se ha unido definitivamente a la revolución y ahora forma parte de ella.

¿Y la clase media en general? ¿Cuál es su posición hoy? Como siempre, están divididos, vacilan y a menudo se asustan. Muchos, por supuesto, especialmente los profesionistas —y muy en particular los maestros y los médicos—, están con la revolución. Pero la clase media es también una fuente de sentimientos contrarrevolucionarios. Es bueno para la revolución, creemos, que la clase media cubana nunca haya sido lo que se llama una burguesía clásica, fuerte y pujante. Naturalmente que cuando triunfamos muchos estaban muy satisfechos, no tanto de que hubiéramos triunfado como de que Batista se hubiera ido, pero a medida que la revolución fue progresando afectó a algunos en sus bolsillos y a muchos más en sus corazones burgueses. Más adelante te contaremos acerca de la contrarrevolución.

Volvamos a la primera etapa, la insurrección. Es cierto que nos gusta acordarnos de aquello; es verdad que actualmente honramos y confiamos sobre todo en quienes pelearon entonces. ¿Es comprensible, verdad?

Los soldados rebeldes, campesinos dirigidos por jóvenes

intelectuales, no derrotamos simplemente a un ejército organizado; lo destruimos, de una vez por todas. La lucha contra el ejército de Batista, adiestrado y equipado por ti, fue la más importante. Como te hemos dicho ya, fue por supuesto más importante que cualquier "lucha de clases" entre obreros y patronos, extranjeros o cubanos. Los terratenientes y los industriales no eran tan poderosos. Eran más fuertes en la agricultura y esa fuerza fue fácil de quebrar una vez derrotado el ejército de Batista. En realidad, no hizo sino evaporarse.

Todos pensaban antes que no podía hacerse una revolución sin contar con el ejército profesional. Pero nosotros derrotamos a ese ejército y ahora no hay ejército profesional en Cuba. Lo primero que hicimos al triunfar fue convertir las seis mayores fortalezas del ejército en escuelas y ahora el "Pentágono" de la vieja Cuba es el Ministerio de Educación. Si solamente hubiéramos derrotado al ejército y no lo hubiéramos tocado, ya habría dado un golpe de Estado o por lo menos lo habría intentado. Pero lo hicimos pedazos y lo dispersamos definitivamente.

Nuestros soldados rebeldes —no les gusta que se les llame simplemente "soldados"— son de una especie totalmente diferente que los del viejo ejército de Batista. Constituyen un nuevo tipo de ejército: no se pasan el tiempo sentados en los cuarteles ni pavoneándose por las calles. Están trabajando: están construyendo gallineros y caminos en las zonas más atrasadas de Cuba; están sembrando miles de eucaliptos en tierras hasta ahora baldías.

No queremos darte la impresión de que sólo los soldados rebeldes campesinos ganaron la lucha armada. Había también una resistencia clandestina en las ciudades y muchos de nuestros hermanos actuaron en ella y murieron por la revolución. Pero las condiciones en las ciudades eran muy malas, muy desfavorables para la revolución; allí había una tiranía policiaca, no era como en las montañas.

Unos siete meses antes de nuestra victoria definitiva, hubo una huelga en las ciudades que fracasó. Este fracaso significó que todas las fuerzas militares de la tiranía se concentraron contra nosotros en las montañas. Esas fuerzas subieron a la sierra y trataron, de una vez por todas, de liquidarnos. ¿Sabes cuántos hombres armados

teníamos entonces? Cerca de 300. No teníamos más, y quizá aquél fue, yanqui, el punto decisivo de la Revolución cubana.

## V

Trece batallones, de 900 hombres cada uno, marcharon hacia la sierra. 12 000 hombres pagados por Batista —el mayor movimiento de tropas, según se dice, en toda la historia de Cuba— en camiones, todoterrenos y trenes se dirigieron a las montañas. Desde el cuartel Moncada y la base de Bayamo, tanques Sherman —suministrados por ti, yanqui— rechinaron en su paso hacia la sierra.

Y nosotros los esperamos —en nuestros refugios de troncos y tierra — hechos por nosotros, yanqui. Cavamos trampas para los tanques; volamos puentes en carreteras y vías de ferrocarril; nos escondimos en los árboles, listos para disparar; estábamos en nuestra Sierra Maestra, en la selva, en las rocas, en las cañadas.

Primero vinieron los aviones, con bombas de napalm, suministradas por ti, yanqui. Entonces penetraron las tropas en nuestra selva, y si algo sabemos hacer es disparar con puntería. Ellos no sabían; se cansaban pronto, eran perezosos y no sabían disparar. Los oficiales que los mandaban eran unos estúpidos. Tenían caras de hierro, pero cabezas de madera. Quizá no debiéramos decir esto, teniendo en cuenta que tus misiones militares ayudaron a entrenarlos, pero es la verdad.

Los batistianos traían también algunas de tus bazucas. ¿Pero contra qué equipo nuestro podían dispararlas, si no lo teníamos? Así que capturamos las bazucas y las disparábamos contra sus tanques. También nos apoderábamos de sus tanques, cuando los abandonaban en las trampas que volaban con gasolina, a lo largo del camino.

Y después capturamos una de sus estaciones de radio portátiles, ¡con su libro clave! Y entonces, mi amigo, sí que los confundimos. Sabíamos cuáles eran sus órdenes, de modo que cortamos su línea

de suministro. A través de su propia estación de radio ordenábamos a sus bombarderos que atacaran y bombardearan sus propias posiciones. Hacíamos que sus aviones nos lanzaran suministros por paracaídas a nosotros. Comíamos entonces carne de lata, queso y dulce de guayaba. Dios mío, qué bien sabía el dulce de guayaba, después de estar comiendo durante meses y meses sólo pedazos de carne y ñame y tampoco muy abundantes.

Ésta es, pues, la historia de la lucha armada en pocas palabras: un puñado de hombres en la cima de una montaña, medio muertos de hambre, derrotaron a un ejército de 12 000 hombres pagados por Batista y equipados y adiestrados en gran medida por los yanquis. Nadie nos pagaba a nosotros, los que luchábamos contra todo ese ejército; nosotros luchábamos por otras cosas. Nadie nos adiestró tampoco: lo hacíamos nosotros mismos, en la sierra y luego en la batalla en el llano. Nosotros, los jóvenes del Movimiento 26 de Julio que movilizamos a los campesinos, que no éramos como otros jóvenes de la clase media. No pensábamos sólo en nosotros mismos; no estábamos limitados por nuestros propios y pequeños intereses. No estábamos desilusionados ni nos habían vuelto cínicos las derrotas revolucionarias en otras partes del mundo. Teníamos grandes objetivos que iban más allá de nuestros pequeños intereses y de las viejas futilezas. Estábamos por encima de todo eso, que simplemente no nos preocupaba. Representábamos a Cuba y por eso triunfamos.

## VI

¿Qué sucedió después? Sabemos que has visto muchas fotos de cubanos fusilando a cubanos. Y son verdaderas. Ejecutamos a los batistianos, a unos 500 o 600. Los fusilamos, sin lo que los norteamericanos considerarían —curiosamente, en nuestra opinión — “un juicio justo”. Sabemos que eso no te gusta, así es que vamos a explicarte cómo lo vemos nosotros.

Ésta fue una guerra. Durante el régimen de Batista, miles de cubanos fueron asesinados. Esos a quienes ejecutamos los soldados rebeldes eran los peores criminales de la tiranía de Batista; los conocíamos muy bien. ¿Qué podía esperarse entonces?

Quizá en términos de moral cómoda, ninguna muerte es excusable incluyendo —recuérdalo, por favor— las enormes matanzas de las guerras en que han participado ustedes, los yanquis. Por muy inmoral que sea, los fines y los resultados son muy distintos en los diversos lugares y en las diferentes épocas, porque lo que importa, después de todo, es a quién se mata y por qué. Esto no excusa el dar muerte —como cristianos lo sabemos—, pero sí da diferentes significados a las distintas muertes. Y esas muertes de Cuba fueron, en nuestra opinión, muertes justas y necesarias. Pero, lo creas o no, no tienen derecho a hablar de injusticia: ¿quién juzgó al pueblo de Hiroshima? Pues la nuestra también fue una guerra.

Recuerda también, yanqui, que la moral es fácil en tus tranquilos barrios residenciales lejos de todo, protegidos de todo. La moral es fácil cuando se es rico y fuerte y todo lo desagradable del mundo permanece oculto, por la distancia, las diversiones, la propia indiferencia, la vida privada de cada cual.

Acércate a la historia, la historia de la que ahora formas parte. Esa historia es cruel para otros. Acércate a Cuba; la historia de Cuba ha sido cruel, en verdad. Estamos tratando, compréndelo, de poner fin a la injusticia y la crueldad que han sido impuestas a nuestra propia manera de vivir, y con lo que tú has tenido mucho que ver, yanqui.

Esto es lo más importante de todo lo que debes saber: al ejecutar a los peores malhechores de Batista u encarcelar a otros criminales de guerra, Fidel y sus soldados rebeldes salvaron a Cuba de un baño de sangre. ¿Sabes que Fidel Castro y sus hombres se dirigieron por radio al pueblo y le pidieron: “Actúa con mesura revolucionaria; se te hará justicia”? Si no hubiera obrado así, el pueblo cubano habría hecho un baño de sangre. Y ahora le agradecemos que nos haya salvado de eso; pero entonces estábamos locos de ira; los habríamos matado a todos y quizá entonces se hubieran cometido injusticias.

Quizá hayas oído a algunos ex negociantes cubanos decir que están contra Fidel Castro por esas ejecuciones. Ése es el tema contrarrevolucionario en todo el mundo de los negocios. ¿Qué significa? Significa que nuestra revolución ha afectado sus libros de cuentas. Lo que quería ese tipo de cubano era una pequeña democracia sin peligros, sin la vieja deshonestidad latinoamericana, para poder poner en práctica más fácil, más pulcra y sistemáticamente la deshonestidad yanqui, impersonal y disimulada.

¿Crees todavía, yanqui, que sólo están en contra de la falta de moralidad de las ejecuciones? ¿Por qué, entonces, no hicieron propaganda organizada a través de los periódicos, la radio y las revistas que controlan cuando los de Batista asesinaban? No hubo nada de eso; todo lo contrario: tu gobierno envió a sus militares a nuestra isla para ayudar a los hombres de Batista, que eran quienes mataban entonces. Tu gobierno les dio rifles y aviones y bombas y los preparó para que los utilizaran contra nosotros. Piensa acerca de todo esto, yanqui, cuando pienses en nuestros pelotones de fusilamiento.

Mientras gobernó Batista, tus negocios y tu gobierno participaron directa e indirectamente en su gobierno y tú no protestaste. Por el contrario: lo ayudaste. Aun cuando ganaron los fidelistas no protestaste; no podías darte ese lujo. Era tan obvio, que los cubanos nos sentimos llenos de satisfacción. Pero tan pronto como empezamos a organizar para nuestras propias necesidades la propiedad de las compañías —cubanas lo mismo que yanquis, no se te olvide—, tus periódicos, tu gobierno, toda la radio de tu país empezaron a gritar contra nosotros. Tu Departamento de Estado puso el grito en el cielo, la radio vociferó y muy pronto nos cortaste la cuota del azúcar. No contribuiste a nuestra revolución. Jamás la has ayudado. La heriste, y ahora quieres acabarla, matarla; estás tratando de lastimarnos cada vez más. Por eso gritamos, al mundo entero y a ti: “¡Cuba sí, yanquis no!”

Si nos equivocamos quizá puedas demostrárnoslo. Debía resultarte fácil. ¿No vives, acaso, en una democracia?

## III. TU CONTRARREVOLUCIÓN

TODA revolución tiene su contrarrevolución, lo cual es señal de que la revolución es verdadera. Y toda revolución debe defenderse contra esa contrarrevolución o la revolución fracasará. Hoy en día, en países como el nuestro, las contrarrevoluciones son casi siempre apoyadas desde el extranjero. La contrarrevolución que se opone a nuestra revolución es apoyada, por supuesto, en el extranjero. No podemos probar algunas de las cosas que vamos a decirte ahora. Por su naturaleza misma, es imposible. Pero quizá tú podrías informarte, yanqui, y ayudarnos a enterarnos mejor, para defendernos mejor. ¿Quiénes son los contrarrevolucionarios? ¿Y qué clase de poder tienen?

### I

Primero están los batistianos, ahora en el exilio, principalmente en los Estados Unidos. Tienen mucho dinero, que se robaron en Cuba, y estamos seguros de que conspiran poderosamente contra nuestra revolución. Van a los Estados Unidos porque su única oportunidad de detener nuestra revolución está en su esperanza de que tu gobierno los ayude, de alguna manera, contra nosotros. Tienes ahora en tu país a muchos asesinos y gánsteres del régimen de Batista; algunos declaran, inclusive, ante tus comités del Congreso. En Cuba carecen de toda fuerza o prestigio. El sistema que representan está tan manchado de sangre; ellos mismos representan tanto crimen y tanta pobreza, que nada tienen que decirnos. Confían en tu ignorancia y en tu falta de interés.

Al lado de estos batistianos están los desertores, que estuvieron durante un tiempo con la revolución, pero después desertaron. Han abandonado la revolución y, en realidad, han abandonado a Cuba.

Casi todos se han ido a tu país. ¿Quiénes son? Quizá sepas algunos de sus nombres, ¿pero sabes algo más de ellos? Hubert Matos, por ejemplo, ex comandante que luchó junto a Fidel, fue el golpe más fuerte. Ahí están también Pedro Díaz Lanz —jefe de las fuerzas aéreas— que también peleó en la Sierra; Raúl Chibás, miembro del ejército rebelde y hermano de Eduardo Chibás. Y otros, como Miguel A. Quevedo, editor de la revista Bohemia; Luis Conte Agüero, que tenía un programa radial y ahora está en Miami, y José Miró Cardona, ex embajador en los Estados Unidos, con fondos en todos los bancos.

Cada uno de ellos, y los demás, tuvieron sus razones para desertar de la revolución, aunque casi todos afirman que esa razón fue el anticomunismo. Ése es el gran tema contrarrevolucionario, por supuesto. Casi ninguno tenía realmente popularidad en Cuba. Algunos eran ambiciosos en el viejo sentido político y comprendieron que ya en Cuba no iba a haber ese tipo de política. Otros tenían propiedades y rentas y las perdieron por las leyes revolucionarias; quizá ahí está la razón. (Las propiedades de la familia de Fidel fueron disminuidas, también, como las de todo el mundo.) Varios desertores se sobrestimaban excesivamente y, cuando no pudieron llegar tan alto como pensaban en el gobierno revolucionario, se marcharon. Uno, cuando menos, creía que debía haber sido designado presidente de la República. Y algunos, después de todo, eran mercenarios y no muy inteligentes que digamos.

Hay algo acerca de todos estos desertores que tiene que ver con el tipo de revolución que es la nuestra: no duró mucho tiempo el proceso que llevó al triunfo y no éramos muchos entonces; en el proceso revolucionario no tuvimos oportunidad, pues, de seleccionar y fomentar a muchos revolucionarios probados y verdaderos. No fue como la Revolución francesa o la china, que duraron años y años. Nosotros triunfamos muy rápidamente derrotando a un ejército, en realidad en dos años. Sucedió más pronto de lo que esperábamos y por eso a la revolución le han faltado hombres de confianza que sepan hacer lo que hay que hacer y que sigan haciéndolo. Así es que, hasta cierto punto, estos desertores son, en nuestra opinión, el resultado de que la revolución se hiciera sin un largo proceso revolucionario.

Pero nada de esto nos afecta demasiado: esos desertores no tenían verdadera madera revolucionaria. Lo importante es que los batistianos que huyeron y los desertores que se marcharon van a intentar, naturalmente, hacer la contrarrevolución. La mayoría de ellos no tienen, por supuesto, el valor necesario para luchar con las armas en la mano. Pero están conspirando contra nosotros y creemos que los intereses yanquis y el gobierno yanqui los están ayudando. Creemos que todos ellos están actuando al lado del gobierno yanqui. ¿Por qué lo creemos?

Lo que están haciendo debe costar millones de dólares: su propaganda contra nosotros, sus viajes, su sostenimiento mismo y, a nuestro entender, también la compra de armas. Algunos de los batistianos tienen dinero, que se robaron en Cuba, pero otros no tienen; y cualquiera que conozca a los batistianos como nosotros los conocemos, sabe que no le dan dinero a nadie, y es un hecho que no reciben dinero del propio Batista. Por eso nos preguntamos: ¿De dónde sale tanto dinero? ¿De las compañías yanquis afectadas por nuestra revolución? ¿De la Agencia Central de Inteligencia? ¿Del Departamento de Estado? Lo cierto es que ninguno de ellos tiene popularidad entre los miembros de la colonia cubana como para recoger dinero entre éstos. Sabemos que algunos se entrevistan con funcionarios de tu Departamento de Estado, por eso creemos que los yanquis deben estarlos ayudando.

Si nos equivocamos, pruébalo. Haz que tu Congreso investigue todo este asunto de la contrarrevolución. ¿No puedes hacerlo? Lo único que queremos es saber toda la verdad. Mientras no pongas en claro esa verdad, tendremos que seguir creyendo todo lo que te hemos dicho.

## II

Y ¿qué hay del sentimiento contrarrevolucionario dentro de Cuba? ¿Existe? Por supuesto que sí. En general abrigan estos sentimientos

los que se beneficiaban del antiguo régimen, pero no de la revolución, y todavía están aquí: la mayoría de los grandes terratenientes cubanos —los latifundistas, como nosotros los llamamos—, directamente afectados en sus bolsillos por las leyes revolucionarias.

Todas las leyes revolucionarias han dejado naturalmente como estela la deserción, el resentimiento y los sentimientos contrarrevolucionarios. Esto sucede, naturalmente, con los grandes latifundistas —como resultado de la reforma agraria— y, no obstante, muchos de estos grandes propietarios se han quedado en Cuba. Los propietarios de bienes raíces, de las grandes casas de departamentos, por ejemplo, han sido afectados económicamente por nuestras leyes de rebaja de alquileres. Ésa era una gran fuente de inversión en otra época para los funcionarios deshonestos, los que hacían negocios a la sombra del gobierno y otros rentistas. Los intereses del juego, así como otras industrias turísticas y las "industrias productoras de utilidades", tales como "la bolita", la lotería, las máquinas tragamonedas, los que tenían intereses en los casinos; y también, por supuesto, todos los negociantes que dependían del comercio de importación con tus compañías: todo eso se acabó.

Sí, muchos "intereses financieros" —algunos legítimos y otros criminales— han sido afectados por la revolución. Después de todo, en el viejo régimen, cerca de 1 000 millones de dólares de dinero del Estado estaban invertidos en los "negocios" del capitalismo político. Casi todo ha sido recuperado por nuestro gobierno y esto suscita sentimientos contrarrevolucionarios. Pero déjanos explicarte algo acerca de quienes han sido afectados en esta forma.

Observa brevemente al tipo de hombre de negocios cubano —o más bien, ex hombre de negocios— dentro del sistema de negocios propiciados por la política que antes prevalecía. Quizá vive ahora en Miami; puede darse muy bien ese lujo. Si le preguntas qué sucede en Cuba, probablemente te contestará más o menos lo que sigue: "Al principio yo estaba de acuerdo con Castro. Es cierto que no me fui con un rifle a pelear, pero ése no era mi papel. Me alegré, sin embargo, de que ganara. Pero ahora estoy contra Fidel Castro y la revolución que está haciendo en Cuba. Ha ido demasiado lejos.

Supongo que allá en Cuba me llamarían contrarrevolucionario y quizá lo soy; pero yo prefiero decir que soy partidario de la verdadera revolución y, por tanto, estoy en contra de lo que Fidel y sus barbudos están haciendo. Es posible que la vieja Cuba no fuera un buen lugar. Quizá Fidel tenía razón en eso. Pero, a pesar de todo lo que digan, a mí me gustaba. Se podía hacer mucho dinero, y además gastarlo bien".

No se trata, por supuesto, de preguntarse si no había algo bueno, después de todo, en el antiguo régimen. Hay que preguntarse para quién era bueno. La respuesta es: bueno para este tipo de hombre. ¿Pero cómo hizo dinero en la Cuba de antes? Tienes que entender, sobre todo, que la vieja Cuba no era una sociedad capitalista con una clase media fuerte, honesta y floreciente. Cuba no era sino una factoría, y las fuerzas económicas se alimentaban como parásitos de los monopolios norteamericanos que allí operaban. Desde dentro era un capitalismo político; desde fuera, una colonia imperialista.

Las grandes fortunas cubanas estaban invertidas en el azúcar, la banca y los bienes raíces, pero sobre todo en la agricultura. Éstos eran los principales campos de inversión. El capital de clase media era muy limitado y las industrias en que se invertía eran, pues, pequeñas. Las industrias más grandes, que requerían mayores inversiones, fueron iniciadas en los cincuenta y tantos por el gobierno de Batista. Así era como funcionaban: personas con influencia política, o sus parientes, pedían préstamos al gobierno para establecer un negocio. Este "hombre de negocios" privado aportaba de 10 a 20% del capital total, mientras que el gobierno aportaba lo demás. Esta persona —de influencias políticas— era, naturalmente, "el dueño"; se suponía que debía pagar al gobierno el capital y los intereses de la suma prestada —así decían los papeles, al menos—. Esa industria pesada era de productos de la caña de azúcar, metalurgia, papel, materiales de construcción y algunas plantas de productos químicos.

Los "capitalistas" que obtenían préstamos en esta forma del gobierno se interesaban menos por la producción que por los grandes "negocios". Invertían, digamos, unos 200 000 dólares en una industria de dos millones y se enriquecían con este método deshonesto. Se vendían a sí mismos un lugar para levantar la

industria, por ejemplo, y compraban maquinaria, no sobre bases honradas, sino para obtener una comisión en el trato. Las fábricas estaban mal planeadas, el equipo no se compraba a precios económicamente favorables. Pero estos "inversionistas" vendían los productos y se quedaban con el dinero. Así de sencillo era. No pagaban su deuda, obtenían del negocio más o menos un millón y dejaban que se hundiera. Muchos "negocios" como éste nunca llegaron a producir realmente y si llegaban a producir los costos eran más altos, mucho más que las utilidades. Pero eso no les importaba; ellos sólo recogían las utilidades.

En resumen, los negocios de este tipo en Cuba eran parte de un gobierno corrompido y, junto con ese gobierno, formaban un mundo capitalista de negocios sucios. Así era el capitalismo político en Cuba. Porque ahora, naturalmente, hemos intervenido todos esos negocios.

## III

El hecho es que hay muy pocos contrarrevolucionarios en Cuba y, en realidad, son impotentes para reunir a su alrededor otros elementos. La clase media tendrá ahora más oportunidad de trabajar y de sentirse más ligada al país. Es verdad que algunos miembros de esta clase media sólo piensan en su dinero; el dinero es su única patria. Sin embargo, también ellos sienten cierto orgullo nacional. Saben que el mundo entero respeta ahora a Cuba y, a pesar de sus sentimientos contrarrevolucionarios, esto los satisface.

Muchos profesionistas, la mayoría de los jóvenes por supuesto, están con la revolución. El nuevo gobierno necesita a los abogados jóvenes, porque el viejo sistema jurídico, parte constitucional del antiguo régimen, estaba totalmente corrompido; hacían falta "permisos" para cualquier negocio y para conseguirlos había que sobornar y dar igualas, y todo esto significaba ganancia para los abogados. Lo mismo pasaba con el antiguo sistema de las compañías y muchos de esos abogados están en contra de la revolución. Pero ahora hay que construir un nuevo sistema jurídico

y esto significa trabajo nuevo y estimulante para los abogados que están con la revolución. A ellos corresponde construir este nuevo sistema. Otros son empleados por el gobierno como funcionarios. También muchos arquitectos están dedicados a construir escuelas y casas y nuevas fábricas y, en todas las instituciones revolucionarias, hay médicos que trabajan activamente no sólo en labores de su especialidad.

Pero eso no es todo. La clase media urbana teme ser afectada económica y políticamente. Este temor es menor entre los profesionistas que entre los hombres de negocios pequeños y medianos. Por supuesto, la clase media apoyó en general a la revolución, al menos pasivamente, durante el periodo insurreccional, aunque como clase no participó grandemente. Pero ahora, cuando nos dedicamos a la construcción de un nuevo trato y de un nuevo orden social y económico, muchos sectores de la clase media vacilan y muchos se inclinan a la derecha, a la contrarrevolución.

Las antiguas clases altas han perdido la riqueza y el poder y también algo más: han perdido mucho de la manera en que acostumbraban vivir, de su estilo de vida. Era una vida fácil, en el sentido material. Hace tiempo, quizá 60 años atrás, era un refinado estilo de vida. Por supuesto, era feudal, pero había en todo ello cierta cultura elevada y ahora se sienten sorprendidos de que haya desaparecido tan rápidamente, de un día para otro. Con frecuencia les produce pánico. Al principio pensaron que la revolución era sólo contra Batista y que, en cierto sentido, era favorable para ellos. Ahora saben que no es así, que se trata de una verdadera revolución y, al contemplar ante sus ojos a toda una nación en proceso de volverse radical, se aterrorizan y no saben qué hacer.

Hay algo más, también, respecto de la clase alta y media, pero especialmente acerca de la clase media baja de las ciudades. No es que hayan perdido, en realidad, algo material, sino que sienten que han perdido un sueño. Algunos se sienten decepcionados porque no pueden confiar ya en “la gran ilusión”. Jamás han tenido una sólida vida burguesa, pero muchos de ellos reaccionaban con la actitud de la lotería semanal. Siempre había la ilusión de ganar los 100 000 dólares. Esa ilusión con que vivían en el antiguo régimen ha sido

destruida por la revolución. La ilusión existía, en cierta medida, en todos los niveles —como sucede en todos los países pobres— y era una de las razones de las máquinas tragamonedas en toda la isla. Si se era muy pobre, se soñaba con las máquinas tragamonedas; si se estaba un poco mejor de posición, se soñaba con obtener, mediante algún cohecho, un título de maestro de escuela; si se estaba aún mejor se soñaba con el millón de dólares, que cayera súbita y milagrosamente. Y ahora esa ilusión, en todos los niveles, se ha acabado. La revolución, como ya te hemos dicho, es una manera de definir la realidad, las realidades de Cuba y de uno mismo. Y esto —la pérdida de esa tramposa ilusión— es otra fuente de sentimiento contrarrevolucionario en Cuba.

El anticomunismo, lo repetimos, es el tema de la contrarrevolución. El prejuicio y la confusión en torno a estas palabras prevalece sólo en partes de la élite y la clase media. En los Estados Unidos está mucho más extendido, ¿no es así? Pero esta propaganda que afirma que la Revolución cubana es comunista es muy hábil. Difunde la confusión y la preocupación en Cuba, especialmente porque la clase media no tiene una orientación efectiva acerca de la realidad social y económica. Pero recuerda que la revolución es muy fuerte; hay muchos pobres con la revolución y contra la política norteamericana. Y la política norteamericana —perdónanos, pero es la verdad— ha sido y es tan obviamente estúpida que esta propaganda no siempre funciona. Y ahora la clase media cubana no está ya tan preocupada como antes.

Al principio la clase media pensaba que la revolución era simplemente un cambio de hombres. Ahora ven que no es así, sino que es una verdadera revolución. Muchos sectores de la clase media eran antibatistianos, pero a menudo era sólo porque Batista no los dejaba “coexistir” con él. Pensaban que su caída les daría ocasión de gozar de poder y privilegios. Pero la revolución no significa eso: significa la liquidación de los privilegios, de manera que la mediocridad de estos sectores de la clase media ha sido puesta ahora en evidencia.

Debes comprender también que los intereses de la clase media de la vieja Cuba estaban muy ligados a los intereses de las finanzas norteamericanas, en lo social, lo económico y lo político. Cuando el

poder pasó a manos del pueblo, la clase media comenzó a desconfiar de la revolución. Así, naturalmente, la acusación de que todos los cubanos somos comunistas sugestionó la imaginación de estos sectores. Los campesinos y los obreros, mejor organizados ahora, están creando una gran fuerza contra semejantes mentiras. Los aspectos morales y culturales de la revolución se han hecho más claros y ya podemos resistir a este tipo de guerra psicológica.

## IV

Por lo que se refiere a nuestra religión, los cubanos sabemos que no tiene que ver con la contrarrevolución; eso lo están inventando los yanquis. La verdad es que, dentro de Cuba, la fe católica del pueblo no es ninguna base de sentimientos contrarrevolucionarios.

En primer lugar, esta religión no es muy profunda en Cuba. La religión del pueblo en nuestro país es una curiosa mezcla de cultos e imágenes africanas con una ligera capa de fe y simbolismos católicos. Basta con viajar unos cuantos días a través de Cuba para observar que hay muy pocas iglesias en el campo y en los pueblos e inclusive en las ciudades.

La Iglesia no ha sido aquí propietaria de tierras en cantidades importantes. No ha tenido poder económico ni político. Y lo cierto es que el clero no ha sido ni es muy respetado. El término “clero”, utilizado frecuentemente en Cuba, no es una palabra muy elogiosa. Quizá se deba a que en su mayoría el clero no está ni siquiera formado por cubanos; algunos vienen de la España de Franco. ¿Sabías esto?: unos 800 de los 1 000 sacerdotes no son cubanos.

Las personas más ilustradas de la generación de 1930 —los que ahora tienen unos 50 años— fueron a las escuelas católicas; y, si eran de izquierda, también eran anticlericales. Esto fue parte de su formación. Frecuentemente en la crisis de la adolescencia se volvían más o menos izquierdistas. Pero ya todo eso ha pasado; no significa nada ser anticlerical. Sus hijos no son católicos ni anticatólicos. Simplemente no les importa; no tiene nada que ver: están con Cuba

y en favor de la revolución. No llegaron a esta posición haciéndose radicales y mucho menos anticatólicos. Crecieron, simplemente, en ese estado de gracia revolucionaria.

Quizá por esta razón cuando los obispos salieron con una declaración general contra el "comunismo" la mayoría de la gente en las iglesias simplemente se rió. Sabían que se trataba sólo de la ignorancia y el temor de los contrarrevolucionarios. Nuestro pueblo sabe que nuestros líderes no son "comunistas". En Manzanillo, por ejemplo, en agosto de 1960, la pastoral de ese obispo fue leída en una misa de siete de la mañana, pero en la misa de nueve los asistentes protestaron; no querían oír todo aquello. Nuestra verdadera religión en Cuba es la de la Revolución cubana; no queremos ninguna religión contrarrevolucionaria.

## V

Debes comprender también que estamos armados para resistir a la contrarrevolución. No sólo contamos con los soldados rebeldes, sino con las milicias de ciudadanos, formadas en las cooperativas y fincas del gobierno y en todas las empresas de las ciudades. No olvidamos que todavía hay muchos ex soldados de Batista en Cuba. Todos nos estamos adiestrando y cada cual sabe lo que tiene que hacer. Puede decirse, entre otras cosas, que somos un campamento armado para combatir a la contrarrevolución. Nuestros soldados rebeldes y las milicias de la reserva no son como la mayoría de los ejércitos. Procedemos de los campesinos y los obreros y ahora tenemos rifles en las manos y orientación revolucionaria en el corazón y en la mente. No sólo somos buenos soldados, somos también buenos revolucionarios. Estamos en estrecho contacto con los intereses de todo el pueblo: somos el pueblo en armas. Sabemos que nuestra causa es justa; no estamos en el ejército por la paga. Y vamos a la escuela, casi todos los soldados rebeldes, y aprendemos muchas cosas más y no sólo a pelear. Somos un ejército que trabaja en todas las tareas a nuestro alcance, porque la revolución es construir. Y en las escuelas y en la manera misma en que vivimos y trabajamos en la revolución estamos aprendiendo a defender esta

revolución y todos los beneficios que hemos logrado.

Nuestro ejército no se parece, pues, a ningún otro en el mundo. Es un ejército que trabaja y que va a la escuela. Los soldados rebeldes trabajamos directamente con el Instituto Nacional de la Reforma Agraria (INRA), una organización de la que te hablaremos después, en la construcción, la siembra de árboles y todo lo demás que ahora está haciendo. Es necesario que entiendas que nos consideramos obligados a constituir una nación en armas, pero esto no nos aparta de la construcción educativa y económica. Estamos complementando al ejército rebelde con las milicias. Cada cooperativa, cada empresa, tiene su milicia y cada hombre sabe lo que debe hacer en caso de emergencia.

## VI

Por eso los revolucionarios cubanos no nos preocupamos mucho por la contrarrevolución dentro de Cuba. El que sí nos preocupa —y nos obliga a hacer muchas de las cosas que estamos haciendo— eres tú. Creemos que los Estados Unidos van a tratar de detener, de alguna manera, nuestra revolución, directa o indirectamente. A nuestro modo de ver, la única fuerza contrarrevolucionaria con posibilidades de efectividad son los Estados Unidos de Norteamérica. No le tememos, no tememos nada, pero sabemos que debemos estar preparados para responderle. Cuando gritamos "¡Patria o muerte!" queremos decir precisamente eso. Y lo estamos gritando a tu gobierno, yanqui, y a tus compañías, porque ellos constituyen la verdadera fuerza contrarrevolucionaria que se opone a nosotros.

Pero ya te pedimos que nos demuestres si estamos equivocados. Entérate; hazlo antes que sea demasiado tarde para todos. Mientras tanto, nos atenemos a tu propia historia. Olvídate de la historia antigua que ya te hemos contado. Piensa sólo en ayer y hoy.

Tu gobierno protege, en los Estados Unidos, a los criminales del régimen de Batista. Probablemente la Agencia Central de

Inteligencia recluta a algunos de ellos como agentes. Por lo menos tu gobierno les presta un refugio seguro mientras proyectan hostigarnos en nuestra labor y posiblemente invadirnos. Prestan "testimonio" ante tus comités del Congreso. Han volado aviones de tu territorio a Cuba, algunos piloteados por ciudadanos norteamericanos, para causar daños a nuestras propiedades y a nuestros ciudadanos. Han quemado nuestras refinerías y nuestros campos de caña. Has armado a países vecinos, como Haití, pero no quieres vendernos armas a nosotros; has tratado de evitar que compremos armas y maquinaria agrícola en Europa.

Tu gobierno amenaza continuamente con ahogar nuestra economía; las compañías petroleras yanquis se negaron a refinar petróleo que los cubanos habíamos comprado y que era nuestro; fue un intento de paralizar nuestra economía. Tu gobierno redujo la cuota de azúcar cubana en un esfuerzo más por lograr eso. Ni siquiera quieres vendernos avionetas para desinfectar nuestras cosechas; has retenido las licencias de exportación de tractores y maquinaria agrícola. Los embarques de nuestras frutas y legumbres han sido detenidos en los puertos norteamericanos, sin ser inspeccionados. Has destruido la industria turística cubana con tu propaganda.

Tu gobierno hace declaraciones diplomáticas —e influye sobre otros gobiernos para que las hagan— que niegan nuestros derechos como Estado soberano. Tus poderosos no nos tratan como un Estado soberano, sino como una especie de pueblo primitivo, gobernado por un Ministerio de las Colonias de los Estados Unidos y no por un gobierno propio.

Todo esto, es evidente para nosotros, es un intento de intervención en los asuntos cubanos. Va contra la Carta de las Naciones Unidas; es una actitud imperialista desde el principio hasta el fin. Pero más que eso es, en nuestra opinión, un intento contrarrevolucionario contra nosotros.

Dicho esto —que los intereses y el gobierno yanquis constituyen la mayor fuerza contrarrevolucionaria—, examinemos más de cerca la cuestión. Preguntemos: ¿qué pueden hacer los Estados Unidos para perjudicar a la Revolución cubana?

*Políticamente, no creemos que puedan hacer mucho contra nosotros.*

*Pueden hacer que la Organización de Estados Americanos (OEA) —a la que consideramos en general como un abultado Ministerio de las Colonias de los Estados Unidos— emita débiles declaraciones contra nosotros. Pero estas declaraciones no nos asustan y no significan mucho. En primer lugar, algunos de esos gobiernos miembros de la OEA son bastante débiles y sus pueblos están con nosotros; y habrá más con nosotros cuando se enteren de lo que estamos haciendo en realidad y cuántas mejoras ha obtenido el pueblo cubano. Pero, lo que resulta más importante, esas declaraciones políticas carecen de filo económico y no tienen tampoco importancia militar alguna.*

¿Sabes por qué? Vamos a enterarte de algo acerca del imperialismo yanqui: los países de América Latina, aunque viven muy cerca unos de otros, no tienen en realidad relaciones económicas importantes entre sí. Cada uno de ellos, por separado, tiene relaciones económicas con las compañías norteamericanas. Como productores de materias primas —generalmente sólo de una o dos líneas de productos— están atados a ti. Por eso, aunque los Estados Unidos lograran que estos países establecieran un "bloqueo económico" sobre Cuba, no nos afectaría realmente en nuestra economía. Pero no creemos que tu gobierno pudiera lograr que lo intentaran siquiera.

*Económicamente, por supuesto, los Estados Unidos han tratado de perjudicarnos directamente, pero hasta ahora han fracasado y ya hemos pasado el punto en que pudieran perjudicarnos efectivamente. En realidad, muy pronto estaremos mejor con nuestra nueva independencia económica que como estábamos y mucho mejor que la mayoría de los otros países latinoamericanos que todavía están bajo el yugo económico yanqui.*

Para entender esto tienes que saber todo lo que pasa con el azúcar y por qué el azúcar cubano se está haciendo cada vez más dulce. En nuestra próxima carta te referiremos esto pero, en pocas palabras, hemos estado atados a los Estados Unidos —como otros países latinoamericanos— por un solo producto y por todo lo que importábamos de allá. Por eso hemos sido tan pobres. Pero ya nos hemos librado de todo esto.

Intentaste acabarnos reduciendo la cuota del azúcar; obviamente no resultó. Tratas de perjudicarnos económicamente cuando no nos

vendes las refacciones de las máquinas que tenemos y que fueron construidas en los Estados Unidos; pero tampoco eso resultará. La verdad es que los Estados Unidos no pueden hacer nada ya, en el plano económico —como conjunto de compañías y de gobierno— para paralizar la revolución en Cuba. En nuestra próxima carta trataremos de probarlo mejor, pero hagamos ahora esta pregunta: ¿No es cierto que a tu gobierno no le queda más que un camino para actuar contra nuestro gobierno y contra nosotros: la violencia militar contra Cuba?

Ahora bien, ¿qué tipo de acción militar pueden ejercer los Estados Unidos contra nosotros? Piensa en esas posibilidades, te lo suplico, porque nosotros no dejamos de pensar en ellas todos los días.

La "gran solución" sería ésta: si piensas en la acción militar a escala bélica —como en la segunda Guerra Mundial en el Pacífico, por ejemplo— y si nadie ayuda a Cuba, podrías derrotarnos. Pero para ello tu intervención tendría que hacerse en una escala realmente grande y sólo podría triunfar después de una matanza de más de la mitad de la población de Cuba. Y aun entonces quedaría la resistencia en las montañas por mucho tiempo, si no para siempre. Pero, naturalmente, no creemos que esta "gran solución" sea una verdadera amenaza ahora, como lo creíamos hace algún tiempo: te desacreditaría ante el mundo entero y, lo que es más importante, algunas potencias, grandes y pequeñas, vendrían en ayuda de Cuba. Nosotros tomamos muy en serio la oferta rusa de ayuda en caso de ataque de tu parte.

¿Qué hay de verdad en esta oferta soviética de venir en nuestra ayuda, con cohetes, si fuera necesario? La verdad es ésta, a nuestro modo de ver: si los Estados Unidos no intentan intervenir militarmente en Cuba, ¿qué puede importarles que la Unión Soviética declare que en ese caso habría cohetes rusos? Carece de importancia esta declaración soviética si "no va a darse ese caso". ¿Y no sería la mejor política por parte de los Estados Unidos manifestar al mundo: "Esta declaración soviética es absurda, se funda en una falsa suposición. Los Estados Unidos no van a utilizar la fuerza militar contra Cuba en ninguna forma ni apoyarán ninguna acción militar de ningún tipo en contra de Cuba. Por tanto, la declaración soviética es una intrascendente tontería. No hay que

tomarla en cuenta?”

¿Por qué no lo dicen los Estados Unidos? ¿Por qué trata tu gobierno de que Cuba y otros países latinoamericanos rechacen la oferta de cohetes de la Unión Soviética? ¿Por qué los rusos han tenido la oportunidad de hacer la oferta, en todo caso? ¿Por qué estamos contentos los cubanos de gozar de la protección de la oferta soviética?

Lo que queremos de los Estados Unidos puede expresarse en una sola palabra: nada. Si sólo desapareciera el temor de una acción militar contra nosotros nos alegraríamos de no tener nada más que ver con los Estados Unidos. Pero la verdad en el terreno militar es que, hoy por hoy, nos están amenazando.

No hay otro ejército en el continente americano, fuera del tuyo, capaz de conquistarnos y no creemos que pudieras lograr que un grupo de naciones latinoamericanas lo intentara. Pero aun cuando así fuera, los resultados serían los mismos que en el caso de la “gran solución”.

Hay otro camino que tampoco tendría resultados: si trataras de vencernos con una política de “mano izquierda”, por así decir, en una especie de acción policiaca. Entonces podrías perjudicarnos y retrasar nuestro progreso económico, pero te llevarías una terrible paliza y quizá no sólo en territorio cubano. Los revolucionarios conocemos muchas maneras de pelear, entiéndenos bien. Lo que debes saber es que nuestro pueblo está movilizado y que constituimos un gobierno —en realidad, todas nuestras instituciones están llenas de jóvenes que acaban de salir de una guerra en la que miles de cubanos murieron—. La muerte no es nada nuevo para nosotros. No huiremos del país como hizo Batista; estamos decididos a luchar hasta el fin. Cualquiera que pase en Cuba un mínimo de tiempo comprende claramente que éste es un hecho evidente.

No queda más que un camino, pues: lo más probable es que tu

gobierno sueñe con algún tipo de acción indirecta apoyando secretamente a los mercenarios y agentes de Batista, algo parecido a lo que hicieron en Guatemala hace algún tiempo. Esta intervención no partiría de territorio norteamericano, sino quizá de algún lugar de Centroamérica. Quizá tus contrarrevolucionarios sueñan con conquistar nuestra Isla de Pinos y establecer allí un "gobierno" contrarrevolucionario; saben, naturalmente, que hay prisioneros de guerra en esa isla —batistianos—: los pondrían en libertad. Y si implantaran un gobierno títere allí, podrían "reconocerlo" y armarlo. Ésa sería su hoja de parra. Nos hostigarían, entonces, y por supuesto nos crearían problemas y retrasarían nuestra construcción económica.

Y, a propósito, ¿no sabes mucho del asunto de Guatemala, verdad? Tampoco nosotros, aunque algunos estamos más enterados de lo que sucedió realmente de lo que podemos decirte ahora. Lo obvio para todos es esto: la forma en que tus políticos y tus periódicos y tus servicios secretos están actuando ahora contra Cuba se parece mucho a la manera en que actuaron respecto de Guatemala en 1954. Un hombre llamado Juan José Arévalo abolió allí el trabajo forzado en las plantaciones y subió los salarios a 26 centavos diarios. Los yanquis lanzaron de inmediato su campaña de ataques y empezaron a chillar: "¡comunista!" Los campesinos pedían la tierra. El gobierno norteamericano, nos han asegurado, envió por avión armas de Panamá a algunos militares en los que confiaba. Un hombre llamado Jacobo Arbenz fue electo entonces presidente de Guatemala y comenzó a tomar en serio la reforma agraria y las leyes laborales; ¡elevó inclusive los salarios a 1.08 dólares diarios! A la United Fruit Company no le gustó. Los periódicos yanquis descubrían un día sí y otro no algún "rojo" en el gobierno de Arbenz. El Departamento de Estado norteamericano publicó unas declaraciones macartistas.

No sabemos cuántos comunistas tendría el gobierno de Arbenz, pero, según tu propio experto en cuestiones latinoamericanas, Carleton Beals, no más que los gobiernos de Chile, Italia, Bolivia, Francia, Brasil o la Cuba de Batista. Todos estos gobiernos, de acuerdo con Beals, tenían más comunistas y movimientos

comunistas más fuertes que Guatemala.

De cualquier manera, se reunió la OEA y Mr. John Foster Dulles condenó a Guatemala. Algunos guatemaltecos empezaron a concentrar armas en los cercanos países de Honduras y Nicaragua. Cuando menos uno de ellos, Carlos Castillo Armas, era en realidad un pronazi y gran favorito como "partidario de la democracia" de tu Departamento de Estado. Guatemala trató de que las Naciones Unidas intervinieran, pero nada sucedió. Vino entonces el putsch: Castillo Armas se apoderó del gobierno.

Te rogamos que pienses en todo esto. ¿No se parece a la manera en que tus políticos y tus periódicos han venido actuando respecto de Cuba? Pero el final no va a ser el mismo, eso podemos asegurártelo. No tendrá resultados esta vez. Todo sería demasiado obvio: estamos muy bien informados y podemos defender a Isla de Pinos. Tenemos cañones antiaéreos y todo lo necesario. Y dondequiera que va Fidel, los soldados rebeldes se le acercan para decirle: "Si te llega la noticia de que han tomado Isla de Pinos, puedes estar seguro, Fidel, de que no queda uno solo de nosotros vivo". No hay la menor duda de que piensan cumplirlo literalmente. Todos pensamos igual. Y, además, cualquier intento de apoderarse de Isla de Pinos traería muy pronto las mismas consecuencias que la "gran solución".

Ya te lo hemos dicho: no estamos solos.

Pero escucha, yanqui: ¿No puedes evitar todo esto antes de que suceda? ¿No cuentas para nada en lo que hace tu gobierno? ¿No puedes hacer que tu Congreso investigue todo lo que se refiere a esta contrarrevolución contra nosotros? ¿No puedes probarnos, de una vez por todas, que nos equivocamos acerca de la amenaza de intervención yanqui? Éstas son, debes saberlo, las preguntas más importantes que te estaremos planteando. Y esperaremos día a día tu respuesta. Día a día, con los rifles en la mano.

# IV. UNA ECONOMÍA SOBRE LA MARCHA

LA VERDAD acerca de lo que estamos haciendo económicamente en Cuba es que constituimos un equipo formado sobre la marcha y que, en todo lo que hemos hecho y estamos haciendo, hemos actuado y seguimos actuando sin referencia a ninguna ideología. Estamos actuando en estrecha y continua referencia a un objetivo rector: hacer a Cuba económicamente soberana y económicamente próspera.

Para hacerlo tenemos que realizar tres tareas inmediatas, que ya hemos emprendido: en primer lugar, estamos aumentando y diversificando la producción y el consumo, especialmente en la agricultura; en segundo, estamos extendiendo y diversificando nuestros mercados de exportación y nuestro consumo, especialmente en la agricultura; y en tercero, estamos empezando a industrializar nuestra isla al mismo tiempo que mejoramos de inmediato nuestro nivel de vida.

Al triunfar la lucha armada, en enero de 1959, se inició nuestra revolución económica y muy pronto tropezamos con dos instituciones económicas y una situación económica crónica. Eran hechos funestos, heredados del antiguo régimen, que estorbaban nuestros objetivos y nuestras necesidades económicas. La situación crónica era la pobreza y el desempleo, resultados básicos del viejo sistema. Ese viejo sistema estaba integrado por dos instituciones que se interponían en nuestro camino: una era el imperialismo y la otra era totalmente cubana: el capitalismo político de los ladrones de Batista que ya te hemos referido.

No queremos dar la impresión de que conocíamos todos nuestros fines y obstáculos en una forma tan clara desde un principio. No fue así. Tropezábamos progresivamente con los hechos, al comenzar a construir nuestra economía y tratar de remediar el desempleo.

Hemos tratado de resolver muchos de nuestros problemas de diversas maneras y algunas no parecían dar resultado, pero hemos persistido. Así ha tenido que ser y, al trabajar sobre ello, hemos determinado nuestros objetivos máximos y nuestros planes para realizarlos.

## I

¿En qué consistía el "imperialismo" en la vieja Cuba? Descansaba, por supuesto, en el capital extranjero, que en Cuba significaba capital yanqui. Y no era sólo en los campos de caña, los ingenios, las refinerías de petróleo, la compañía de electricidad, las fábricas de llantas y el sistema telefónico. Eran también los aranceles preferenciales otorgados a los capitalistas norteamericanos —y sólo a los capitalistas norteamericanos— que vendían a Cuba lo que los cubanos necesitaban.

Te hemos dicho que hemos sido pobres y que ahora empezamos a salir de la pobreza. Pero ¿por qué hemos sido pobres por tanto tiempo? Es una pregunta que no nos habíamos planteado antes. Ahora, por supuesto, sabemos que la nuestra es una isla rica, con habitantes decididos y capaces; lo estamos demostrando día a día. ¿Por qué fuimos tan pobres, entonces, y por tanto tiempo?

En una palabra: por el azúcar.

Por supuesto, algunos cubanos sabían desde tiempo atrás que no es prudente para una nación basar su propia existencia en un solo producto. Pero no podían evitarlo.

Sin embargo, no basta con la palabra "azúcar" para explicar el viejo sistema agrario de Cuba. Hacen falta otras dos palabras: "imperialismo" y "monopolio". Y ambas significan lo mismo: concentración de la riqueza en unas pocas manos, mal uso de la tierra y gran cantidad de tierra sin cultivar, así como mano de obra desperdiciada.

En el viejo sistema no había, propiamente hablando, una clase media en el campo. Había unos cuantos propietarios ricos, generalmente absentistas —algunos cubanos y otros yanquis— y la gran masa de los terriblemente pobres.

Al terminar la segunda Guerra Mundial menos de la décima parte del total de fincas abarcaba más de las dos terceras partes de la tierra. Nuestro suelo y nuestro clima son de los mejores del mundo; se puede sembrar casi cualquier cosa, pero no podíamos sembrar siquiera lo suficiente para alimentarnos. Sin embargo, no estábamos superpoblados. El hecho es sencillo: no podíamos utilizar nuestra tierra para la agricultura diversificada que necesitábamos. Teníamos que importar 70% de todo lo que comíamos a altos precios que sencillamente no podíamos pagar. ¿Por qué? Por el azúcar.

Hasta 1934, las compañías norteamericanas que compraban el azúcar pagaban el mismo precio que las compañías de todos los demás países. Pero ese año los Estados Unidos implantaron el sistema de cuotas. Estaba destinado a proteger a los productores de azúcar de remolacha en los Estados Unidos. No bastaba con un arancel, porque los productores norteamericanos no podían competir en el mercado mundial. Así, mediante el sistema de cuotas, los Estados Unidos se retiraron del mercado mundial, fijando precios especiales, más altos que los de ese mercado. La cuota asignada a los productores de azúcar de Cuba era más baja de lo que éstos habían estado exportando a los Estados Unidos. Cuba habría podido vender más azúcar a precio libre en los Estados Unidos y otros países, pero muchos cubanos pensaban entonces que la menor cantidad se compensaba con el precio más elevado. El precio más alto se ha mantenido desde 1934, aunque en algunos periodos el precio del azúcar pagado por los compradores norteamericanos ha sido más bajo que el precio mundial: por ejemplo, durante la segunda Guerra Mundial y la crisis de Corea y de Suez.

Muchos han creído que los Estados Unidos le estaban haciendo un favor a Cuba con este precio de cuota. Pero nosotros creemos que el precio más alto no bastaba para equilibrar la balanza de pagos entre los Estados Unidos y Cuba. En otras palabras, hay que fijarse no sólo en las ventas de azúcar, sino en todas las transacciones

económicas entre Cuba y los Estados Unidos.

Así, se observa de inmediato que, a cambio de la cuota del azúcar, los exportadores norteamericanos recibían un estatus altamente privilegiado: los aranceles preferenciales. Este estatus preferencial daba a los exportadores norteamericanos tal ventaja que nadie podía competir con ellos. Los productores de azúcar en Cuba recibían un precio más alto de importación, pero, mediante los aranceles favorables, los exportadores norteamericanos a Cuba se llevaban nuevamente cualquier utilidad que hubiera podido producir el sistema de cuota. (Todos los aranceles son bilaterales, naturalmente, pero el Senado norteamericano puede modificar unilateralmente la cuota del azúcar cubano. Y acaba de hacerlo, en la primavera de 1960.)

En los 10 años que precedieron al triunfo de nuestra revolución, a pesar de los altos precios pagados por el azúcar, la balanza de pagos era negativa para Cuba. Un total de cerca de 100 millones al año era el saldo desfavorable. Cuba daba concesiones, en aranceles e impuestos, a las compañías norteamericanas que dominaban así el mercado de importación cubano. Los cubanos no podían comprar en ninguna otra parte. En la última década, incluyendo el periodo de la tiranía, a pesar de su pequeña economía Cuba perdió 1 000 millones de dólares respecto de los Estados Unidos.

A esto debe añadirse el hecho de que cerca de 40% de la producción de azúcar cubano estaba en manos de compañías norteamericanas. (En una época la proporción era de 60%, pero, en la década de 1930, los productores norteamericanos se deshicieron de los pequeños ingenios que habían sido suyos y conservaron sólo los grandes.) Ahora, por supuesto, todo el azúcar se produce en ingenios cubanos y el beneficio económico de todas las ventas cubanas es para Cuba.

La agresión económica norteamericana, al cortar la cuota del azúcar, sólo tiene efectos temporales. Cuando la superemos aún más, diversificando nuestras exportaciones y nuestras importaciones, estaremos mucho mejor que en el antiguo régimen, bajo el yugo yanqui.

Sin embargo, esta reducción de la cuota cubana por los Estados

Unidos pudo ser perjudicial para nosotros. Estaba en juego una quinta parte de la producción cubana. Habríamos tenido que recurrir, quizá, al dumping en el mercado mundial o a limitar nuestra producción. Si hubiéramos recurrido al dumping, el precio del azúcar hubiera bajado; si hubiéramos reducido nuestra producción, habríamos tenido mayor desempleo. De cualquier manera, nos habría debilitado; hubiera podido ser un terrible golpe económico. Tu Departamento de Estado estaba seguro de que la reducción de la cuota iba a ser desastrosa para nuestro gobierno revolucionario.

Debes entender, pues, que los rusos, los chinos y los japoneses han salvado a Cuba de muchas dificultades, y quizá de la catástrofe económica, al comprarnos nuestro azúcar. Pero dentro de dos a cuatro años no dependeremos del mercado ruso, porque la cuota internacional del azúcar cubano ha subido ya; porque la demanda mundial de azúcar está creciendo. Una razón de ello es que los países soviéticos están comprando azúcar, y esto se debe a que su nivel de vida está elevándose. Hay, pues, una relación económica racional entre estos países soviéticos y países como Cuba. Si los rusos compran nuestro azúcar, los Estados Unidos tendrán que comprar un millón de toneladas, y probablemente más, en el mercado mundial. Y la mayor demanda en el mercado mundial subirá el precio del azúcar. En realidad, ya está subiendo. A la larga, el consumidor yanqui sufrirá las consecuencias del corte de la cuota cubana y, de hecho, de nuestra independencia económica en general. Ya no estamos bajo el yugo explotador de los yanquis; estamos diversificando y estabilizando el mercado de nuestro azúcar. Pero no queremos depender más del azúcar. Vamos a exportar otras muchas cosas también.

De modo que el corte de la cuota del azúcar va a resultarnos benéfico. Por supuesto, hemos “cambiado la cuota por las inversiones”, como dijo Fidel Castro en junio pasado. Los cubanos perdieron la cuota del azúcar; los yanquis perdieron sus inversiones en el azúcar. ¿Qué otra cosa podía esperarse? En esto actuamos muy cautelosamente: no gritamos por estas inversiones norteamericanas y ni siquiera por los privilegios de importación que

los norteamericanos tenían en Cuba; no protestamos antes que tu presidente y tu Congreso empezaran a hablar en términos agresivos de la cuota del azúcar y de los comunistas.

No vamos a dejar que nos exploten y manejen los intereses azucareros yanquis y sus voceros. Y no estamos solos. Hay otros mercados para los productos cubanos; hay otras fuentes para suministrar las cosas que necesitan los cubanos. Comerciaremos con tantos países como nos sea posible. No nos importa su política. Seremos más libres, económica y políticamente, cuanto mayor sea el número de países a los que les vendamos y les compremos. Ya lo había dicho José Martí; ahora lo estamos haciendo.

## II

Pero no fue sólo el imperialismo yanqui y la economía del azúcar lo único que tuvo que enmendar la revolución. También tuvimos que poner en orden el antiguo capitalismo político de Batista; 80% del capital de nuestras industrias era dinero del gobierno y la mayoría de los "propietarios" eran agentes de Batista. Habríamos confiscado estas propiedades simplemente por la conexión con Batista, aparte de la elemental justicia económica implícita en dicha intervención. Todos los "negocios" establecidos en esta forma de latrocinio fueron intervenidos. Cuando encontrábamos capital privado limpio invertido en la industria reconocíamos esa inversión de capital y la mayoría de esos propietarios han permanecido como socios, con la propiedad del porcentaje que justamente les correspondía. Pero la mayoría de la industria cubana creada en la década de 1950 era del tipo de capitalismo ladrón de Batista. Desde que triunfamos algunas empresas se han ido a la bancarrota y las hemos intervenido para que sigan funcionando. Lo hemos hecho para sostener la ocupación. La mayoría de las industrias manejadas ahora por el gobierno son de este tipo y del tipo batistiano directamente.

Nuestro principio, en este caso, es mantener la industria funcionando aunque no sea económicamente costeable por el momento. Esto constituye, naturalmente, un subsidio indirecto al

trabajador. Cuando triunfamos, en enero de 1959, había 700 000 desocupados. Ya hemos reducido la cifra en 200 000, pero todavía tenemos medio millón de desocupados y este desempleo es todavía una de nuestras principales preocupaciones económicas. Poseen un poder de compra bajo y 45% de ellos son campesinos. La familia campesina media consta de seis personas y percibe un ingreso familiar de unos 40 dólares. Además, el desempleo actual limita el grado en que podemos hacer a nuestra industria más eficiente técnicamente y racionalizarla. Si racionalizáramos la industria del azúcar, por ejemplo, podríamos vender azúcar a un precio mucho más bajo del actual. No obstante, ya hemos modernizado los ingenios y hemos concentrado los 160 en un número menor de unidades, con mayor productividad. Nuestro nivel de vida bajo reduce también la extensión de nuestro mercado interno pero, como lo explicaremos en seguida, esto será remediado en buena parte, y de inmediato, con la reforma agraria. El problema es cómo podemos industrializar nuestra isla si la mitad de la población no posee todavía un poder adquisitivo adecuado. Por eso la reforma agraria es nuestra principal medida económica, al elevar de inmediato el nivel de vida.

## III

El 17 de mayo de 1959 se firmó nuestra Ley de Reforma Agraria y Fidel Castro entregó al comandante Vallejo, jefe del Instituto Nacional de la Reforma Agraria (INRA) en la provincia de Oriente, un cheque por 100 000 dólares y le dijo: “¡a producir!” No hubo más instrucciones. Primero, el comandante hizo una lista de las grandes fincas de la zona y el primer día intervino dos de éstas. Los campesinos preguntaron: “¿qué debemos hacer?”, y el comandante respondió: “pues no sé, en realidad”. Y los campesinos dijeron: “sembraremos frijol”. Y eso fue lo que hicieron. Así comenzó todo. Las intervenciones no se hicieron por la fuerza; no fue necesario.

Hemos intervenido las propiedades de acuerdo con su extensión: eso establece nuestra ley. No afectamos a los pequeños propietarios, aunque si no aumentan la producción en uno o dos años tendremos

que intervenirlos también; pero ahora los estamos ayudando. Consideramos que los pequeños propietarios agrícolas se unirán naturalmente en cooperativas más amplias. Forman comités y éstos son cooperativas en casi todo el sentido de la palabra. El otro día, por ejemplo, en agosto de 1960, 700 pequeños propietarios dedicados a la producción del maíz se unieron. Si su producción es suficientemente alta como para que conserven sus tierras individualmente, las conservarán. Pero los revolucionarios preferimos las cooperativas, porque es más fácil entonces dar servicios médicos, sociales y educativos al pueblo. Por eso tratamos de que vean los buenos resultados de esta concentración de la tierra. Pensamos en la producción, ¿comprendes? La organización se hace más o menos sola.

Ahora bien, las reglas que han salido de la práctica en la aplicación de la Ley de Reforma Agraria son, en general, las siguientes:

En primer lugar, la extensión: nadie puede poseer ni operar privadamente más de una extensión determinada para cultivos determinados; en segundo, la producción: quien posea la tierra tiene que explotarla eficazmente para que produzca; en tercero, algunas tierras se organizan en cooperativas y otras en empresas propiedad del gobierno. La regla general es: cuando se requiere una gran inversión y no muchos obreros agrícolas, se hace una finca del gobierno; de otra manera esos escasos obreros agrícolas, si formaran una cooperativa, se harían millonarios —en el ganado, por ejemplo —. Pero cuando no hay grandes inversiones y se necesitan muchos hombres, se funda una cooperativa —en el azúcar y el tabaco, por ejemplo—.

Nuestra reforma agraria es la recuperación de lo nuestro. El antiguo régimen era la apropiación privada de la propiedad pública. Por eso la hemos devuelto al dominio público y estamos utilizando cada centímetro de tierra para beneficio de todos. Ésas son las reglas de nuestra revolución económica.

Así, la clave de nuestra economía es la reforma agraria y quizá la nuestra es la primera reforma agraria en el mundo que comenzó de inmediato con un aumento en la producción. Esto se ha debido, en

parte, al hecho de que no teníamos muchos pequeños propietarios sino grandes fábricas —los ingenios— en el campo. Por eso pudimos comenzar con la eficiencia de las grandes unidades de producción. No hubo un problema político con los pequeños propietarios. Nuestros campesinos no se aferraban a un pedacito de tierra improductiva; ya trabajaban en grandes unidades, y los que no —los pequeños propietarios individuales—, están comprendiendo que es mejor para ellos unirse. Primero, porque de esta manera pueden cultivar más y con mayor facilidad y, segundo, como ya hemos dicho, porque han visto que pueden obtener casas y hospitales y escuelas para todos en el mismo lugar, así como las tiendas del pueblo que hemos construido cerca de donde viven para que puedan comprar lo que necesitan.

La reforma agraria fue mucho más difícil que la nacionalización de la industria. La industria puede nacionalizarse en uno o dos días, no es problema, pero la reforma agraria resulta mucho más difícil. Los críticos pensaron que todo iba a desplomarse cuando comenzamos. Uno de los rasgos más radicales es que hemos reducido la vieja diferencia de precios entre lo que obtiene el campesino de los productos que cultiva y lo que paga el consumidor por estos productos. Y el precio que paga el campesino por lo que compra: en nuestras tiendas del pueblo tenemos todas las ventajas de las tiendas de una gran cadena, pero estas tiendas nos pertenecen.

Pero detengámonos un momento. ¿Sabes algo de agricultura? Sabes, por supuesto, que en la mayor parte de América Latina ése es el mayor problema. Los cubanos estamos tratando de encontrarle una respuesta; nuestros hermanos mexicanos han estado elaborando otra; los bolivianos otra y los demás no se han puesto a pensar en eso. Los cubanos, como te hemos dicho, estamos haciendo una sociedad sobre la marcha. No somos capitalistas, por ejemplo, y no estamos construyendo una sociedad capitalista en Cuba. Tampoco estamos construyendo una sociedad estalinista. Nosotros mismos no sabemos cómo llamar a esto que estamos construyendo y eso es lo de menos. Se trata, naturalmente, de una especie de socialismo. No le tenemos miedo a las palabras, ¿y por qué habíamos de temerles?

Después de haber trabajado tanto y por tanto tiempo, después de

haber trabajado por muchas generaciones, ¿por qué habríamos de entregar estas grandes propiedades a capitalistas privados, cubanos, yanquis o de donde sean, y permitirles que se queden con nuestra tierra? Es nuestra, ahora la tenemos y la estamos trabajando.

Cualquiera que sepa algo de agricultura sabe que las pequeñas parcelas de tierra no rinden tanto como las grandes. En primer lugar, para evitar un trabajo inhumano, hay que usar máquinas y no es posible utilizar bien las máquinas en una o dos hectáreas; hace falta una mayor extensión de tierra. Es necesario concentrar la tierra y la mano de obra, y eso es lo que estamos haciendo en nuestras cooperativas agrícolas y en las fincas del gobierno.

Por supuesto, debes comprender que lo que existe hoy en casi toda América Latina no es el capitalismo privado del que hablan tus políticos, pero que tus propios agricultores han olvidado hace tiempo. Lo que hay en América Latina son las grandes compañías y las ramas de los monopolios dirigidas por gerentes y funcionarios. Ése no es ya el sistema cubano.

No obstante, si no estás de acuerdo con nosotros, si quieres el capitalismo privado en países agrícolas atacados por la pobreza, si realmente quieres decir eso con la “empresa individual, libre y privada”, hay una manera de intentarlo: haz que esas grandes compañías yanquis que dominan ahora en tantas regiones de Latinoamérica salgan de allí. Deja de apoyar a esos generales y esos terratenientes que son los únicos capitalistas en nuestros países —y, por lo demás, ineficaces—. Y si puedes ayudarnos a librarnos de ellos, hazlo.

Luego ayúdanos a formar una verdadera clase de agricultores y pequeños empresarios realmente libres. ¿Cómo? Es fácil. Produce en tus fábricas un instrumento agrícola combinado, construido en torno a un pequeño tractor, con diferentes implementos añadidos, para arar, para sembrar, etc. Un equipo para un solo hombre.

No creemos que semejante plan resultaría. Sería desastroso. ¿Pero por qué no lo intentas, si crees realmente en la empresa libre y privada? No es ésa nuestra manera cubana, pues no somos chiflados sino hombres prácticos, aunque se trata en efecto de empresa libre y privada. Así es que, si crees en eso, hazlo.

En todos nuestros planes industriales suponemos nuestro mercado total porque en pocos años, si todo marcha bien, borraremos totalmente el problema del desempleo y elevaremos el nivel de vida rural a un nivel apreciable. Nuestra meta es la mayor autonomía posible para Cuba, por eso estamos diversificando nuestro mercado de exportación y nuestras fuentes de importación.

Ahora el conocimiento técnico no es tan indispensable para Cuba como suponen muchos observadores extranjeros. Siempre podemos obtener ayuda técnica para la industria y hay cubanos listos para entrenarse, al principio con maestros extranjeros y después, antes de lo que tú te imaginas, nos entrenaremos nosotros mismos. Ya estamos dando en el INRA cursos breves para administradores de empresas agrícolas e industriales.

Tenemos, por ejemplo, 27 estudiantes sólo en cursos de racionalización. Estudiamos ahora nuestra producción de calzado en términos de racionalización. En toda la industria tenemos ya unos 300 o 400 estudiantes; estudian por la noche, mientras desempeñan sus puestos. En el departamento de industrialización del INRA estudian contabilidad, administración y producción y otras materias semejantes.

La mayoría de los técnicos extranjeros que nos ayudan han venido de las organizaciones de las Naciones Unidas. Hay muchos chilenos y algunos argentinos, mexicanos y japoneses. Tenemos también franceses y alemanes: occidentales y orientales. Hasta ahora, los técnicos rusos y chinos sólo hacen estudios comerciales para determinar los posibles mercados, pero cuando nos envíen fábricas mandarán también hombres para enseñar a los cubanos su funcionamiento.

Sí, hemos comprado algunas plantas industriales a los países soviéticos. Éstas remediarán directamente el desempleo. Y están destinadas a sustituir el producto terminado que antes teníamos que importar, principalmente de los Estados Unidos, a Cuba. Es más fácil planear ahora nuestras inversiones en esas plantas pequeñas, principalmente para bienes de consumo, que planear una industria pesada. Las inversiones industriales fuertes son tan definitivas que no podemos decidirlas tan rápidamente, de modo que ahora estudiamos y determinamos los campos en que será mejor invertir

en el futuro, en bienes de capital, teniendo en cuenta nuestras fuentes de materias primas.

## IV

Hay un aspecto muy importante de nuestra construcción económica que debes entender, especialmente si te preocupa el comunismo y todo lo demás. No sabemos hasta qué punto estarás enterado de la manera soviética o, para ser precisos, estalinista de llevar a cabo la industrialización. A decir verdad, la mayoría de nosotros no sabemos tampoco mucho de eso, pero sí lo suficiente para comprender que el viejo sistema estalinista no es nuestro nuevo sistema cubano. Nuestros líderes revolucionarios, los encargados de nuestra construcción económica, y todos nosotros, somos absolutamente antiestalinistas en materia económica.

Lo que hizo Stalin fue invertir enormes sumas de trabajo humano en la industria pesada y, para hacerlo, tuvo que mantener la producción de bienes de consumo a muy bajos niveles. Además, no resolvió realmente el problema de la producción agrícola. Por todo esto, cerca de una o dos generaciones no pudieron apreciar los resultados de esa política, no pudieron comer mejor debido a la producción del acero. Stalin tuvo que ser represivo y cruel en su política. No es necesario ahondar en el porqué de esto; Stalin ha muerto y las cosas están mejorando en Rusia, pero los cubanos podemos comprender por qué pudo considerar que era necesario hacerlo. Estaba solo y rodeado de países hostiles; quizá sintió que estaba envuelto en una lucha a muerte y que, o bien lograba que la Unión Soviética se adelantara al mundo capitalista industrialmente o éste aplastaría a la Unión Soviética. ¡Ponerse al día o ser aplastados! Pero no queremos discutir esto. Sólo lo recordamos para poner en claro que el sistema económico de Stalin no es nuestro sistema cubano. No es necesario: no estamos solos como estaba la Unión Soviética; no tenemos que hacer frente a la situación política que Stalin tuvo en el campo.

Además, los cubanos tenemos una responsabilidad de la que

estamos perfectamente conscientes: demostrar la posibilidad de una nueva forma de desarrollo económico para América Latina sin sacrificar a una o más generaciones en la construcción de una economía sólida. Los revolucionarios nos hemos dedicado a esto.

Y ello significa que nos hemos dedicado, antes que nada, a la reforma agraria y, después, a la industria ligera con la que podemos fabricar cosas que nuestro pueblo puede utilizar de inmediato para vivir mejor, cosas que podemos fabricar con los subproductos de muchos de nuestros cultivos. Sabemos que, además, vamos a tener industria pesada. Estamos trabajando en eso, pero será más tarde, aunque, dados nuestros recursos, nuestras relaciones comerciales con el resto del mundo y la velocidad de nuestra revolución económica no están tan lejos como podrías suponer. En 1961, por ejemplo, vamos a tener una planta de acero de un millón de toneladas. Tenemos, por supuesto, el mineral de hierro y buen manganeso necesarios; tendremos que obtener el carbón de alguna otra parte. ¿Tú podrías vendérnoslo, no te parece? Pero no te preocupes; si no lo haces, lo obtendremos en alguna otra parte.

Piensa, pues, en nuestro sistema económico en estos términos: en un extremo —el viejo sistema de Stalin—, el problema agrícola no se resolvía y había pocas o ninguna industria de bienes de consumo; todo iba a la gran industria pesada, con miras al futuro, y no había amigos que ayudaran económicamente a la Unión Soviética. En el otro extremo —quizá sea el caso de Perón en Argentina—, la agricultura quedaba estancada; no había industria pesada ni una verdadera planeación de ésta. Prácticamente todo iba a la industria de bienes de consumo. Además, Perón no tenía amigos que lo ayudaran económicamente.

## V

No queremos que pienses que todo lo que te hemos estado diciendo es pura ilusión. Nuestra revolución es ya construcción económica. Si vinieras a Cuba a recorrer nuestra isla pensarías, quizá, que todo está muy desorganizado o que falta en absoluto toda organización.

Pero no es así o al menos ya no va siéndolo.

Lo que verías si recorrieras toda Cuba serían nuevas criadoras y, no lejos de éstas, las granjas avícolas donde se crían pollos de ocho semanas. Por primera vez en la historia de Cuba, la población rural va a poder comer pollos buenos y limpios a precios a su alcance. ¿Quién cría estos pollos? Los campesinos que hasta ayer vivían en bohíos miserables y sucios, entre la carretera y los campos de caña. Hemos construido casas de concreto para estos hombres, con pisos de mosaico y servicios sanitarios, y ellos nos han ayudado a construir los largos cobertizos de varas con paja para los pollitos. Además han construido un puesto frente a la carretera para vender los pollos asados a nuestros turistas nacionales y, en los patios, van a sembrar naranjos.

¿Quiénes están con la revolución? Los que ahora pueden criar pollos. (En diciembre de 1960 calculamos que habría unas 60 de estas granjas, produciendo cerca de seis millones de pollos al mes; en 1961 doblaremos la cifra.) ¿Quiénes están con la revolución? Los que podrán comer los pollos que aquéllos están criando. ¿Comprendes cómo funciona todo?

Y ésa es la verdad económica acerca de la Revolución cubana: la economía no es tan complicada. Lo único que hace falta es un buen suelo y un pueblo decidido a trabajar y algo de equipo y organización. Y la voluntad de vivir decentemente. En Cuba todo esto se está dando.

Pero no son sólo los pollos. También está el pescado. Hace tiempo que sabíamos que las aguas cubanas son ricas en peces, pero nadie había establecido una verdadera industria de pesca y los habitantes de esta isla no comían pescado. Ahora estamos construyendo una flota pesquera. Por primera vez estamos produciendo barcos en serie, de diez en diez; de tres tamaños: 33, 50 y 120 pies. Lanzamos el primer barco en enero de 1960. Hemos reducido el costo y el tiempo de construcción porque hemos enseñado a los trabajadores a seguir un patrón o modelo y ahora dicen que jamás volverán a construir sin esos modelos para guiarse. Con nuestra cooperativa de pesca vamos a dar pescado a la gente del campo que nunca lo había

comido. Todas las tiendas rurales que hemos creado tienen refrigeradores, naturalmente, y ya contamos con algunos camiones frigoríficos y vamos a comprar más. Tenemos también una planta congeladora para el pescado. A la larga tendremos, por supuesto, una industria de alimentos congelados, pero por el momento tenemos que atenernos a la refrigeración. Esperamos exportar —aunque no estamos seguros de esto— nuestros camarones y ostiones a los Estados Unidos.

Está además el problema de la grasa para cocinar. Siempre ha sido un producto importante en la dieta cubana y hemos tenido que importarla de los Estados Unidos. Esto era malo, desde el punto de vista médico y económico. Ahora estamos cultivando maní, porque produce buen aceite. El maní se cultiva mucho actualmente en Cuba y cerca de donde está sembrado comenzamos a establecer las fábricas para elaborar el aceite.

Estamos cultivando algodón también, por primera vez en escala considerable. Y cerca de las plantaciones de algodón estamos fabricando hilo. En una provincia hay ya algo más de 20 000 hectáreas de algodón y muy cerca una planta textil: la obtuvimos de los japoneses.

Ya hemos construido y colocado grandes depósitos de concreto para cultivar tomates hidráulicamente —antes importábamos los tomates de los Estados Unidos— y cerca hemos abierto una fábrica, que había permanecido cerrada mucho tiempo, para hacer salsa de tomate y otros productos semejantes. Hemos sembrado miles de hectáreas con árboles de eucalipto en tierras que nunca habían sido explotadas. El eucalipto es un magnífico árbol que madura en Cuba en sólo 10 años, y vamos a obtener celulosa y madera.

Vamos a emprender industrias químicas y de papel, con subproductos de la caña de azúcar. Jamás se había hecho antes nada semejante, en plan serio, en Cuba. El papel era el único subproducto de la caña de azúcar y, sin embargo, no teníamos suficiente papel para cubrir todas nuestras necesidades. También estamos construyendo techos acústicos con los subproductos de la caña.

Sin embargo, no podemos contarte todo. Tienes que venir y enterarte por ti mismo. Nos gustaría que vinieras, y ahora hay muchos moteles y hoteles en toda la isla, no sólo los grandes monstruos de La Habana que eran para los jugadores. Los nuevos hoteles son para nuestros turistas nacionales y tú también podrías hospedarte en ellos, a precios razonables. Quizá te gustaría quedarte en Isla de Pinos.

Isla de Pinos se está convirtiendo en un centro maderero y ganadero, con algunos frutos cítricos. Los soldados rebeldes han plantado ya 600 000 eucaliptos. ¡En Navidad habrán plantado cinco millones, transformando a Isla de Pinos en Isla de Eucaliptos! La pangola, sembrada para pasto, también crece ya en estos campos; ya está lista para el ganado. La pangola es un pasto magnífico en Cuba; resiste las terribles invasiones de matorrales —el marabú, una planta silvestre maligna que tenemos en Cuba— y su contenido de proteínas es muy alto: pueden criarse 40 cabezas de ganado vacuno en cada parcela de 13 hectáreas, sin alimentación extra. ¡E Isla de Pinos importaba la carne de La Habana!

Era el centro del contrabando, porque era puerto libre. El gobierno de Batista lo dejó como "puerto libre", porque, por supuesto, ellos participaban en el contrabando y el cohecho que iba implícito. El principal contrabandista en Cuba, en el antiguo régimen, era el jefe de las fuerzas armadas; en realidad, la pantalla de sus dos hijos, uno de los cuales era el jefe de la fuerza aérea y el otro el jefe de ayudantes de Batista. Abrieron varias tiendas, llamadas de "Importadores libres", para vender lo que entraba de contrabando, desde refrigeradores hasta todo lo demás, por encima y por debajo. Pero ahora Isla de Pinos se está convirtiendo en una nueva parte de la nueva Cuba: una parte productiva. Allí la gran lucha ideológica, ahora, es entre los eucaliptos y la pangola.

## VI

No podemos darte estadísticas de todo lo que hemos hecho porque, francamente, apenas estamos organizando una oficina central de

estadística. Como todo hacía falta, no había gran peligro de que sobreprodujéramos nada. Y no había mucha necesidad de una complicada burocracia para dirigir la producción.

Por supuesto, hemos estado un poco desorganizados. ¿A qué se debe esto? Menos a la falta de un sistema cualquiera que al hecho de que heredamos el desorden. Lo único realmente organizado en la época de Batista era el soborno, así es que, naturalmente, hemos estado desorganizados; pero a nuestro modo, día a día, estamos organizándonos mejor.

Nos satisface decir que nuestra revolución es menos un eficiente gobierno burocrático que un puñado de equipos, trabajando cada cual brutalmente en verdaderas tareas y realizándolas. Podría decirse que nosotros los revolucionarios —Fidel mismo sobre todo — encarnamos el principio antiburocrático. Somos asistemáticos, así podría parecer desde fuera; pero la revolución tiene su propio sistema: es asistemáticamente sistemática. Por eso, quienes no entienden nuestra revolución se sorprenden tanto de todo lo que hemos hecho en tan poco tiempo. Por eso han dicho y siguen diciendo: “esto va a desplomarse en un mes”. Bueno, ahora puedes ver cuán equivocados estaban. No nos sorprende lo que hemos hecho; sabíamos que podíamos hacerlo. No vamos a desplomarnos. La revolución tiene su propio sistema; va hacia adelante y deja como estela gallineros llenos de pollos y nuevas escuelas, y hombres y mujeres llenos de esperanzas y trabajando duro y bien.

Sin embargo, es verdad que se acerca el momento en que ya no podremos seguir “acampados” como hasta ahora. La época en que cualquiera podía dirigir una cooperativa, y muchos empezaron a hacerlo sin más trámite, está pasando. No podemos establecer nuevas industrias corriendo tales riesgos. Necesitamos, y estamos empezando a lograrlo, una manera de hacer las cosas más ordenada y centralizada, más sistemática y planeada a largo plazo. Del trabajo efectivo que estamos haciendo hemos comenzado a sacar algunas reglas para nuestra nueva economía.

¿Pero quién se ha encargado de todo? Principalmente el INRA, nuestro Instituto Nacional de la Reforma Agraria. Suponemos que para los extraños el INRA es una curiosa institución; pero para nosotros, que hemos participado en toda la revolución, es la manera

más simple y directa de realizar la Revolución cubana.

El personal era antes un problema difícil, pero ahora todos están aprendiendo tan rápidamente que no será problema por mucho tiempo. Piensa en lo que hemos hecho en no muchos meses. A menudo los soldados rebeldes del INRA confiaban más en los campesinos que en los ingenieros. Por ejemplo, los ingenieros decían que había que ponerle al arroz cuatro toneladas de fertilizantes, pero los campesinos decían que no, que sólo dos toneladas; si se ponen cuatro, afirmaban, se quemaría el arroz. Los ingenieros, que carecían de práctica, resultaron los equivocados porque intentamos las dos formas y lo descubrimos. Bastaba con dos toneladas; cuatro toneladas queman el arroz.

La Universidad de Oriente y el INRA trabajan estrechamente unidos. A este respecto, la Universidad de Oriente es mucho mejor que la de La Habana. Sesenta campesinos son ahora estudiantes en esa Universidad. El INRA paga sus cursos y presta algunos maestros a la Universidad. Estudian la producción del algodón y, cuando terminan el curso de 13 semanas, son capataces. También tenemos cursos planeados sobre el arroz, el maní, la producción avícola. Estamos tratando de reducir los precios de estos productos mediante una producción más eficiente. La dieta cubana necesita más frutas, legumbres y ensaladas. Necesitamos también maestras y trabajadoras sociales para enseñar a las mujeres a cocinar estos productos, cómo preparar diferentes platos a base de legumbres, por ejemplo.

Decían que nosotros, los latinoamericanos, no sabíamos trabajar, que éramos perezosos por naturaleza, pero no era cierto; es otra mentira que los cubanos han puesto en evidencia. Estábamos obligados a vender nuestro trabajo y nuestros productos a un precio fijo. Sabíamos que nos hacían trampa. ¿Para qué trabajar entonces?: eso era lo que nos preguntábamos. Ahora vemos que con el INRA sí obtenemos algo por nuestro trabajo. Cuando el INRA elevó el precio de diversos artículos a un precio justo, nos hubieras visto trabajar. Y nuestra maquinaria la estamos trabajando 20 horas diarias; las otras cuatro las empleamos en engrasarla y repararla.

¿Pero quiénes somos “nosotros”? ¿Quién está haciendo todo esto? Todo el mundo participa de alguna manera, pero en nuestra

construcción económica nos dirige el INRA y, naturalmente, el propio Fidel Castro. El INRA y Fidel son los verdaderos impulsores y motores de todo.

Hasta fines de 1959 el INRA construía caminos, pero ahora casi toda la construcción de caminos está en manos del Ministerio de Obras Públicas. El INRA construía escuelas hasta febrero de 1960, pero ahora el Ministerio de Educación se encarga de eso. También hasta febrero de 1960 construía hospitales, pero ahora el Ministerio de Salubridad lo hace. Ahora estamos planeando y coordinando el trabajo de todos estos ministerios.

Ha sido necesario actuar de esta manera porque el INRA comenzó en zonas rurales donde no había caminos, de modo que tuvo que construir los caminos. Y en las cooperativas todo tiene su punto de intersección: la educación, los caminos, el servicio médico, la construcción, etc., aunque tratamos de hacer todo lo más sencillo posible.

El INRA es una vanguardia, un piloto económico, que inicia constantemente nuevas cosas y siempre deja atrás diversas tareas que toca hacer a los ministerios. ¿Hay algo difícil de construir, de establecer, sin experiencia previa de cómo hacerlo? Si éste es el caso, el INRA lo hará. El INRA es, pues, un gobierno provisional, pero es también un constructor de gobierno.

El gobierno económico que estamos construyendo de esta manera es un equipo pragmático. Pero lo estamos haciendo más sistemático a medida que vamos adelante. No está tan desorganizado como podría parecer a los que vienen de fuera.

Nuestro primer ministro, Fidel, es la clave de esto. Planea y trabaja y preside las decisiones del INRA y del Consejo de Ministros. Le gusta persuadir, no obligar, a la gente; por eso razona durante horas: para persuadir. Quiere que todos estén convencidos y él mismo modificará su opinión si se le convence de algo. No es un hombre terco.

Los comandantes del INRA no reciben órdenes de ningún ministerio. Hasta ahora han tenido que gozar de toda libertad para ir adelante. Los diferentes ministros se reúnen con frecuencia, por

supuesto, y participan en la planeación de la política con el primer ministro. Los comandantes no; ellos administran el INRA. En realidad, el INRA es el poder "ejecutivo" de nuestro gobierno. El Consejo de Ministros es lo más parecido a una "legislatura".

Ya tenemos un plan de inversiones para cada una de las zonas del INRA en las que está dividido el país y llegará el momento en que los jefes del INRA serán principalmente administrativos. Lo que se exige ahora es, sobre todo, competencia técnica. Hay algunos que saldrán de la administración si no adquieren esta competencia, pero antes, si el INRA hubiese esperado a tener el personal que realmente "necesitaba" para intervenir los latifundios, no habría hecho la reforma agraria y los latifundistas estarían minando al gobierno. Ya está pasando la época en que "cualquiera podía dirigir una finca", aunque aun así puede observarse que nuestros ministros hablan más de "personal competente" que los jefes del INRA; los comandantes dicen: "la gente aprende tan rápidamente que eso no es gran problema o dejará de serlo pronto".

El hecho económico fundamental en Cuba es que la revolución está marchando y construyendo nuevas instituciones cubanas: cooperativas agrícolas, escuelas y centros médicos, granjas avícolas y fábricas de salsa de tomate, y todo lo demás que hace falta para vivir decentemente. Nadie podría acabar con esta revolución, a no ser que alguien nos invada y mate a muchos cubanos. No podíamos hacer todo lo que había que hacer si tus compañías controlaban nuestra economía; por eso —así de sencillo es para nosotros— intervinimos esas compañías.

La recuperación de esas propiedades que nos habían arrebatado los extranjeros, especialmente los monopolios yanquis, es un hecho realizado y no vamos a volver atrás. Los cubanos hemos trabajado estas tierras por muchos años, durante generaciones enteras, y ahora vamos a utilizarlas para construir un nivel de vida decente en Cuba: por los cubanos, para los cubanos.

Así es que, económicamente y en todos los demás aspectos, somos

un equipo sobre la marcha. Pero nuestra actuación sobre la marcha no es un juego, como la de ustedes. La nuestra es la construcción de una nueva Cuba. Es una práctica sobre la marcha, en lo social, en lo económico, en lo militar. Y venceremos.

## V. CUBA Y EL COMUNISMO

SABEMOS que esto es importante para ti —todas estas cuestiones acerca del comunismo en Cuba— y queremos que sepas que también es importante para nosotros, aunque quizá de distinta manera que para ti. Discutamos, pues, con calma todo esto, cada cuestión a su tiempo.

Primero, veamos lo referente a lo que tus políticos llaman el "comunismo internacional". ¿Tenemos esa influencia los revolucionarios cubanos? ¿Como individuos, como grupo gobernante, como pueblo? ¿Estamos influidos por la Unión Soviética? La respuesta es obvia.

La respuesta es: "sí, naturalmente sí lo estamos". Todos los países y todos los pueblos del mundo en la actualidad, especialmente los pueblos pobres, experimentan esa influencia. También experimentan la influencia norteamericana, de modo que ésa no es la cuestión, tal como la vemos los cubanos.

El verdadero problema es ¿qué tipo de influencia? O mejor ¿qué significa decir que los cubanos estamos influidos por el "comunismo internacional"? ¿Significa que recibimos órdenes políticas y militares de agentes de Rusia o de China o de cualquier otro país y que no tenemos más remedio que aceptar esas órdenes? ¿O bien quiere decir que aceptamos voluntariamente ayuda técnica y económica de ellos?

Si significa lo primero, es una cosa; pero si significa lo segundo, hay posibilidades de maniobrar libremente, para nosotros y también para ustedes, si quieren maniobrar. Hay una competencia mundial, tú lo sabes, y en esta competencia los cubanos no creemos que tú ni tu gobierno puedan dejar de suponer que los consejos y la ayuda que recibimos de Rusia son absolutamente voluntarios por nuestra parte. Sin embargo, la verdad es que no hemos luchado tanto para salir de una tiranía y dejarnos atrapar bajo otro yugo, cualquiera

que sea. Sólo recibimos órdenes de nosotros mismos.

Aunque no lo creas, tienes que actuar como si así fuera; para actuar como gobierno, ustedes los yanquis deben hacerlo como si los cubanos no estuviéramos, como dicen tus políticos, "bajo las órdenes de los comunistas". Naturalmente que hay diferencias de opinión y de conocimiento respecto a esta cuestión como a tantas otras entre nuestros líderes y entre distintos sectores de la opinión pública. Somos un pueblo político y cada uno de nosotros —lo mismo que cada uno de ustedes— debe actuar en favor de sus propias opiniones dentro de cada uno de estos grupos y entre todos. ¿Eso es la política, no?

Nuevamente te preguntamos: ¿qué significa estar bajo la influencia comunista? Más adelante hablaremos sobre la política interior y los líderes a los que seguimos los cubanos. Primero debemos referirnos a la "influencia internacional". En ambos aspectos hay que considerar las influencias en la orientación económica, la ayuda cultural y técnica, las formas de pensamiento y de acción políticos y, finalmente, en términos de algunas realidades militares.

## I

Comencemos con las influencias culturales y la ayuda técnica, ya que esto constituye una pequeña pero definitiva parte del panorama cubano. Y esperamos que se vaya ampliando. Ya te hemos hablado algo de los técnicos extranjeros. Estamos tratando, por ejemplo, de traer algunos maestros y otras personas capacitadas de México a Cuba. Hace 25 años, la élite intelectual española, formada por desterrados después de la Guerra Civil, pasaron por Cuba en camino hacia México y ahora estamos tratando de que regresen. Y ya hemos logrado expertos en economía y otros técnicos de Chile y otros países latinoamericanos, así como de Europa occidental y oriental. Sí, hay rusos y chinos, polacos y checos entre nosotros y nos complace darles la bienvenida. Ahora no hay muchos, pero cuando nos lleguen fábricas enteras de esos países esperamos que vengan muchos técnicos para enseñarnos a manejar la maquinaria. Y vamos

a darles la bienvenida.

Es bueno que sepas que también nos gustaría que ustedes nos mandaran gente como ésa. Pero no lo han hecho. ¿Qué ingenieros, expertos sanitarios, compañías de ballet, técnicos en riego, exposiciones agrícolas, orquestas sinfónicas, expertos petroleros, exposiciones de pintura, analistas de suelo, ha enviado el gobierno norteamericano a nuestra Cuba revolucionaria?

La respuesta es negativa. Lo que nos enviaron, y que no hemos olvidado naturalmente, fueron las misiones militares a Batista; ayudaron a adiestrar a sus soldados para matarnos. Ésos fueron los técnicos que mandaron. Fueron parte, una parte horrible, de nuestra vida diaria en Cuba y no retiraron esas misiones del Pentágono hasta que fue obvio, para todo el mundo y aun para los del Pentágono, que Batista estaba liquidado.

Pero ahora no tenemos misiones militares de ninguna parte. Sabemos muy bien cómo pelear, si es necesario, y no necesitamos misiones militares, ni tuyas ni de nadie. Lo que necesitamos y estamos obteniendo es asistencia técnica.

Veamos ahora nuestras relaciones económicas. La Unión Soviética y otros países comunistas están comprando nuestro azúcar y nos venden petróleo y otros productos que necesitamos. Estamos haciendo negocio con ellos. En lo económico, es un buen negocio, para nosotros y para ellos. ¿Tú conoces “un buen negocio”, verdad, yanqui? Tus compañías que dominaban la economía cubana lo sabían perfectamente. Pero ya te hemos dicho cómo eran sus relaciones económicas con la vieja Cuba. ¿Tienen los rusos ese tipo de relaciones de explotación, actualmente, con la economía cubana? Es obvio que no. Y mientras no sea así, vamos a seguir haciendo negocios con ellos.

Sucede que el bloque soviético y los países subdesarrollados tienen muchas oportunidades —en términos puramente económicos— de beneficiarse mutuamente mediante las relaciones económicas. A medida que sus niveles de vida suben, estos países soviéticos necesitan más materias primas como las que producimos en

América Latina. Por tanto, no nos regalan nada; estamos haciendo negocios unos y otros. También los haremos con ustedes o con cualquiera, siempre que sea en trato justo y para beneficio económico mutuo. Si no lo crees, inténtalo y verás.

En cuanto al "reconocimiento" de China y al comercio con China, lo único que tenemos que decir es lo siguiente: si tu gobierno es tan tonto que cree lograr algo no "reconociendo" a más de 600 millones de seres, los cubanos no lo somos. No somos avestruces: queremos enterarnos de lo que pasa en China, queremos comerciar con China. Son parte del mundo en que vivimos y queremos vivir en este mundo al lado de ellos, no intentar hacer como si no existieran. Además, no es asunto de tu gobierno el hecho de que nosotros reconozcamos a tal o cual país. No es asunto que nos concierna, pero te lo diremos: lo que debes hacer es lograr que tu gobierno saque la cabeza del lodo y exigirle que reconozca también el hecho de China.

Pero vayamos a lo que suponemos es tu principal preocupación: el comunismo como problema militar. Los cubanos no creemos que esto sea tan importante, al menos ahora, como parecen considerar tus políticos yanquis.

¿Ha establecido la Unión Soviética una base en territorio cubano? No, pero los Estados Unidos tienen una base naval en Cuba. Piensas quizá que, como Cuba está tan cerca de los Estados Unidos, así había de ser, pero también tienes bases en todo el perímetro del bloque soviético, tan cerca como te es posible.

De modo que si permitiéramos a la Unión Soviética construir y mantener una base en Cuba —y a no ser que tu gobierno nos obligue a ello no vamos a hacerlo— no tendrías fuerza moral ni derecho político para objetarlo. Tú tienes bases en Turquía, a pocos kilómetros de la frontera soviética, y en Japón, en Okinawa, en Taiwán, todas estas y algunas más a escasa distancia de las fronteras de China. Si no entiendes qué tiene que ver esto, debes saber que nosotros sí lo entendemos. Y eso sucede con la mayoría

de los pueblos. Muy pronto, no lo dudes, habrá más que lo entiendan.

Además, hazte esta pregunta: ¿por qué habrían de querer los rusos una base militar aquí en Cuba? Sus cohetes tienen mucho mayor alcance que los ciento y pico de kilómetros que separan nuestra isla de tu continente y, además, nos parece que los rusos quieren sostener su gran competencia con ustedes por medios no militares. Suponemos que lo estás viendo claro: quieren luchar contra ti cultural, económica y políticamente, y nosotros somos partidarios de estos medios. Cualquier tonto sabe en Cuba que ésta es la única manera racional de realizar la competencia mundial, aunque muchos sabios de tu país parecen ignorarlo.

Sin embargo, independientemente de lo que pienses de todo esto, los cubanos no vamos a permitir que los rusos, ni nadie, construyan bases aquí; a no ser, hay que repetirlo, que tu gobierno nos obligue. No nos gustan las bases extranjeras. Tampoco nos gustan los generales, ni los tuyos ni los nuestros ni los de nadie.

De cualquier manera, comprende que la cuestión militar no es la central ahora, excepto si nos atacas. Los hombres sólo empuñan las armas cuando la política fracasa; en términos políticos deben decidirse la ayuda tecnológica y las relaciones económicas y las cuestiones militares entre los hombres civilizados.

La política entre nosotros —ustedes y nosotros— ha sido la de la Doctrina Monroe. Y es verdad que los cubanos estamos desafiando esa doctrina, tal como la entendemos y como la han utilizado tu gobierno y tus compañías. Esto quiere decir que vamos a ser una nación independiente con un Estado soberano.

¿Qué otra cosa puede significar la libertad nacional de un Estado soberano si no que éste tiene control sobre su propio territorio, sobre sus propios recursos, sobre su propia fuerza militar? ¿Hemos sido libres los cubanos en estos aspectos? Obviamente no. ¿Somos libres ahora? Obviamente, ése es nuestro gran objetivo internacional.

El presidente Monroe fue presidente de los Estados Unidos hace 137 años, hace mucho tiempo. Lo que dijo entonces no puede ser eterno. No era cubano, por otra parte, ni brasileño ni mexicano ni chileno: era yanqui. Y esta Doctrina Monroe, con todo lo que se le ha agregado y las numerosas interpretaciones que ha sufrido, no es una doctrina integrada después de consultar a los gobiernos de los pueblos latinoamericanos. Ha sido una política yanqui, impuesta militarmente por los infantes norteamericanos de la Marina, utilizada económicamente por las compañías norteamericanas y empleada políticamente por el gobierno de los Estados Unidos para interferir en los asuntos internos e internacionales de los países latinoamericanos.

Al principio, es cierto, la Doctrina Monroe no fue más que una advertencia a los países europeos para que no intervinieran en el continente americano. Pero después fue interpretada y reinterpretada para convertirla en justificación del dominio yanqui en América Latina. En Chicago, el 2 de abril de 1903, tu presidente Theodore Roosevelt dijo: “Creo en la Doctrina Monroe con toda mi alma. Hay un refrán familiar que dice: ‘A Dios rogando y con el mazo dando’. Si la nación norteamericana ruega a Dios y al mismo tiempo construye y mantiene una marina eficiente con el máximo de adiestramiento, la Doctrina Monroe irá lejos”.

¿No está bien claro? Si no te parece, lee las declaraciones de Olney. Richard Olney fue secretario de Estado norteamericano y, en 1895, declaraba:

Hoy en día los Estados Unidos son prácticamente soberanos en este continente y su mandato es ley para los súbditos a los que impone su autoridad. ¿Por qué? No por la pura amistad ni la buena voluntad hacia este país. No sólo por su elevado carácter de Estado civilizado, ni porque la prudencia, la justicia y la equidad sean los rasgos inevitables de todos los tratos de los Estados Unidos, sino porque, además de cualquier otra razón, sus infinitos recursos unidos a su posición aislada los hacen dueños de la situación y, prácticamente, invulnerables contra cualquiera o contra todas las demás potencias…

No hizo falta que el señor Jruschov nos dijera a los latinoamericanos que la Doctrina Monroe era una arrogancia periclitada. Conocemos todas sus "interpretaciones" y "corolarios". Sabemos todo lo que hay que saber también acerca de "la política del buen vecino" y el "sistema interamericano". Pero la Doctrina Monroe, interpretada unilateralmente por tus políticos, ha sido la verdadera política norteamericana y lo sigue siendo. Por supuesto, esta Doctrina Monroe va contra toda la idea del sistema interamericano, aunque no contra la manera de funcionar de este sistema. ¿Sabes lo que significa hoy en español la Doctrina Monroe, con todas sus interpretaciones oficiales? Significa "imperialismo yanqui" y también, quizá, "ya vienen los infantes de la Marina".

Además, en la actualidad semejante argumento es muy peligroso para que lo utilices. Si los Estados Unidos pueden tener una Doctrina Monroe, ¿por qué no van a tenerla los rusos o los chinos? El más importante de tus periódicos afirmó, el 25 de julio de 1960, que ustedes eran "los clientes naturales y los amigos naturales del pueblo cubano y éste de nosotros". Pero si esto es así, ¿no son los taiwaneses y los japoneses los "clientes naturales", etc., de China? ¿Y no son Turquía y Afganistán los "amigos naturales" de Rusia? ¿Dónde está, si no, la diferencia?

No nos vengas, por favor, con que ellos son tiranías y ustedes los yanquis defienden la libertad en todas partes y que ahí está la diferencia. Ya conocemos tu libertad para los demás pueblos: la hemos vivido.

## II

Algunos de nosotros, los que hemos tenido tiempo para reflexionar en torno a estos grandes problemas, deseamos que Cuba sea neutral, como la India. Por supuesto, no todo el mundo en Cuba está de acuerdo con nosotros. Hay diferencias respecto a esos grandes problemas, pero tú no has contribuido en nada a ayudarnos a

pensar claramente. Algunas veces pensamos que nos estás obligando a decir: "¡Cuba sí, yanquis no!", sin mencionar para nada a Rusia.

Una de las maneras en que no nos estás ayudando es esa curiosa idea que pareces tener de cómo se hace la historia. Piensas, al parecer, que los millones de seres que se están levantando en contra tuya (debes haber leído que ocho millones de personas participaron en las manifestaciones contra ti en Japón, recientemente) están simplemente mal orientados, y absolutamente controlados por pequeños grupos de revoltosos conspiradores, bajo las órdenes directas de Moscú y Pekín. Debes considerar que son diabólicamente omnipotentes para pensar que ellos solos crean toda esta terrible inquietud en tu contra, que son ellos los que han inculcado a muchos millones la idea de que no deben seguir sirviendo o no deben convertirse en la sede de bases nucleares norteamericanas, alegres avanzadas de la civilización norteamericana de las que has leído en tus revistas.

Te equivocas, yanqui, te equivocas de medio a medio. Eres tú el que estás mal orientado por tu propia propaganda. Esos pueblos no quieren tus U-2 en sus territorios, quieren salirse de la maquinaria militar norteamericana. No quieren verse envueltos en la locura de los grandes antagonistas; no quieren que sus sociedades se conviertan en guarniciones militares. Y debemos confesar que estamos de acuerdo con ellos.

Sin embargo, la cuestión es más compleja. En primer lugar, es un hecho que estamos en una Guerra Fría contigo, que, como ya te hemos dicho, tememos que tu gobierno pueda convertir en guerra caliente. Y en esta Guerra Fría entre yanquis y cubanos, los rusos y los chinos y los demás que están con ellos nos han ayudado y nos están ayudando. La nuestra es la guerra que nos importa y les agradecemos que nos hayan brindado ayuda. ¿Cómo podemos ser realmente neutrales, pues, respecto de tu Guerra Fría con ellos?

Al principio, acuérdate, no fue así en absoluto. En agosto de 1959 —hace mucho tiempo, dado nuestro ritmo revolucionario—, nuestro ministro de Relaciones Exteriores afirmó claramente al mundo que los cubanos estábamos tratando de "sostener nuestra propia e inconfundible posición". En la Conferencia de Santiago de Chile manifestó que "la Revolución cubana no está a la derecha ni a

la izquierda de nadie". Quería decir con esto que iba más allá que unos y otros. Citó después a nuestro primer ministro, Fidel Castro, que había dicho más o menos lo siguiente: entre las dos ideologías o posiciones políticas y económicas que se debaten en el mundo, sostenemos nuestra propia posición. La hemos llamado humanismo, porque sus métodos son humanistas, porque queremos liberar al hombre de todos los temores, las directivas y los dogmatismos. Estamos revolucionando la sociedad sin someterla a la fuerza ni al terror. El enorme problema al que se enfrenta hoy el mundo es que se encuentra en una posición en que debe escoger entre el capitalismo, que mata de hambre a los pueblos, y el comunismo, que resuelve los problemas económicos, pero suprime las libertades tan apreciadas por el ser humano. Los cubanos y los latinoamericanos aprecian y propician una revolución que pueda responder a sus necesidades materiales sin sacrificar esas libertades. Si logramos esto por medios democráticos, la Revolución cubana será un ejemplo clásico en la historia del mundo.

Nuestra idea de la libertad es distinta a la de los reaccionarios que hablan de elecciones, pero no de justicia social. Sin justicia social no es posible la democracia, porque sin ella los hombres serían esclavos de la pobreza. Por eso hemos dicho que vamos un paso adelante de la derecha y de la izquierda y que ésta es una revolución humanista, porque no priva al ser humano de su esencia, sino que lo considera su fin básico. El capitalismo sacrifica al ser humano; el Estado comunista, con su concepción totalitaria, sacrifica los derechos humanos. Por eso no estamos de acuerdo con ninguno de ellos. Cada pueblo debe desarrollar su propia organización política, surgida de sus propias necesidades, no impuesta ni copiada; y la nuestra es una Revolución cubana autónoma. Es tan cubana como nuestra música. ¿Podemos concebir que todos los pueblos oigan la misma música? Ésta es la razón por la que digo que esta revolución no es roja, sino verde olivo, porque el verde olivo es precisamente nuestro color, el color de la revolución traída por el ejército rebelde del corazón de la Sierra Maestra.

Esto no era ni es "mera retórica". Para nosotros es evidente que nuestro gobierno revolucionario trató con todas sus fuerzas de permanecer "neutral", de valerse por sí mismo, de trazar su propio

destino con todas las naciones que nos ayudaran, sin tener en cuenta que fueran rojas o rojiblancas y azules. Tratamos de ser precisamente verde olivo.

La verdad es, sin embargo, que tu gobierno no nos dejó ser sólo verde olivo y ya debes haberlo comprendido, después de todo lo que te hemos dicho. Con lo que han hecho política y económicamente contra nosotros y con lo que han dejado de hacer tus imperialistas y tus políticos nos han estado orillando a establecer relaciones económicas y políticas con "el otro lado", y a estarles agradecidos además, porque realmente nos han ayudado. Con la amenaza militar contra nosotros, tu gobierno nos ha obligado a quedarles muy agradecidos a los rusos por su oferta de ayuda militar, en caso necesario, contra ustedes. ¿No lo comprendes? Es la pura verdad. Y si crees que no es toda la verdad, te suplicamos que nos lo digas.

Mientras tanto, tal como han marchado las cosas, presionados principalmente por tu gobierno no podemos proclamar ya ningún neutralismo, como tratamos de hacerlo hace un año. No podemos ni queremos, porque sería un falso sentimiento. Los revolucionarios cubanos nos hemos enfrentado a los hechos inmediatos, a medida que hemos tropezado con ellos; nos hemos visto obligados a reaccionar ante este hecho, al seguir el camino revolucionario. Somos un Estado piloto y una nación experimental. La mayoría de nosotros no habíamos pensado siquiera acerca del comunismo o el capitalismo ni sobre tu Guerra Fría con los rusos, hasta que nos vimos envueltos en todo ello en el curso de nuestra Revolución cubana. Y lo que sabemos de la Unión Soviética y los Estados Unidos es lo que hemos aprendido por experiencia de cada uno de ustedes. Y esa experiencia nos ha llevado a esto:

Consideramos a los Estados Unidos en función de lo que hemos sufrido en manos de tu gobierno y tus monopolios y los infantes de Marina; vemos su materialismo, sin ninguna filosofía, y nos parecen encerrados en sus intereses egoístas.

Consideramos a la Unión Soviética en función de sus decisivas relaciones económicas con nosotros y su oferta de ayuda en caso de que los Estados Unidos nos atacaran militarmente. Tememos ese ataque y por eso nos alegra esa oferta. Y en función de estas

experiencias con la Unión Soviética, que no puedes negar sin mentir, ¿qué crees que podemos pensar de ellos? Estamos empezando a pensar que el pueblo soviético es quizá un pueblo materialista con una filosofía. No sabemos mucho de filosofía, pero nos parece que ellos creen en la ciencia y en la industria para ayudar al pueblo y no para explotarlo. Ésta ha sido, hasta ahora, nuestra experiencia con ellos.

Pero no es cuestión de filosofía; es cuestión, primero, de intereses económicos y políticos y después de las ideologías que sirven a esos intereses. Lo que da carácter a nuestra revolución, en nuestra opinión, es la lucha entre Norteamérica y Latinoamérica. Ésa es nuestra Guerra Fría. Y si la Unión Soviética nos ayuda en forma constructiva, audaz y decisiva, y tú sigues perjudicándonos de una manera destructiva, ¿cómo vas a esperar que seamos "neutrales" y mucho menos que estemos a tu favor?

Quizá no habría que plantearlo tan ingenuamente. ¿Pero por qué no, en última instancia? No tenemos nada que esconder y ya no te tenemos miedo. Hay muchas influencias y fuerzas entre los dos extremos que los rusos y los yanquis representan. Pero quizá empieces ya a comprender que tus actitudes hacia ellos son bastante extremistas en el mundo de hoy y se van haciendo cada vez más singulares. Así lo vemos los cubanos.

Supongamos que no hubieras reducido nuestra cuota de azúcar. Supongamos que nos hubieras vendido petróleo. Supongamos que no hubieras apoyado a Batista. Supongamos que hubieras enviado técnicos a Cuba, en vez de las misiones militares enviadas a Batista. Supongamos que no hubieras tratado de evitar que los países europeos nos mandaran maquinaria agrícola y armas y nos dieran crédito. Supongamos que nos hubieras ayudado, en vez de tratar de estorbarnos. ¿Crees que entonces habríamos tenido que acudir a la ayuda rusa?

Nuestro primer ministro fue a Washington al terminar la lucha armada, pero se le trató fríamente y no se le ofreció ninguna ayuda. Hasta su solicitud de mínima consideración financiera fue rechazada. Naturalmente que aun así habríamos tenido dificultades con los pagos a las compañías norteamericanas, por ejemplo, y con otras cosas, pero todo eso habría podido negociarse justamente.

Habríamos podido resolverlas honorablemente para todos si tu gobierno lo hubiera querido, si lo hubiera intentado realmente y hubiera sabido controlar los intereses yanquis en vez de dejarse controlar por ellos.

Pero no quería; no lo intentaron siquiera. Quizá no sabían cómo hacerlo.

En vez de ello, trataron de detener nuestra revolución una vez que comenzó a marchar realmente en el campo, en el sentido económico y social que nosotros queríamos. Y ésta es la clave de todo, yanqui.

Simplemente no entiendes lo que queremos. Simplemente no entiendes lo que hay que hacer en países revolucionarios como Cuba. No sabes cómo responder a esto, salvo a tu manera alocada y llena de pánico. Son respuestas alocadas: no logran, y ya debes haberlo comprendido, lo que quieren lograr, sea esto lo que fuere.

Las naciones comunistas sí saben cómo responder: sí nos ayudan. Sabemos que es un poco peligroso aceptar su ayuda; pero como tú dices con frecuencia, aunque sin comprender bien su significado, en todo hay peligro. ¿Y cuál ha sido nuestra alternativa, te preguntamos: dejar que mates de hambre nuestra revolución, que tus compañías sigan dominando nuestra economía, que nos sigas manteniendo como una de tus colonias hambrientas —de tu país, que es ya el más rico del mundo—? Ya sabes nuestra respuesta: "¡Cuba sí, yanquis no!"

Esta respuesta no significa necesariamente "Rusia sí", a no ser que nos obligues a que signifique eso. En lo exterior, no queremos depender de nadie. Ni de comunistas ni de capitalistas ni de nadie en absoluto; queremos ser una nación independiente que decide como nación su política internacional. No hemos peleado ni hemos visto caer a tantos de nosotros para luego convertirnos en lacayos de los comunistas, de los capitalistas ni de nadie.

En lo interno, no queremos que nos esclavice ninguna dictadura de izquierda ni de derecha ni de centro. Ya no queremos más tiranías y lo único que deseamos es ser un pueblo libre que decide como pueblo cómo ha de vivir. Y eso es lo que estamos haciendo.

Déjanos contarte ahora un chiste que los cubanos no consideramos estrictamente como tal. Cuando Anastás Mikoyán regresó a Moscú, Jruschov le preguntó: "¿por qué luces tan preocupado?" Y Mikoyán respondió: "¡estos cubanos han infiltrado ese maldito Partido Comunista de Cuba!" Y muy pronto todo el mundo sabía en Moscú que Mikoyán, después de todo, era un agente cubano.

Aquí va otro cuento: se dice, aunque no sabemos si sea cierto, que ocurrió lo siguiente. De cualquier manera, así es Fidel. En agosto de 1960, en Pinar del Río, en uno de los nuevos moteles que ha construido el gobierno revolucionario para el turismo nacional, el nuevo embajador soviético en Cuba se entrevistó por primera vez con nuestro primer ministro. Fue una reunión accidental; el primer ministro estaba trabajando, como siempre; el embajador soviético recorría el país para enterarse de algunos de nuestros problemas. Habla español con fluidez. Estaba en mangas de camisa, sin corbata, lo que seguramente observó Fidel y le gustó. La conversación fue como sigue:

El embajador soviético dijo: "el pueblo de la Unión Soviética expresa su admiración por el valor del pueblo cubano y desea…" "Muchas gracias, señor —lo interrumpió Fidel—. Para Navidad necesitamos 3 000 tractores, señor embajador. Tenemos suficientes bulldozers, no se preocupen por eso, pero los tractores sí los necesitamos." El embajador soviético replicó: "quizá nuestros especialistas podrían discutir las especificaciones de…" Fidel: "Sí, naturalmente. Bueno, necesitamos tres tipos. Doscientos deben ser, etc., etc., etcétera… Y, a propósito, ¿por qué ustedes los rusos no dejan de sembrar esas malditas remolachas? ¡Nosotros tenemos suficiente azúcar! ¡Siembren trigo! Tengo entendido que pueden cosechar magnífico trigo, de este alto… Y dígame, señor embajador, ¿cómo son esos barcos que tienen ustedes, que van sobre esquíes? ¿A qué velocidad van? ¿Cuántas personas pueden llevar? ¿Sirven nada más para aguas tranquilas? ¿De veras? ¿Más de 200 personas? ¿Está seguro? Pues necesitamos un par. Y si tienen dificultades para entregarnos los 3 000 tractores antes de Navidad, avíseme. Yo iré a hablarles a esos trabajadores rusos. Estoy seguro de que pueden fabricarlos para Navidad, hay tiempo de sobra".

Quizá no fue así exactamente —no estábamos allí—, pero conociendo a Fidel, sabemos que de seguro fue algo parecido. Su lenguaje, todo el tiempo, es el lenguaje de la producción. Siente realmente gran curiosidad por todas esas cosas. En él se ve lo que significa revolución es construir.

## III

Fidel Castro no es comunista ni lo ha sido nunca; hasta el director delegado de tu Agencia Central de Inteligencia —el general Charles P. Cabell— lo sabe. El 5 de noviembre de 1959 lo declaró ante el Subcomité de Seguridad Interna del Senado de tu país. Dijo que los comunistas en Cuba no consideran a Fidel comunista, "ni siquiera procomunista". Y que "éstos no pudieron lograr el reconocimiento público ni compromisos de Fidel durante el curso de la revolución". Esto es cierto. Después afirmó: "dentro del Movimiento 26 de Julio hay numerosas pruebas de oposición al comunismo". También eso es verdad. Pero entiéndelo: nuestra oposición cubana al "comunismo" no significa el tipo de macartismo que has soportado en tu país. Esa especie de anticomunismo histérico es el que prevalece ahora en muchos de los principales personajes de tu gobierno y ellos están tratando de fomentarlo en tu país y en otros países. Pero nosotros no queremos nada de ese pánico ni esa ignorancia en Cuba.

Vamos a planteártelo así: en Cuba hay influencias comunistas e influencias yanquis. En general, en el pasado, las influencias yanquis han sido contrarrevolucionarias, y lo son hoy. Ustedes los yanquis y los rusos están en Guerra Fría. Debes entender, pues, por qué decimos los cubanos: el anticomunismo es contrarrevolucionario. En realidad, lo es en gran medida. Quizá no debiera ser así, pero ahora así es.

Sabemos que esto no es todo. Ojalá fuera tan sencillo. Sabemos que no estamos en la época en que todo era blanco o negro. Pero debido a tu histeria el anticomunismo en Cuba es contrarrevolucionario.

¿Qué es exactamente el “comunismo”? Hay muchos caminos según los diversos tipos de sociedades, marxistas y no marxistas e intermedias, y nosotros estamos tratando de apegarnos a la idea y a la práctica de que el pueblo cubano debe encontrar su propio camino cubano.

Esto es mucho más difícil que seguir cualquier camino ya establecido —fascista, capitalista, comunista o cualquier otro—: hace falta mucha más imaginación y con frecuencia resulta mucho más peligroso, especialmente para los líderes.

Sin embargo, creemos haber demostrado ya imaginación y sentido de audacia histórica al hacer nuestra revolución. Las tareas son ahora más difíciles y a veces más tediosas para hombres como nosotros. Pero cuando nos parecen tediosas recordamos que también esto es parte de la historia; que es todavía la Revolución cubana la que tratamos de aclarar y llevar hacia delante y hacerla aún más real en la vida del pueblo. Es otro tipo de historia, otra etapa de la revolución; y ahora es algo mucho más importante que en aquellos días en que todo era blanco o negro, porque existe el peligro de que todo se vaya al demonio. ¿Crees que no lo sabemos?

El “antiyanquismo” no es simplemente un sentimiento que hemos alentado. Esperamos haberte demostrado que se debe a agravios justificados contra los imperialistas norteamericanos y los actos del gobierno de los Estados Unidos, tanto en el pasado como en el presente. Es posible que te preguntes en qué medida es necesario este antiyanquismo para la situación interior de Cuba. ¿En qué medida es una base necesaria, aunque transitoria, de la persistencia del entusiasmo revolucionario en apoyo de nuestro gobierno? No lo sabemos realmente, aunque es obvio que está mezclado con ello. Pero si el antiyanquismo sirve a este fin, estamos tratando de controlarlo. No porque sea anti-yanquismo, sino porque no creemos en esos odios absolutos. No puede ser bueno, pensamos, basar un movimiento, una nación, una política, un gobierno en el odio generalizado a otro pueblo. Cuando decimos “¡yanquis no!” no nos referimos a todo el pueblo norteamericano; no somos tan tontos. Si algunos cubanos parecen querer decir eso —aunque seguramente jamás lo demostrarían contra ninguna persona individual de los

Estados Unidos—, deberías entenderlo. Pero los revolucionarios estamos contra eso, porque sería como sucede con algunos de los tuyos —especialmente los personajes y funcionarios— cuando gritan: "¡comunista!" ¿No es así?

Cuando nuestro pueblo grita "¡Cuba sí, yanquis no!" sabemos que debían añadir después de ese "no" algunos tipos específicos de "yanquis": monopolios, funcionarios, etc., porque sabemos que es un error simplista pensar que el pueblo de una nación es todo igual y pueda ser objeto de odio, amor o cualquier otro sentimiento o juicio generalizado. El odio entre los pueblos —yanquis o rusos o alemanes o cubanos— es la forma más estúpida de nacionalismo, independientemente del "bien" que pudiera hacerse en nombre de ese odio. Es peligroso para todos. Los hombres no deben actuar así.

Por eso queremos ser tan específicos como sea posible en nuestro humanismo. Sería magnífico que los cubanos pudiéramos gritar: ¡Cuba sí, yanquis sí, Rusia sí! ¡Abajo los contrarrevolucionarios! ¡Abajo los imperialistas! ¡Abajo los comisarios!

Pero tú no nos dejas.

## IV

¿Qué hay del Partido Comunista de Cuba y su influencia? Lo primero que tienes que entender es que este Partido Comunista de Cuba nunca ha sido muy grande ni muy fuerte como partido. El jefe de tu Agencia Central de Inteligencia, a fines de 1959, calculaba que había 17 000 miembros del Partido Comunista en Cuba. Quizá; parece más o menos exacto.

El segundo hecho importante es que este partido no desempeñó ningún papel en el desarrollo de nuestra revolución. La revolución, como te hemos dicho, se hizo en la Sierra Maestra; y fue allí donde realmente vencimos a la tiranía. Durante más de cinco años, en realidad hasta poco antes de nuestro triunfo, los comunistas fueron rivales políticos de nuestro movimiento, cuando no nos

menospreciaron. Nada les debíamos cuando vencimos a la tiranía de Batista. No ayudaron, y cualquier participación que ahora tengan los comunistas en nuestro gobierno revolucionario es porque nuestro gobierno se las ha dado. Están allí porque, como todo el mundo, están contribuyendo ahora a nuestra revolución. Ellos no hicieron la revolución.

En tercer lugar, el Partido Comunista de Cuba ha estado integrado y lo está todavía por intelectuales de edad madura y gente muy pobre. Alcanzó la fuerza que llegó a tener alguna vez por la explotación —y eso ya ha pasado—; y además porque era una especie de símbolo al que se adherían los jóvenes intelectuales, lo cual también ha pasado.

Para comprenderlo debes saber el cuarto hecho importante: los revolucionarios cubanos del Movimiento 26 de Julio somos mucho más avanzados que lo que ha sido y es el Partido Comunista. A cada rato un comunista cubano nos dice que jamás habían soñado que pudiéramos ir tan lejos y tan de prisa para derrocar al tirano, industrializarnos, hacer la reforma agraria y todo lo demás de nuestra revolución.

En realidad, así sucede en general con los partidos comunistas locales en América Latina. En toda revolución verdadera hoy en día, al menos en América Latina, los comunistas locales constituyen la derecha de la revolución. Aquí en Cuba es un hecho que la revolución los ha superado y sigue haciéndolo en todos los frentes. Siempre llegan demasiado tarde y traen consigo demasiado poco. Así sucedió en Cuba y todavía sigue sucediendo: están rezagados detrás de nuestra revolución.

Los partidos comunistas en toda América Latina son generalmente partidarios de los “frentes populares”, las “coaliciones nacionales democráticas”, etc. No tienen suficiente apoyo popular para hacer una revolución y por eso sacrifican la acción revolucionaria inmediata, e inclusive la teoría, a los “movimientos de liberación nacional”. Son pequeños en todas partes, aunque algunas veces están bastante bien organizados. Sólo que no se adaptan mucho a las condiciones revolucionarias latinoamericanas. Parecen

“sociedades de amigos de la Unión Soviética” y ni siquiera discuten “la cuestión china” cuando uno se las plantea; y los chinos en Latinoamérica no tienen nada que ver con los partidos comunistas locales. Acuden directamente a los elementos de izquierda.

Muchos estudiantes brillantes en América Latina pasan por el Partido Comunista, aunque los revolucionarios cubanos no lo hicimos. Los partidos comunistas latinoamericanos tienen en general un alto nivel de gente inteligente; sin embargo, en todos nuestros países hay hombres más brillantes fuera del Partido Comunista que dentro. De cualquier manera, en Cuba los miembros del Partido Comunista tratan de que Fidel no vaya demasiado de prisa; le dicen: “tómalo con calma”. Pero él no les presta atención y no lo toma con calma. Con él a la cabeza, la revolución va siempre hacia delante; el Partido Comunista y los comunistas como individuos van detrás —¿qué más podrían hacer?—, pero no dirigen ni han dirigido en ningún momento.

El Partido Comunista de Cuba es una organización política más o menos disciplinada. Por eso algunos creen que, como hay falta de personal administrativo con práctica adecuada para toda la obra de la revolución, el Partido Comunista aumentará su fuerza, que los comunistas llenarán el vacío administrativo, por así decir. Quizá haya algo de verdad en esto. Pero, por otra parte, piensa en lo siguiente: el Partido Comunista cubano es un equipo “menos” disciplinado de lo que podría pensarse. No hay ninguna prueba de que los comunistas cubanos sean tan diabólicamente competentes. En primer lugar, cualquiera puede afiliarse fácilmente al Partido, pero afiliarse no significa mucho. Bajo la tiranía quizá significó algo: era un símbolo de rebeldía que un joven se afiliara; pero ya no lo es. Lo nuevo, lo real, lo inmediato es la revolución misma y las nuevas instituciones que la revolución está creando tan rápidamente. Los jóvenes entran directamente en estas instituciones. No tienen necesidad de afiliarse al Partido Comunista. Son los demás, los “radicales” a la antigua, los que tienden a quedarse en el Partido Comunista.

Por eso la revolución está creando muy rápidamente sus propios “cuadros”. No tiene que descansar en el aparato que pueda tener el

Partido Comunista. Los cubanos tenemos una enorme capacidad de trabajo e inclusive de organización, ya lo hemos demostrado. Además, los que pertenecen al Partido Comunista de Cuba piensan: "Cuba primero, después el Partido". Los comunistas más valiosos y de mayor talento así piensan. Su lealtad está comprometida con la Revolución cubana, no con un "comunismo" en abstracto.

La verdad es que los comunistas, como partido político, tienen poca importancia en Cuba; sólo cobran importancia en la imaginación yanqui. Este partido no decide nada, en lo político, en Cuba ni sobre Cuba. Y no creemos que llegue a hacerlo. Ya no hay explotación: no puede nutrirse de eso. Ya no es símbolo de rebeldía ni de revolución: tampoco puede nutrirse de eso.

## V

Tres cosas, por supuesto, podrían aumentar la fuerza política de los comunistas cubanos como partido.

Primero, si día tras día en los Estados Unidos los yanquis siguen gritando contra "los comunistas" y los nombran y los acusan de estar contra los yanquis. ¡Entonces algunos verdaderos revolucionarios decidirían, quizá, afiliarse al Partido Comunista! No es un chiste. Toda esa propaganda anticubana, en forma de anticomunismo, sería un factor importante para aumentar el prestigio y, con el tiempo, quizá la fuerza de los comunistas como individuos, si no del Partido, en Cuba.

En segundo lugar, si el gobierno revolucionario de Cuba condenara o persiguiera al Partido Comunista, eso tendería a aumentar la fuerza del Partido como nuevo símbolo. Entonces significaría algo atreverse a afiliarse al Partido. Hoy por hoy ese símbolo tiene 30 años de atraso en Cuba.

En tercer lugar, y esto es más grave, la fuerza del Partido Comunista podría aumentar si los Estados Unidos lograran crear serias dificultades económicas a Cuba que la revolución no pudiera

resolver u organizaran a los contrarrevolucionarios en el extranjero y, con ellos o sin ellos, pusieran en práctica las amenazas de acción militar contra nosotros e hicieran todo esto en nombre del anticomunismo. Entonces, entonces, quizá el Partido Comunista cobraría fuerza, aunque no es posible determinar hasta qué punto. De cualquier manera, quizá te convendría reflexionar acerca de esto. Es una sólida argumentación.

Pero, por ahora, el hecho fundamental que debes tener en cuenta es que nuestra revolución es más rápida, más profunda, más fuerte que todo lo que puede realizar el Partido Comunista ahora o en el futuro.

Al escribirte esto, se nos ocurre que podrías pensar: "Quizá eso sea cierto respecto del Partido Comunista de Cuba. ¿Y qué? ¿No es acaso la revolución misma, después de todo, comunista?"

Nuestra respuesta es que todo es cuestión de las palabras que se quiera emplear. No nos importan las palabras que uses. Estamos tratando de decirte, lo más franca y honestamente posible, lo que está sucediendo actualmente en Cuba y lo que estamos haciendo en realidad. Si quieres llamarlo "comunista" no nos importa. Nos es indiferente que seas demasiado perezoso para estudiar todas las variedades de gobiernos y movimientos de izquierda que hay actualmente en el mundo.

Por otra parte, si estás seriamente interesado, podemos explicarte esto: si somos marxistas o izquierdistas (o comunistas, si lo prefieres) en nuestro desarrollo y nuestro pensamiento revolucionario, no se debe a ningún compromiso previo con ninguna ideología. Se debe a nuestro propio desarrollo. Esto es cierto en lo abstracto y en lo concreto. Los revolucionarios cubanos leímos, por ejemplo, las obras de Mao Zedong sobre la guerra de guerrillas después de estar en la Sierra, y entonces nos enteramos de que los aspectos militares y económicos de nuestra lucha armada contra Batista tenían muchas semejanzas con la lucha de Mao en China. Y ya te hemos hablado de nuestro plan económico antiestalinista.

Ahora estamos empezando a observar la gran variedad del método marxista; no es único, ¿comprendes?, y estos métodos nos interesan mucho. Nos interesan todas las ideas que sirvan para la construcción de nuestra sociedad cubana. Estamos haciendo una revolución para resolver los problemas del pueblo cubano. Si nuestra manera de resolverlos, en tal o cual aspecto, resulta semejante a la de otros pueblos —cualquier pueblo del mundo— no nos importa.

Somos hombres prácticos, no teóricos, aunque algunos de nosotros nos interesamos cada vez más en las teorías y, cuando disponemos de tiempo, las estudiamos. Mándanos unas cuantas teorías prácticas, yanqui, y las estudiaremos. ¿Pero tienes acaso teorías? No tenemos tiempo para locuras, pero, si tienes algunas ideas funcionales para un pueblo como el nuestro, mándalas. Las estudiaremos.

## VI

Por último, hay algo que nos gustaría plantear acerca del "comunismo" o, más ampliamente, del "totalitarismo". No tenemos nada que ocultar. La mayoría de los cubanos no nos preocupamos todavía por eso; estamos demasiado ocupados con nuestra revolución. Pero algunos sabemos que más tarde podría llegar a ser un verdadero problema. Puede ser un problema para cualquier pueblo; también para ti, yanqui.

No tiene nada que ver, directamente, con las influencias del "comunismo internacional" y mucho menos con el recibir órdenes del extranjero. Y no se debe a ninguna intervención del Partido Comunista y menos a un aumento de su fuerza. Es lo que podría llamarse la mentalidad totalitaria y la consecuente manera de hacer las cosas.

Aunque no se esté, en ningún aspecto, bajo la influencia comunista ni de ningún aparato extranjero, esta mentalidad puede surgir dondequiera que haya, en general, falta de cultura, de conocimientos y de educación y un miedo terrible a una amenaza

extranjera. Porque si se está en semejante situación, se ve uno obligado a pensar en términos de blanco o negro y se produce un verdadero pánico por asegurar la lealtad de todos. Se siente entonces que es necesario saber, que hay que estar seguro, y esto podría significar, es de suponerse, un endurecimiento general e inclusive el reinado del terror revolucionario.

Todo esto es parte, en realidad, del problema que consiste en determinar qué sistema político debe implantarse en Cuba. Por ahora no nos preocupa, pero algunos pensamos acerca de esto cuando nuestro trabajo nos deja tiempo. ¿Por qué no reflexionas tú también un poco acerca de ello? Si lo haces, ten en cuenta las condiciones que acabamos de plantear. ¿No comprendes hasta qué extremos has estado envuelto con el proceso de nuestra revolución y estás todavía y seguirás estando?

¿A qué se reduce, pues, la cuestión de la influencia comunista sobre Cuba y en Cuba?

A que tú no sabes ni puedes determinar la medida exacta y el carácter de esa influencia. Tampoco la mayoría de nosotros. Pero, para ti, no es ése el principal punto en cuestión. Independientemente de lo que puedas pensar acerca del comunismo, sólo hay una manera de hacerle frente: tienes que empezar a competir realmente con esa influencia en forma positiva, constructiva. Y esto sólo puede significar competir en los aspectos técnico, cultural y económico; si lo intentaras verdaderamente, quizá ganarías. ¿O no crees tener esa oportunidad?

El precio de ese esfuerzo sería nada en comparación con los inmensos resultados para los Estados Unidos en toda América Latina, para no hablar del resto del mundo que —no lo olvides, yanqui— está observando lo que haces y lo que no haces en Cuba. ¿No se beneficiaría todo el mundo de esta competencia, aunque no "ganaras", cualquiera que sea el sentido de esta palabra para ti? Tal es lo que pensamos del comunismo en Cuba en este momento.

# VI. EUFORIA REVOLUCIONARIA

¿QUÉ ESTÁ pasando en Cuba? Cualquier persona honesta tiene que preguntárselo al oír y leer tantas noticias contradictorias. La única manera de saberlo es averiguarlo personalmente y no todo el mundo puede, ya que para esto es necesario venir a Cuba y estar aquí por un tiempo. Por eso tratamos de decirte lo que está pasando actualmente en Cuba.

Hay actualmente en Cuba la inmensa impresión de un despertar y de un fin de los viejos males. Hay también cierto temor de que puedan surgir nuevos males. ¿Pero quién no abriga hoy esos temores? Los cubanos, los latinoamericanos en general, estamos viviendo en una especie de equilibrio; hemos roto con el pasado y no sabemos exactamente en dónde vamos a terminar. ¿Quién puede saberlo en la actualidad?

Entre nosotros hay muchas esperanzas desesperadas. Pero la gran verdad que se da en Cuba es que nuestras esperanzas se están volviendo realidad. Aquí ya existe una esperanza basada en realizaciones logradas y que estamos viviendo. No podríamos mostrarte fotografías del futuro de Cuba. Sólo escenas del presente que pueden generalizarse. Eso es lo que estamos tratando de hacer: y eso es lo que está pasando actualmente en Cuba.

## I

Todo el mundo tiene ilusiones, pero en la mayoría de la gente estas ilusiones nada tienen que ver con la vida cotidiana. Gracias a nuestra revolución, los cubanos hemos establecido un contacto intenso entre la fantasía y la realidad y lo estamos viviendo. Para nosotros, vivir en este contacto es el hecho mismo de nuestra

revolución.

Por eso, si intentamos hacer demasiado al mismo tiempo, si algunas veces somos infantiles, si cometemos terribles errores, si nos dejamos llevar por el entusiasmo, comprende, yanqui, que todo esto es parte de un esfuerzo extraordinario. Comprende que todo se debe a que, por primera vez en nuestra vida, hemos establecido el contacto entre las ilusiones y las realidades.

Y si crees que esto es "malsano", piensa en lo malsano que es no establecer jamás ese contacto, sino vivir siempre mal y hacerse ilusiones de lo bien que podría vivirse. ¿No tiene la gloria algo de locura? ¿No es ése uno de los peligros de todo intento de establecer el "gran contacto"? Porque eso es lo que hay que hacer en toda revolución. Hay que actuar como si ya se hubiera logrado. Y precisamente eso estamos haciendo los cubanos. Tenemos que aferrarnos a nuestra revolución como un todo, con lo bueno y lo malo, porque sus órganos y sus líderes son los instrumentos de nuestras esperanzas, pero, más aún, de nuestra cordura misma.

Lo hemos aprendido de Fidel, y lo estamos aprendiendo día a día, que puede irse muy lejos si se intenta de veras. La voluntad de ver más lejos y de verlo todo en grande, de "volar alto", como dicen los yanquis. Quizá sea utópico, pero eso es lo que Fidel nos ha enseñado y nos está enseñando continuamente. Soñar y creer que los sueños pueden hacerse realidad.

La revolución es una manera de definir la realidad. La revolución es una manera de cambiar la realidad, y de cambiar las definiciones de la realidad. La Revolución cubana es un gran momento de veracidad.

## II

Es un momento de veracidad militar. Esta verdad consiste en que las guerrillas, dirigidas por hombres decididos, con campesinos a su lado y una montaña cercana, pueden derrotar a los batallones

organizados por los tiranos y equipados con toda clase de armas, hasta la bomba atómica. En cuanto a la bomba atómica, no sabemos. Todo el mundo pensaba que habían pasado los tiempos de las guerrillas; en nuestro momento de veracidad cubana, ya se ha visto que no han pasado.

No es ésta la única verdad militar de la Revolución cubana. Quizá la pelea no ha terminado. Es posible que nos ataques pero, mientras tanto, estamos probando que una revolución contra el imperialismo yanqui en un país latinoamericano puede triunfar. Los pueblos habían perdido esa esperanza. Estamos probando, hasta ahora, que puede ser un hecho.

## III

La Revolución cubana es un momento de veracidad económica. En revoluciones como la nuestra aparece esa verdad y entonces todos pueden apreciarla. No sólo los líderes, no sólo los intelectuales, sino el hombre y la mujer de la calle, que nunca se habían puesto a pensar antes sobre esas cosas aunque las habían vivido. La verdad económica es ésta: las cuestiones económicas no son tan complicadas. Los que lo sostienen lo hacen para evitar que otros aprendan lo fácil que es producir y distribuir las cosas que necesita el ser humano. ¡Y tan rápidamente que pueden aprender hombres y mujeres a hacer estas cosas, a producirlas para ellos mismos! Todo puede hacerse si se tiene voluntad. En nuestra Cuba de hoy nadie dice a los jóvenes: “quizá eso sería bueno, pero no es práctico; esto no funciona; todo se opone a aquello; deja que las cosas sigan como van; tómalo con calma; no te entusiasmes; adáptate; ten cuidado, muchacho, las cosas no son tan sencillas”. En una palabra: tener miedo.

La verdad económica de la Revolución cubana es que no hay que tener miedo. La revolución que estamos haciendo nos enseña día a día cómo construir un sistema económico civilizado y racional. Llámalo como quieras; nosotros estamos demasiado ocupados construyéndolo y por eso ahora, por encima de todo, la revolución

es construir.

## IV

La Revolución cubana es un momento de veracidad política, y éstas son las principales verdades políticas que ha puesto en claro: bajo una tiranía, la única política que da resultado es la política de guerrillas; en condiciones de pobreza, la única política que da resultado es la política de la construcción económica; en condiciones de ignorancia, la única política que da resultado es la política de la construcción educativa.

Mediante el esfuerzo militar, económico y educativo los cubanos hemos acabado con la política que conocíamos y que tú conoces. Esa política ya no existe en Cuba.

En la etapa militar y más tarde en la económica y la educativa la "política" carece de importancia y, por otra parte, todo adquiere sentido político. Ésta es la verdad política actualmente en Cuba y no es una paradoja. La vieja "política" con la que hemos acabado era la política del ladrón y del explotador; la nueva política que estamos haciendo es la política del revolucionario que construye una nueva sociedad. Y simplemente ignoramos cuál será nuestra política futura.

Por ahora toda persona honesta está de acuerdo en dos puntos generales: antes del triunfo de la revolución, Cuba era lugar de sufrimientos, de temor y frecuentemente de horror. Bajo el gobierno revolucionario, con este gobierno, los cubanos somos enormemente felices; no hay otra palabra para expresarlo. Nadie había soñado, en realidad, que pudiera darse tan estrecho acuerdo entre las necesidades sentidas por el pueblo y hombres con tanto poder como el que tienen nuestros líderes revolucionarios. Nadie había podido imaginar que semejante poder no corrompiera de inmediato a los hombres.

No es tanto que estemos reconstruyendo la sociedad cubana, porque

no había mucho que reconstruir. Estamos construyendo una nueva sociedad, de arriba abajo, y en todas las esferas de nuestra vida. Estamos viviendo el nacimiento de una nación.

Con unos cuantos soldados rebeldes mal equipados derrotamos a los grandes y bien equipados batallones de Batista. Ahora estamos construyendo con estos rebeldes un nuevo tipo de ejército y una milicia de ciudadanos.

Con miles de caballerías de tierra —que en el viejo sistema eran invadidas por vegetación silvestre y nociva— y con los antiguos latifundios y demás propiedades que nos habían robado estamos construyendo un nuevo sistema económico.

Partiendo del analfabetismo y una terrible falta de educación en todos los niveles, estamos construyendo un sistema educativo totalmente nuevo, del kindergarten a la universidad.

En estos tres aspectos nuestro gobierno revolucionario trabaja el día entero y parte de la noche. Y no lo dudes: los cubanos estamos trabajando con ellos, voluntaria y entusiastamente. Estamos llenos de esperanzas y nuestro único temor es la amenaza de los Estados Unidos a todos nuestros esfuerzos.

No estamos sosteniendo simplemente a nuevos gobernantes: estamos elaborando un nuevo sistema social y económico. Para hacerlo, necesitamos líderes con poder para actuar rápidamente y sin obstáculos; y tenemos precisamente esos líderes y no los estamos estorbando. Actúan en nuestro favor, lo estamos viendo día a día, y confiamos en ellos: por eso actuamos a su lado.

No queremos estorbarlos con un “sistema político”, cualquiera que sea. Lo que están haciendo, hasta ahora, es precisamente lo que queremos que hagan. Estamos en medio de la construcción de la nueva Cuba, de la que estamos ya tan orgullosos. No nos cuesta trabajo, pues, olvidarnos del “sistema político”, que para nosotros sólo significa una vieja abstracción, cuando no nos recuerda un gobierno de ladrones, como en el caso de Batista. Tenemos libertad —por primera vez—, la verdadera libertad. Estamos actuando con esa libertad, no hablamos simplemente de ella.

Nuestra verdad de hoy sólo es concebida como tal en la mitad meridional de América, la explotada, la llena de enfermedades, la empobrecida. Para la mitad septentrional —tu mitad—, no son momentos de verdad: son momentos de peligro. Quizá algunos de los peligros sean reales. Pero otros los imaginas. A los yanquis no les gusta la rapidez ni la violencia de la revolución.

Sin embargo, la política de la otra América, de nuestra América, va a ser cada vez más la política de guerrillas, la política de la clandestinidad y la política del desarrollo económico y educativo. Estamos probando que todo esto puede combinarse. Estamos probando que bajo la tiranía que prevalece en gran parte de América Latina y bajo el imperialismo norteamericano que prevalece en toda América Latina no hay otro camino.

## V

El peligro de nuestra revolución es el peligro de todas las revoluciones: el peligro es que su momento de verdad se convierta en época de mentiras. La revolución habrá terminado entonces y su gloria se habrá vuelto miseria vacía y cotidiana. Entonces los cubanos tendríamos que luchar otra vez, ¡y venceríamos nuevamente! Pero ahora nos sentimos tan fuertes, tan libres, tan nuevos, que no nos asusta expresar en voz alta estas preocupaciones.

¿Será Cuba un país diferente dentro de 10 años? No hay duda, aunque sólo fuera porque entonces los hijos de campesinos analfabetos, que ahora empiezan a asistir a nuestras nuevas escuelas, serán los líderes y los jefes de fila. Por eso, en este momento, todas las organizaciones políticas, por fuertes que sean, parecen tan provisionales. Esta generación será la primera que en Cuba llegue a la edad adulta conociendo algo distinto a la tiranía y

la pobreza, a la enfermedad y la ignorancia.

Como lo sabemos, algunos hemos empezado a preocuparnos por dos cosas que hasta ahora no habíamos tenido tiempo de analizar: la política y la cultura. Son importantes porque si logramos asegurar militarmente nuestra soberanía y si logramos establecer una base económica real para esa soberanía, ambas van a determinar la clase de hombres y mujeres, la clase de seres humanos que van a ser los cubanos del futuro inmediato. Examinemos, pues, estas preocupaciones. En esta carta nos referiremos a la política; en la siguiente, a la cultura.

¿Es nuestra Cuba de hoy una dictadura revolucionaria?

Suponemos que sí. Pero para comprender lo que esto significa, al menos en el caso de Cuba, hay que comprender varias cosas acerca de esa palabra y acerca de Cuba. En el sentido más literal del término, Cuba es una dictadura de, por y para los campesinos y los trabajadores de Cuba. Esta frase, “dictadura de trabajadores y campesinos”, fue convertida en mentira por Stalin y bajo el estalinismo. Algunos de nosotros lo sabemos, pero no estamos haciendo así nuestra revolución. Para entendernos, debes tratar de desprenderte de ciertas imágenes e ideas de la “dictadura”. Es su sentido preestalinista el que puede aplicarse a Cuba.

Su significado político es éste: que para realizar una revolución económica y responder a la amenaza externa que constituyen ustedes los yanquis, cualquier sistema político nos estorbará gravemente. Todo es dinámico actualmente en Cuba y todo está en juego. Muy poco se ha consolidado, en el sentido de haberse convertido en la rutina de una institución, y no se ha consolidado prácticamente ninguna institución política. En medio de este dinamismo y frente a esta amenaza nuestro gobierno revolucionario está realizando la construcción educativa, militar y económica a un ritmo tan acelerado.

Políticamente, como hemos dicho, no hay la menor duda de que nuestro gobierno revolucionario está apoyado por el consenso revolucionario general de la inmensa mayoría de nuestra población.

Así ha sido y sigue siendo por dos hechos específicos acerca de nuestra Revolución cubana: económicamente ha habido y sigue habiendo una elevación evidente de nuestro nivel de vida y, más aún, de nuestro nivel de esperanza. No será en cinco años, ni el año que viene, pero hoy y mañana estaremos mejorando nuestro nivel de vida. El consenso evidente, que sorprende a todos los que vienen a Cuba, descansa entonces antes que nada en las obvias mejoras en nuestra manera de vivir. La revolución es construir.

Militarmente, este estrecho acuerdo entre gobierno y pueblo descansa en el sentimiento de una amenaza de los yanquis a Cuba. Descansa en el simple hecho de que los cubanos sentimos efectivamente el lema "Patria o muerte".

La revolución es construir. Patria o muerte.

No son simples lemas escritos en las paredes. No son mentiras, discúlpanos la comparación, como tu "retórica de campaña electoral". Son hechos en Cuba; son hechos acerca de Cuba, y son la política de Cuba en este momento.

Nuestra política, en caso necesario, es la política de las armas y, cuando podemos evitar tal política, entonces es la política de la construcción económica y educativa de nuestro país.

El Consejo de Ministros es lo más parecido a un Congreso y estamos muy contentos con esto. El Instituto Nacional de la Reforma Agraria (INRA) es lo más parecido a la estructura de un Estado y es un hecho que nos satisface plenamente. Y a la cabeza de ambos, como de todo lo demás, siempre que se le necesita, está Fidel Castro e indudablemente estamos muy, pero muy contentos con él.

Mucho de lo que te hace pensar mal de nuestra revolución se debe a la amenaza que sentimos de tu contrarrevolución. Eso creemos. Y por eso creemos, sobre todo, que las "opiniones minoritarias" son por el momento opiniones contrarrevolucionarias. No hay más minorías; al menos por el momento. La inmensa mayoría está con nosotros y dentro de la revolución hay numerosas diferencias constructivas. ¿Qué pretendes, yanqui? ¿Que hagamos una

institución de tu contrarrevolución?

¿Cómo distinguimos las opiniones contrarrevolucionarias de las constructivas? No es tan difícil: al terminar la lucha surgirán muchos criterios de la revolución misma, como han surgido nuestros criterios económicos. Pero nuestra primera tarea es existir y luego plantearnos cómo debemos existir. Somos hombres prácticos, no teóricos, y todo va marchando demasiado bien para todos como para que haya quien quiera cambiarlo. Quizá no es bastante, pero así pensamos nosotros.

## VI

Sin embargo, esta política, muchos de nosotros lo sabemos, es sólo una etapa. No hay razón para suponer que esta política revolucionaria pueda ser permanente. En realidad, sabemos que nuestro poder revolucionario, basado en el consenso evidente, en la relación directa entre gobierno y pueblo, no puede durar eternamente; sabemos que llegará el momento en que estas relaciones entre gobierno y pueblo tendrán que ser más sistemáticas, en que tendremos que crear un sistema político.

No tenemos por qué creer que este sistema político, que surgirá una vez terminada la etapa actual, tenga que ser necesariamente dictatorial. Nuestro objetivo será establecer un gobierno independiente de las personas que ejercen el poder. Sabemos que, en la construcción y el sostenimiento de una sociedad política libre, debemos establecer medios no revolucionarios para que se produzcan los cambios en esa sociedad. Sabemos que es necesario establecer un sistema de elección y cambio pacífico de nuestros líderes. Y sabemos también que el pueblo de Cuba debe ejercer un control auténtico sobre estos procesos.

Se trata de grandes y verdaderos problemas. Los líderes de nuestra revolución y, sobre todo el propio Fidel Castro, tienen conciencia de ellos. Lo que piensan es lo siguiente: ¿no tendrá que surgir nuestro sistema político, cualquiera que éste sea, de la interrelación

continua, de la experiencia permanente de pueblo y gobierno entre sí? La revolución, en resumen, debe crear sus propias formas políticas lo mismo que ha creado sus formas económicas y sociales, de las que estamos ahora tan satisfechos.

¿Y no es esperar demasiado pedirnos que determinemos ahora nuestro sistema político? Lo primero es lo primero y, en este caso, lo primero es la cuestión militar, la económica y la educativa. Lo primero es la supervivencia militar y económica de Cuba como Estado soberano. Lo primero es la base económica de la soberanía y un pueblo educado, capaz de dirigir su propio Estado y su propia economía.

Además, los revolucionarios no hemos tenido tiempo para pensar en el sistema político que hemos de construir en el futuro. Sabemos que tarde o temprano tendremos que hacer frente al problema, pero si nos hubiéramos preocupado todo el tiempo no habríamos podido hacer la lucha armada como la hicimos. Y no podríamos ir tan de prisa ahora con la educación y la construcción económica.

Debes comprender, por supuesto, que muy poca gente en Cuba piensa siquiera en esta cuestión del sistema político. Los campesinos y los trabajadores ni siquiera tienen conciencia de ello; sólo algunos intelectuales y líderes revolucionarios están empezando a planteárselo.

La revolución es todavía muy joven. El entusiasmo de campesinos y trabajadores es aún muy intenso y así será por algún tiempo, aunque sólo fuera por la amenaza que tú significas. Sin esa presión exterior, probablemente el entusiasmo duraría menos tiempo, pero tal como van las cosas no es tonto esperar varios años con el mismo entusiasmo y el mismo trabajo.

En segundo lugar, debes saber que cualquier sistema político es siempre una limitación de la rapidez necesaria para toda revolución verdadera. Si tuviéramos un sistema político organizado, no podríamos haber hecho las cosas que hemos hecho en tan corto tiempo. Cualquier sistema disminuiría la velocidad de la revolución.

En tercer lugar, ten en cuenta que Fidel Castro no fomenta ningún "culto al individuo". Por el contrario, tiene plena conciencia del problema y se disgusta sobremanera —lo hemos visto— cuando advierte alguna adulación. Trata con todas sus fuerzas de convertir el entusiasmo hacia él en entusiasmo por la revolución. Aunque conoce la enorme importancia de su liderazgo, trata de que el gran interés sea la construcción revolucionaria más que Fidel Castro. No fomenta el culto al individuo, sino los hechos de la revolución.

Ahora bien, ¿no es peligroso depender tanto de un solo hombre, y que este hombre tenga tanto poder? Naturalmente: podrían asesinarlo o podría enfermarse. Cuando los hombres aprovechan las oportunidades hacen historia; este hombre la ha hecho. Y es; es la fuerza más directamente radical y democrática de Cuba. Siempre ha recurrido, en todas las coyunturas, a la opinión pública, por televisión y en persona. Antes de resolver cualquier problema, Fidel pasa largas horas ante la televisión. En los últimos 18 meses el poder en Cuba ha descansado en el pueblo. Fidel explica y educa y, después que habla, desaparecen casi todas las dudas. Jamás había prevalecido por tanto tiempo y tan íntimamente ligada al poder la fuerza de la opinión pública. Tan ligada, por ejemplo, que hasta el más ligero rumor hace que Fidel vaya a la televisión a refutarlo o a confirmarlo, a explicar de qué se trata. Mientras esté Fidel todo irá bien. Sus discursos crean realmente la conciencia revolucionaria, y se hace lo que haya que hacer. Es fantástico ver cómo, al progresar, el proceso revolucionario transforma a una capa tras otra de la población. Y siempre está la personalidad antiburocrática de Fidel y su manera de hacer las cosas, de lograr que se hagan, sin papeleo y sin demora, en una forma totalmente práctica e inmediata.

Siempre ha sido un hombre extraordinariamente valeroso e inteligente. En la etapa de incubación y en la fase insurreccional de la revolución dudamos que hubiéramos podido valernos sin él. Si no hubiera estado aquí, si no hubiera hecho y dicho lo que dijo e hizo, la historia de Cuba habría sido otra. No hay duda de que es uno de los pocos hombres que han decidido la dirección de los acontecimientos en el siglo XX. En muchas ocasiones, en aquellos días, meses y años pasados, él era la revolución.

Pero sabemos que no puede seguir siendo la revolución por mucho

tiempo: hay demasiadas cosas que hacer. Los acontecimientos se acumulan demasiado rápidamente. El frente tiene ahora demasiados lados. Todo está atravesando una etapa nueva y diferente.

## VII

Todo revolucionario se enfrenta al hecho de que ninguna revolución puede durar eternamente. Tarde o temprano tiene que reconocer el hecho de que hay una nueva etapa, una vez pasada la fase en que todo era blanco o negro. Llega el momento en que no se puede seguir "acampados", cuando las sencillas y heroicas virtudes no bastan, aunque sólo sea porque el pueblo, por heroico que sea, se cansa. Los terribles problemas de la consolidación y de llevar adelante los beneficios de la revolución son problemas distintos de los que suponía la etapa insurreccional. Y en nuestro caso, en el caso de Cuba, estos nuevos problemas son mucho más difíciles que el estar acampados en la Sierra.

Por la época en que se produce nuestra revolución, no sólo tenemos que vencer las dificultades cubanas, sino también las dificultades y confusiones mundiales. Por las peculiaridades de la vieja economía cubana quizá sea necesario, para superar esas dificultades, lograr una posición internacional más operante que la que estamos asumiendo ahora. Ya veremos. ¿Pero vas a hacer algo para ayudarnos?

Mientras tanto, tienes que hacerte a la idea de qué tipo de hombre es Fidel Castro y qué clase de hombres son los 40 y pico de comandantes y los 200 capitanes y el Consejo de Ministros —todos los que integran el gobierno revolucionario de Cuba—: qué tipo de hombres son realmente. Respetan verdaderamente al pueblo y creen realmente en el pueblo. No se trata de una idea romántica: éste es el pueblo —pensamos los revolucionarios— y confiamos en él; éste es el pueblo y puede aprender muy rápidamente lo que hay que hacer.

Suponemos que algunos de ustedes se atemorizan un poco, al principio cuando menos, al ver este contacto revolucionario de un

pueblo revolucionario con sus líderes revolucionarios. En los Estados Unidos no lo han visto nunca, hace mucho tiempo.

Probablemente esto funciona tan bien porque Cuba es un país pequeño y compacto. Quizá no funcionaría en absoluto y se convertiría en otra cosa, en algo funesto, si se produjera en un país grande y organizado como el tuyo. Lo único que sabemos es que aquí funciona.

Los que ahora tienen el mando, como ya hemos dicho, son custodios mientras los cuadros jóvenes crecen y asumen el poder. Sin embargo, podrías decirnos, los que ahora tienen el mando están adiestrando a los cuadros. Es cierto, pero los cuadros también se están autoadiestrando, aunque sólo sea porque no todo está muy bien ni muy estrictamente organizado. Además, todos nosotros, jóvenes y muy jóvenes, nos estamos formando con el mismo ímpetu y el impulso del proceso revolucionario y todas las nuevas instituciones que la revolución crea semana a semana.

¿Son, pues, nuestros comandantes dictadores militares?, ¿jefes totalitarios? Cualquiera que sea tu opinión, para nosotros estas palabras son abstracciones sin sentido. Tienen el poder económico y el militar en sus manos; poseen además todo el poder político, incluyendo lo que tú llamas apelación judicial. Si hay dificultades en torno a algún problema de la tierra, cualquier diferencia de opinión respecto de estos asuntos, la cuestión va a sus oficinas y la resuelven de inmediato. Así tiene que ser: tenemos que sembrar esa tierra.

La idea abstracta de una dictadura totalitaria está muy lejos de las realidades de la actuación de estos hombres y del comportamiento del pueblo con ellos. Trabajan y viajan por tierra y por aire en las zonas del INRA sin guardias, y en todas partes son acogidos con la mayor familiaridad, con genuino afecto imposible de simular. En el sentido más idealista del término, ésta es una “dictadura del pueblo”. Nadie considera necesarios tus “mecanismos de control popular” porque lo que están haciendo estos hombres está obvia, inmediata y plenamente de acuerdo con los intereses y las necesidades del pueblo en general. ¿Quién puede sostener que no son hombres buenos cuando los resultados de sus actos son tan inmediatamente benéficos?

Sobre todo, creemos que ni Fidel Castro ni ningún otro de nuestros líderes revolucionarios hará uso de la fuerza para mantenerse en el poder. En este momento, obviamente no sería necesario, por eso los revolucionarios nos preocupamos tanto por el bienestar inmediato del pueblo. No estamos sacrificando a una generación en aras de las generaciones futuras. Piensa en las playas públicas; piensa en los moteles y las demás cosas útiles que estamos construyendo; piensa en las granjas y gallineros modernos: no son regalos aparatosos sino servicios productivos. ¿Quién puede sostener que no sea bueno que esta gente que vivía en las guardarrayas, sin un pedazo de tierra, sin trabajo y sin salud, sin ninguna esperanza para el futuro, con un porvenir de miseria mortal, viva ahora en nuevos hogares rurales, con piso de azulejo, duchas y servicio sanitario y agua filtrada? Son ellos los que están produciendo los pollos, y esto tiene tanto que ver con nuestro "totalitarismo" como la noción política abstracta de dictadura.

Recuerda que no estamos haciendo una industrialización forzosa, del tipo estalinista. Recuerda también que el consumo, en nuestra isla semitropical, es muy flexible: podemos vivir con menos, si es necesario. Recuerda, por último, que somos más afortunados que lo que fueron los rusos y los chinos, porque ellos pueden ayudarnos económicamente.

Nuestra falta de sistema político ha estado funcionando en una forma muy directa y democrática. No sabemos qué quieres decir con la palabra "democrático", pero si lo que estamos haciendo no es democrático no queremos democracia. Y si identificas la "sociedad libre" con lo que hay en Norteamérica, entiende que nosotros no la identificamos. Hemos intentado ese tipo de sistema político en Cuba. Quizá con ustedes funcione, eso es cosa de ustedes; con nosotros no funciona.

No somos tan dogmáticos como muchos de ustedes. No somos de los que afirmamos que sólo en un sistema determinado, como el que ustedes tienen, pueden ser libres los hombres. Podemos imaginar que, en el futuro, habrá verdadera libertad en la Unión Soviética, pero no se trata de eso.

Debías saber ya que nuestra vieja política es una de las razones fundamentales de que ahora no pensemos demasiado en la

“política”, y no queremos pensar: cuando pensamos en la política nos acordamos de la corrupción del antiguo congreso y de cómo los senadores y representantes se hacían ricos mientras nosotros nos pudríamos. Ésa era la política de los ladrones, los tiranos y los ricos, pero no nuestra política. Y esa política se cubría con la máscara de la “democracia”, no lo olvides. Existían todos los ornamentos —Constitución, partidos, elecciones—, pero no eran sino una gran fachada, tras de la cual no había libertad y ni alimentos. Por eso pensamos, naturalmente, que todo ese sistema es una tontería y esta idea se confirma con nuestro juicio del sistema democrático norteamericano basado, no lo olvides, en lo que ha significado para los cubanos.

## VIII

El problema de nuestro sistema político es, por supuesto, el problema de la libertad, de su sentido y sus condiciones. No sabemos las resoluciones a todos los problemas; como mucha gente, e incluso algunos políticos, estamos reflexionando sobre ellos. Pero la verdad es que los teóricos que nunca han actuado políticamente no van a resolverlos. Y los políticos de las naciones superorganizadas, como los Estados Unidos y quizá la Unión Soviética, tampoco van a resolverlos.

El problema de la libertad es una cuestión última. Nadie lo ha resuelto realmente y nadie va a resolverlo definitivamente. Por su propia naturaleza, es permanente. Su solución es precisamente esa permanencia.

Considerando de donde venimos y las condiciones que ahora confrontamos, en nuestra situación tenemos que empezar antes de seguir adelante, y esto requiere y seguirá requiriendo por algún tiempo la revolución. La revolución es una liberación del viejo orden: es la destrucción de las principales instituciones y de la psicología del viejo régimen y, además, el surgimiento de muchas actitudes nuevas. Y éste es nuestro peligroso camino.

En todo el mundo hay políticos y pueblos que acaban de salir de una situación de falta absoluta de libertad política, la más terrible, de la miseria social y de la esclavitud económica y la miseria biológica; y son ellos los que, en el mundo entero, están buscando nuevos caminos hacia nuevos tipos de libertad. Son caminos peligrosos, pero son también rutas posibles hacia la libertad. Por eso son tan peligrosos.

Y eso es algo que ustedes en los Estados Unidos —gobierno y pueblo— no están haciendo. Ni tus líderes ni tu pueblo lo consideran necesario. Suponen que ya tienen esa libertad. Y más bien habría que decir que la tuvieron en una época.

No queremos, sin embargo, discutir eso. Sólo lo planteamos para sugerir que los políticos, los funcionarios y muchos intelectuales yanquis, por su provincial y limitada afectación, tienen tanta dificultad para entender cómo somos y contra qué luchamos los pueblos como el nuestro. Lo que nos interesa es la búsqueda de nuevos caminos hacia nuevos tipos de libertad, y nos enfrentamos a obstáculos tales como los fundadores de la República yanqui jamás imaginaron ni vieron en sus pesadillas.

Con nuestra acción vamos a resolver estos nuevos problemas de nuevas libertades bajo nuevas condiciones o vamos a destruir toda posibilidad de que resurjan los viejos problemas. Y ahí está el peligro: que no tengamos la imaginación o el valor —y va a hacer falta mucho de ambos— para evitar caer nuevamente en los viejos sistemas de evadir los problemas, diferirlos, disimularlos o construir una brillante fachada para la implantación de las más sutiles tiranías jamás conocidas por el hombre.

Sabemos que si hemos evitado la antigua y estúpida dictadura militar latinoamericana no hemos evitado con ello los peligros de toda dictadura. Sabemos que, aunque estamos librándonos de la dominación económica extranjera, no hemos evitado los peligros del imperialismo. Hay muchas formas de dictadura; hay muchos tipos de imperialismo. Pero también hay muchas clases de libertad y diversos caminos para alcanzarlas, no uno solo y obvio. Tenemos que encontrar, tenemos que inventar en la práctica, el camino cubano hacia la libertad de Cuba.

¿De quién o de qué podemos aprender? Antes que nada, por supuesto, de las nuevas experiencias de Cuba. ¿Pero no nos brinda ninguna lección la historia, a nosotros, al Movimiento 26 de Julio, a Cuba? En la medida en que realmente triunfamos, la historia no ayuda mucho, porque lo que haremos será nuevo.

Naturalmente, la historia ha dejado señales en los caminos; señales que advierten los callejones sin salida, los caminos impracticables para el vehículo cubano, los caminos borrados y no reconstruidos. La mayoría de las llamadas lecciones de la historia son lecciones objetivas. Son preceptos que indican lo que no hay que hacer, pero aun éstos carecen frecuentemente de sentido.

Sin embargo, los revolucionarios tienen que tratar de utilizar los mensajes de la historia. Creemos haber sacado ya una válida conclusión: no podemos aprender mucho del sistema yanqui. Para el pasado cubano, el sistema norteamericano significó el dominio económico de las compañías y la pobreza de los cubanos y todo lo demás; para el presente cubano significa una fuerza contrarrevolucionaria que se opone a nuestra revolución cubana. Para el futuro cubano no significa nada prometedor. El sistema norteamericano no es exportable a Cuba; sus resultados en los Estados Unidos, como quiera que se juzguen, no son exportables a Cuba.

No creemos que un Congreso, un sistema bipartidista y elecciones cada cuatro años sean los caminos únicos e indispensables hacia la libertad. Tampoco pueden creerlo ustedes, ni nadie. Creer que sólo eso equivale a la libertad es ser un idiota que cae en las abstracciones, un provinciano sin sentido histórico y un pesimista sin excusa.

## IX

Podrías preguntar si tenemos plena conciencia de las revoluciones anteriores. Si conocemos realmente el peligroso camino de toda revolución en una nación hambrienta.

Confiamos en que los miembros del gobierno revolucionario se preocupen cada vez más por eso. Debes comprender —piensa en nuestra situación— que estamos haciendo la revolución desde 1953 y que no hemos tenido tiempo para leer ni para estudiar como hubiéramos debido. Casi todos hicimos nuestras lecturas antes de 1952 o 1953 y muy pocas después; no tenemos mucho más de 30 años, no se te olvide. Pero ahora estamos tratando de ponernos al día. Después del trabajo, muchos dedicamos dos o tres horas al estudio. También queremos viajar a otros países. Ésta es una de nuestras principales preocupaciones.

Debemos suplir nuestra falta de conocimientos con lógica. ¿Qué otra cosa podemos hacer? Pero quizá fue mejor nuestra ignorancia: si Fidel hubiera sido un general del ejército no hubiera podido hacer lo que hizo. Su misma falta de experiencia fue muy valiosa. Algunas veces los conocimientos o la experiencia misma son muros que detienen a la gente, en vez de puntos de partida. En nuestro caso, tal como somos, es un punto de partida.

Mientras tanto, nos parece que debemos demorar el establecimiento de un sistema político determinado; el problema es saber hasta cuándo será válida esta política. Y la respuesta es: cuando el pueblo cubano no tenga que preocuparse ya de los grandes problemas de la defensa militar y la seguridad económica, los revolucionarios sabremos, como lo hemos sabido antes, lo que quiera el pueblo. Cuando llegue el momento se palpará en el aire, se podrá sentir, pesará sobre nosotros. Éste es un gobierno muy cercano al pueblo. No lo olvides. Ésta es la pura verdad de la Revolución cubana.

¿Cuál será, sin embargo, ese sistema? Nadie puede responder por ahora. Aunque creemos que, cualquiera que resulte ser nuestro sistema político, no se parecerá a ningún sistema político conocido. Esto es así, en primer lugar, por la personalidad de Fidel: no conoce límites, tiene una auténtica originalidad. El nuestro será un sistema sencillo, flexible, práctico; estamos seguros de ello. Y tomará plenamente en cuenta la opinión popular. Creemos, naturalmente, que las minorías deben tener medios para expresar sus opiniones. ¿Qué es un sistema político sino una forma de proteger las opiniones minoritarias? De otra manera es una dictadura; eso lo sabemos los revolucionarios cubanos. Debemos conocer las

opiniones del pueblo, no simplemente en términos de cantidad, sino de acuerdo con las diversas actividades. El pueblo debe estar representado en función de sus necesidades. Y en nuestro sistema debemos desarrollar una mejor coordinación de los tres poderes tradicionales del Estado.

Nuestra planeación económica y el control de la economía por el gobierno influirán considerablemente en nuestro sistema político. Cualquier economía subdesarrollada en vías de desarrollo nos demuestra de inmediato la necesidad de ese control: evitar el desperdicio de los recursos, aparte de las demás razones. Y la rapidez: hay tanto que hacer y se cuenta, en realidad, con tan poco. El mayor crimen actualmente en Cuba es desperdiciar nuestros recursos, por eso la economía debe ser planeada por nuestro gobierno. Y esto será, naturalmente, un factor determinante de nuestro sistema político, cualquiera que éste sea.

Cuando surja, pues, realmente la cuestión del sistema político esperamos tener algunas soluciones disponibles y hacer algo bueno en el terreno político aquí en Cuba, lo mismo que lo hemos hecho en el económico.

Los revolucionarios cubanos sabemos que, como todos los hombres que han hecho cosas como las que hemos hecho nosotros, no somos ya "hombres corrientes". Somos también una especie de símbolo. Debemos responder a este símbolo; estamos obligados a actuar de acuerdo con ese símbolo. No podemos controlar el símbolo en que nos hemos convertido —está en manos de muchos—, pero todo acto, toda declaración, toda decisión que tomemos afecta y afectará al símbolo. Y ese símbolo —la Revolución cubana— es importante, no sólo para Cuba sino para todos los pueblos del bloque de naciones hambrientas. Debemos actuar ahora con plena conciencia y continua preocupación apasionada por todos los peligros a los que se enfrentan los pueblos del bloque de naciones hambrientas.

Por lo que ya hemos hecho, independientemente de lo que pueda suceder después, estamos seguros de que "la historia nos absolverá". Pero ni la historia ni nuestras biografías individuales están todavía consumadas y sus relaciones mutuas están aún en difícil equilibrio. Estamos cobrando conciencia de esto a medida que nuestra revolución marcha adelante. Ni tú ni nosotros ni nadie puede saber

todavía si vamos a estar a la altura de las terribles y gloriosas responsabilidades que nos han tocado.

La revolución no es una forma permanente de la sociedad, lo sabemos bien. Pero esos problemas políticos no son nuestros problemas inmediatos; otros muchos problemas son más inmediatos y urgentes, y están ocupando todo nuestro tiempo. No sabemos por cuánto tiempo vamos a estar fieramente presionados por los acontecimientos, pero es absolutamente obvio que vamos a resolver estos problemas políticos como estamos resolviendo los problemas económicos, sociales y militares de Cuba, a la manera cubana. Ahora estamos peleando por existir. Sentimos que estamos empeñados en una lucha de vida o muerte —con tu gobierno— y que no nos has dejado enfrentarnos a esas preocupaciones institucionales que tú mismo planteas.

He aquí, pues, una última cuestión que ya debes haber comprendido por ti mismo: el gobierno norteamericano y los monopolios yanquis son en gran medida los responsables de estas "presiones de los acontecimientos" que nos impiden pensar demasiado acerca de nuestro futuro sistema político. Y si mantienes y aumentas esta presión no tendremos muchas oportunidades para establecer el sistema político que nos dejaría satisfechos. Si nos mantienes al borde de la defensa militar, tendremos que militarizarnos; si sigues tratando de perjudicarnos económicamente, tendremos que dedicar mayores energías a la mera existencia económica. En cualquiera de los dos casos, pues, tendremos menos energías y menos oportunidades para elaborar un sistema político. Piénsalo, yanqui. Quizá entonces, si tienes algún sentido político, sabrás lo que tienes que hacer.

## VII. LA CULTURA EN CUBA

SOMOS una generación de revolucionarios activos, pero, al ir haciendo nuestra revolución, hemos comenzado a descubrir la necesidad de prepararnos intelectualmente. Conocemos la necesidad de un verdadero trabajo intelectual y para ello estamos desarrollando nuestras capacidades. Hemos comprendido la necesidad inmediata de una seria labor de planeación y organización, pero más aún: nuestra preocupación, nuestra inquietud, nos ha llevado a descubrir la necesidad de un desarrollo total de nuestras capacidades intelectuales y morales.

Nuestra revolución es extraordinariamente curiosa. En la vieja Cuba estábamos contra la mediocridad intelectual, pero en la primera etapa, en la lucha armada, nosotros mismos carecíamos de verdadera fuerza intelectual. El pueblo sólo veía entonces en nosotros el heroísmo, a los barbudos de elevados sentimientos; no veían nuestra profunda vocación intelectual. Pero es muy importante comprender, a medida que avanza la revolución, cómo nuestra preocupación por la creación intelectual —tan típica del mundo moderno— avanza también. Y cómo se está profundizando en Cuba.

El intelectual busca la verdad: el verdadero intelectual está en contra de todo lo artificial; también la revolución destruye el mero artificio. Creemos, pues, que sólo en una época revolucionaria pueden realizar los intelectuales su verdadera labor y que sólo mediante el esfuerzo intelectual pueden triunfar realmente los revolucionarios. En este sentido, creemos que la más real de todas las grandes revoluciones es la nuestra. La Revolución cubana fue iniciada, más que ninguna otra, por jóvenes intelectuales; se debe, en considerable medida, a preocupaciones de carácter intelectual.

Teniendo en cuenta cuántos cubanos son todavía analfabetos, y que apenas estamos fundando escuelas primarias, pensarás quizá que estamos locos si te decimos que nuestra meta es establecer en Cuba

la mejor intelligentsia del continente americano y hasta del mundo entero. Pero lo decimos muy en serio: en nuestro sistema educativo vamos a reunir a todos los niños de los rincones más pobres y analfabetos de Cuba —todo ese talento hasta ahora desperdiciado— y con ellos vamos a establecer en Cuba una vida intelectual y cultural tal como no la sueña ya casi nadie en el mundo.

Creemos que, más pronto de lo que podría esperarse, el problema cultural será central en Cuba, y Cuba destacará más ante el mundo. Por ahora la "cultura" se reduce a la educación, necesariamente en niveles rudimentarios; la "cultura" es fundamentalmente la construcción de un sistema de educación primaria y el rápido adiestramiento de técnicos y personal administrativo menor. Pero aun así nos preguntamos, a medida que construimos las escuelas, qué vamos a enseñar a toda esa gente: ¿cuál va a ser la vida cultural de esos cientos de miles de niños que muy pronto dejarán de serlo?

Pero déjanos decirte primero lo que estamos haciendo, referirte algunos de nuestros problemas y contarte algunos de nuestros planes.

## I

Al lado de la defensa militar y la construcción económica está la labor educativa, nuestra tercera gran tarea para este año. Queremos llevar buenas escuelas, naturalmente, a todos los rincones de Cuba, pero obviamente no podemos hacer todo al mismo tiempo, aunque sólo sea porque tenemos tantos otros problemas que resolver primero. Pero lo que estamos haciendo es resolver algunos de esos "otros problemas" mediante nuestra revolución educativa.

Tenemos, por ejemplo, el problema de la juventud desempleada: muchachos y muchachas de 14 a 18 años que viven en las ciudades, que no han recibido educación y que están ociosos. En mayo de 1960 empezamos a fundar las "brigadas". El muchacho que quiere entrar es sometido primero a un examen médico y después va a la Sierra. Allá escala montañas, pero comienza de inmediato a estudiar

y a trabajar. Cerca de 2 000 muchachos asisten allí a la escuela actualmente y en año y medio habrá unos 80 000 jóvenes en las brigadas.

Debes comprender que estos muchachos nunca han tenido oportunidad de estudiar, que son demasiado grandes para asistir a la escuela primaria con los niños y que no tienen empleo. Por eso les estamos enseñando, a algunos, el manejo de la maquinaria agrícola, a otros a desinfectar los campos sembrados, por avión o por otros medios; tenemos también una escuela especial para técnicos y otra para los que quieran recibir instrucción forestal, ya que estamos emprendiendo un amplio programa de cuidado forestal.

También hemos creado brigadas femeninas. La primera escuela para ellas ya está funcionando. Muchos miles de muchachas serán necesarias porque, como se verá, vamos a fundar guarderías infantiles en toda Cuba; entonces los hijos de los trabajadores y los campesinos recibirán atención en esas guarderías. Las muchachas de las brigadas, que estudian por la tarde, organizarán y dirigirán las guarderías. Harán ropa, además, para todos los niños y para los miembros de las brigadas, muchachos y muchachas. Antes las muchachas pobres del campo sólo podían ir a los bares —y muchas caían después en la prostitución— o entraban como sirvientas en las casas ricas, pero ahora van a la escuela y a las brigadas juveniles. Esto es un remedio temporal, para salvar a esta generación, porque en el futuro habrá escuelas regulares para todos los niños de Cuba.

Mientras tanto, la brigada resuelve diversos problemas de esta juventud de inmediato perdida: les da la oportunidad de recibir cierta educación que jamás habían soñado; ayuda a resolver el problema general del desempleo de una manera útil porque trabajarán por la mañana y asistirán a la escuela por la tarde; evita la vieja “solución” de la delincuencia para esta juventud y, por supuesto, ayuda a construir la economía y las instituciones educativas de Cuba.

Hemos establecido también un sistema de enseñanza voluntaria. En el antiguo régimen, las maestras eran de las ciudades y no iban a los

distritos rurales. Ahora hemos incorporado a muchachas del campo dentro de nuestro nuevo sistema de formación de maestras, pero de inmediato hemos hecho algo más radical: Cuba tiene cerca de 5 000 personas con educación superior que se han prestado a ir a la Sierra como maestros voluntarios. Allí practican durante tres meses; después empiezan a enseñar. Estos maestros voluntarios han aprendido un nuevo sistema para la enseñanza de la lectura y la escritura. En septiembre de 1960 irán a lejanos lugares de la atrasada Sierra; allí seleccionarán, en el curso de su trabajo, a los niños y niñas más inteligentes para que acudan a las escuelas de las ciudades. Estamos reclutando a nuestra futura intelligentsia en los más remotos lugares de Cuba. No queremos desperdiciar nada de nuestro talento.

Los maestros voluntarios se están preparando ahora en la Sierra. Después de sus prácticas, algunos enseñarán en las brigadas; otros enseñarán a nuestros soldados rebeldes; unos trabajarán con las milicias rurales y otros irán a las escuelas regulares que estamos fundando.

Pero lo que más nos enorgullece son nuestras ciudades escolares en la Sierra. Habrá en total 10 ciudades, una vez que acabemos de construirlas, y unos 20 000 estudiantes en cada una. La primera unidad ya está funcionando. ¿Pero por qué una ciudad escolar? Porque en esas zonas rurales, montañosas, los habitantes están tan dispersos que no es posible realmente construir escuelas regulares en forma conveniente. Así como no pueden hacerse muchas cosas económica y razonablemente si no se cuenta con una unidad mayor, no puede educarse a los niños de la Sierra si no se les reúne y se construye una unidad más amplia, que pueda alojarlos a todos. Por eso estamos haciendo las ciudades escolares; además, como hemos dicho, a los maestros no les gusta ir a los lugares apartados de la Sierra y esto se está resolviendo mediante la ciudad escolar, que tendrá naturalmente todo un ambiente de vida civilizada. Fidel escogió el lugar para la primera ciudad escolar mientras estaba luchando en las montañas y ahora ahí está ya.

Los niños trabajan por las mañanas y estudian por las tardes. Nos parece que a los niños les gusta trabajar en tareas ligeras. Les gusta

saber de dónde viene el arroz que comen; en nuestra infancia, nadie nos dijo por qué teníamos arroz ni de dónde venía. Habrá maestros para enseñar a los niños pequeños y profesores que enseñen a los maestros y estamos disponiendo las cosas de tal manera que los niños mayores puedan enseñar a los más chicos. Los escolares tendrán vacas, ovejas y cerdos y algunos irán a las pesqueras para hacerse expertos en pesca; naturalmente, los niños se ocuparán de sus alimentos, lavado de su ropa, etc. Establecemos también pequeñas industrias para que los escolares puedan pagar así su sostenimiento. Habrá, por ejemplo, una escuela de enfermeras y esas estudiantes de enfermería trabajarán en el hospital que tendremos allí mismo.

Nuestros maestros creen que pueden seleccionar a los niños más inteligentes cuando tengan unos 10 años. En ese momento, pues, serán elegidos los más inteligentes para recibir enseñanza especializada y becas, más tarde, para acudir a la universidad.

Suponemos que ya sabrás que los seis más grandes cuarteles militares del antiguo régimen de Batista y la estación de policía más notoriamente funesta de La Habana se han convertido en escuelas. El antiguo Pentágono aloja ahora al Ministerio de Educación. Y estamos construyendo escuelas rurales, por supuesto, en todos los rincones de Cuba adonde podemos llegar. No hemos terminado: apenas estamos empezando la construcción educativa.

## II

¿Dónde podemos aprender cosas útiles? Muy pronto, por ejemplo, vamos a establecer un plan médico, un programa de salubridad para todo el pueblo cubano. ¿Pueden enseñarnos algo los yanquis en este sentido? No lo creemos. Consideramos que tu sistema médico —tus médicos negociantes, tus laboratorios, tus hospitales ridículamente caros y tus escuelas de medicina para los ricos— es una serie de negocios y de excusas para no implantar un programa de salubridad verdadero, humano y sensible.

¿Podemos aprender de los rusos, en cambio, acerca de la organización de un programa de salubridad? Seguramente que sí. Nos gustaría enterarnos más de su sistema. Pero la realidad es que ya sabemos lo que tenemos que hacer; en pocas palabras, lo que tenemos que hacer es todo lo contrario de los antiguos negocios médicos en Cuba.

En el antiguo régimen, hacía falta estudiar siete años después del bachillerato para ser doctor en medicina y a todos se les llamaba "cirujanos", aunque jamás hubieran visto una operación. Algunas veces llegaban a un pueblo y empezaban a operar de inmediato, a veces sin haberlo hecho nunca antes. No era raro que murieran cuatro de cada cinco casos de apendicitis. Había negocios de abortos, en los que estaban envueltos médicos de La Habana ligados, naturalmente, a los Estados Unidos. Por eso tenemos que ser duros; no queremos más abortos. Expulsaremos simplemente a los carniceros de la práctica médica. Cuando los médicos buenos tenían que operar a una mujer con el útero perforado por un aborto que había producido desgarramientos lo informaban al juez, pero el juez les decía que se callaran, que muchos personajes protegían esta práctica. Si apelaban, no obstante, a los tribunales de La Habana, a los más altos tribunales, nada sucedía. Todo aquí era negocio sucio. Los laboratorios regalaban automóviles nuevos a los médicos que recetaban sólo sus medicinas y algunos médicos eran dueños de la farmacia local, de modo que todo era uno y el mismo negocio. Por eso tenemos que ser duros.

En el antiguo régimen, la carrera de medicina era muy codiciada como una manera rápida de hacerse rico. Un médico podía hacer favores a la gente, curarlos barato e iniciar así una carrera política. Muchos senadores y los alcaldes de los pueblos eran doctores. La carrera de leyes tenía un engranaje semejante.

Pero no creemos que resulte tan difícil establecer un programa civilizado de salubridad. Primero, entiende que la frase "medicina socializada" es un espejismo. En segundo lugar, debes comprender que los médicos no son pequeños dioses de lata, sino individuos altamente especializados en el arte de curar: no hace falta más de cuatro o cinco años después del bachillerato para adiestrar bien a un médico; quizá más para la investigación médica, pero eso vendrá

después. En tercer lugar, hay que establecer un plan que haga llegar los servicios y el personal médico adonde los necesite el pueblo y no sólo en La Habana.

Nuestro principio será que quien gane 1 000 dólares al mes deba pagar unos 200 por una operación, pero el que gane 100 al mes no tenga que pagar nada. Y un médico debe recibir, naturalmente, un sueldo razonable para que pueda ser médico y no negociante con los enfermos.

¿No crees que sea tan fácil? Espérate y verás cómo sí funciona en Cuba. Muchas cosas resultan sencillas en una sociedad civilizada, una vez que uno se libra de las absurdas abstracciones que esconden las verdades económicas de la vida. No tardaremos más de cuatro o cinco meses en poner en marcha nuestro programa médico. Ya hemos hecho los planes, así es que probablemente muy pronto oirás hablar del "sistema médico rojo en Cuba". Cuando eso suceda, acuérdate de los viejos negocios con la medicina —nos dicen que tú todavía soportas algunos, yanqui, ¿por qué no te deshaces de todo eso?—, y acuérdate también de toda la enfermedad y la insalubridad en la vieja Cuba que nadie remediaba.

## III

Ahora, debes darte cuenta de que la vieja Cuba no tenía una verdadera cultura ni una verdadera ciencia y muy pocas instituciones donde pudiera desarrollarse una cultura cubana. Cultural e intelectualmente, así como en lo educativo, éramos una confusa colonia. En cuanto a nuestras instituciones, consideremos brevemente dos de ellas: la prensa y la Universidad de La Habana.

A fines de la década de 1950 había unas 100 estaciones de radio, más de 20 periódicos y unos seis canales de televisión. Entonces la prensa era dirigida por la pandilla gobernante de Batista. Todos esos medios de comunicación tenían una vida muy artificial porque,

naturalmente, no había suficientes recursos en Cuba para mantener a todos esos periódicos y estaciones de radio. Pero no eran vehículos ordinarios de información y entretenimiento; eran manejados por personas que poseían otros negocios y que los utilizaban para proteger sus intereses y, además, Batista los subsidiaba de diversas maneras. Te contaremos un caso:

Había un individuo amigo de Mussolini. Cuando fue derrotado el fascismo italiano vino a América. En la República Dominicana hizo negocios con Trujillo. Salió de allí y vino a Cuba a hacer negocios. A veces tuvo dificultades en Cuba y por eso estableció otros negocios en la Argentina y en diversos lugares. Tenía relaciones con algún general y con la mafia italiana. Compró entonces uno de los grandes periódicos, así como varios canales de radio y televisión. Estableció cerca de 43 negocios en Cuba, desde la venta de automóviles de lujo a los cubanos ricos hasta el contrabando de drogas. Estaba en el mercado negro de dólares. Ahora, por supuesto, hemos descubierto todo su mundo ilegal y la revolución lo ha denunciado; los archivos de todos esos negocios están ahora en el Ministerio de Recuperación de Bienes Malversados, pero ése era el tipo de hombre que manejaba uno de nuestros más grandes periódicos.

En cuanto a la Universidad de La Habana, era una institución prehistórica, llena de todos los viejos vicios de la vieja Cuba. Naturalmente que había excepciones, pero se debían principalmente a los estudiantes, es decir, a pesar de la universidad, no por ella. Como otras muchas universidades de Latinoamérica, no respondía realmente a las verdaderas necesidades educativas del país. La Universidad de La Habana no adiestraba a los técnicos y los ingenieros que Cuba necesitaba realmente, pero tampoco podía hacerlo: no hubiera habido empleo para los graduados aunque los hubiera formado la universidad. Muchos “profesores” no lo eran en absoluto. Eran amigos y parientes de los poderosos a los que se les regalaban esos puestos. Muchos no enseñaban sino que distribuían apuntes mimeografiados o “copias”, como las llamábamos. Había mucha memorización monótona, pero no se aprendía mucho. La verdad es que no era precisamente un centro brillante de la vida

intelectual y cultural de Cuba.

Los periodistas yanquis han escrito mucho acerca de cómo los estudiantes han introducido la revolución en la Universidad de La Habana, pero no han escrito sobre qué se estaba revolucionando: sobre una institución prehistórica. Todo esto tendrá que mejorar en nuestra nueva Cuba. Y lo haremos mejorar. Hemos partido del desorden que heredamos y de cero cultura en Cuba. Crear verdaderas instituciones culturales e intelectuales es una de nuestras mayores y más difíciles tareas. Esto va ligado, por supuesto, a nuestra necesidad de personal administrativo y técnico en la nueva Cuba. Pero queremos mucho más: queremos poesía además de física. Y sabemos que no se puede planificar la producción de los poetas como la formación de ingenieros; lo único que puede hacerse es planear y construir instituciones culturales y esperar que los poetas y los ingenieros se desarrollen en ellas y hagan gran labor.

Como nuestra revolución, ya te lo hemos dicho, se hizo sin un largo proceso revolucionario, nos falta personal capacitado y probado. Si se añade a esto lo inadecuado de las instituciones educativas y culturales en la Cuba prerrevolucionaria, se empieza a comprender nuestro problema. Pero piensa, además, que todo esto contribuyó a la revolución. Algunas veces los ingenuos pueden descubrir la verdad mejor que los supersofisticados. Pero nuestra necesidad máxima es formar a las generaciones futuras para que puedan resolver sus problemas. Sólo una pequeña minoría fue a la vieja universidad y allí nadie les enseñó a descubrir las realidades de Cuba ni del mundo, por eso tenemos ahora este importante problema de personal. Pero lo resolveremos. La realidad y las dificultades cubanas se deben en parte al fracaso total de la educación en la vieja Cuba. Tomemos, por ejemplo, el procedimiento para seleccionar maestros de bachillerato. Antes de la revolución no había exámenes de oposición y era cuestión de influencias o de suerte llegar a ser profesor. Los requisitos estrictamente académicos han tenido que ser reducidos por el gobierno revolucionario, así como los requisitos para inspectores de escuelas primarias. No hay suficientes profesores para ocupar

cátedras en la universidad; quizá no haya más de una docena de verdaderos profesores universitarios en Cuba. Ahora estamos tratando de traer profesores de otros países latinoamericanos y técnicos de Polonia y otros lugares. Debes comprender que la falta de personal es característica de todos los países con condiciones políticas y económicas como las de Cuba. Por eso algunos piensan, justificadamente, que estamos haciendo una revolución muy primitiva y por eso los impulsos de la emoción popular se imponen a todo lo demás.

## IV

Sabemos que, para cualquier país culturalmente pobre como Cuba, este problema del establecimiento de instituciones culturales es un esfuerzo terriblemente importante y peligroso. No creemos, por lo demás, que nadie haya resuelto realmente en el mundo el problema de crear las mejores condiciones para el desarrollo del arte, la literatura y la cultura en general.

Por una parte, está la forma capitalista. La cultura es un producto comercial. Si se vende, se produce: cuadros, o jabón, o un curso de instrucciones para cambiar los pañales de los niños, o poemas, o telenovelas. Quizá alguna rica institución favorezca la cultura, en el mejor de los casos. Pero no hay un plan, una verdadera institución de esfuerzo cultural, excepto las instituciones comerciales. Nosotros no podemos seguir ese camino; necesitamos demasiado la cultura y no podemos permitirnos el lujo de desperdiciar el talento y los recursos que tenemos.

Por otra parte, está la forma soviética: el control estatal o del partido sobre toda la actividad cultural, directa o indirectamente. Quizá esto convenga a la ciencia y la tecnología —en este aspecto no difieren tanto de tus propias instituciones científicas y tecnológicas—, pero no creemos que haya producido muy buena poesía. Parecen estar mejorando, pero no lo suficiente para nuestro gusto. Nosotros queremos algo más: queremos que nuestras nuevas instituciones culturales sean parte de nuestra revolución y, como la

revolución misma, queremos que sean libres y útiles, hermosas y dinámicas. Ahora estamos considerando todo esto, discutiendo con calma este gran problema social de la cultura, el arte, la literatura, el cine y cómo hacer algo que valga la pena con la televisión.

Como en todo nuestro pensamiento, partimos de la necesidad de consolidar nuestra revolución, de protegerla contra lo que pueda amenazarla. La única consolidación real y verdadera, naturalmente, es la creación por la revolución misma de nuevos tipos de hombres y de mujeres. Y aquí surge el problema de la cultura. La revolución debe crear un orden social que no se vea amenazado por las viejas opiniones reaccionarias. Y estas viejas opiniones han sido apoyadas, con frecuencia, por el arte y la cultura —los prejuicios raciales, por ejemplo—. Independientemente de lo que se piense sobre el arte libre, nos parece que ningún arte puede ser libre y eficaz en una sociedad que no es libre, y esto significa para nosotros una sociedad sin privilegios. Nos preguntamos, pues, si en una revolución no debe participar el arte en esta lucha por lograr y consolidar una sociedad libre. Y, como revolucionarios, nos preocupa que el arte pueda llegar a perjudicar a la revolución. Quizá tengamos que limitar, en ese caso, la expresión artística.

No olvides que ésta es sólo una parte de nuestro pensamiento; en seguida te expondremos la otra parte. Simplemente estamos pensando francamente y en voz alta contigo. No olvides que, por encima de todo, somos revolucionarios, que hemos luchado duramente y que hemos ganado duras batallas. Debes comprender también que, al actuar en este drama revolucionario, llenas las manos de grandes labores y la mente de grandes objetivos, pensábamos también en los héroes, en nuestros hermanos caídos. Toda esa tragedia y gloria humanas de la revolución y la humanidad esencial de nuestra lucha y los frutos humanos de esa lucha, una vez realizada: todo esto podría ser objeto del arte y la literatura. ¿Por qué no habría de reflejar todo esto el arte, en sus diversas formas de expresión, para las presentes y las futuras generaciones? ¿No es el arte un instrumento de formación de la conciencia del hombre? ¿No sirve de esa manera a la humanidad? Y los revolucionarios queremos que la humanidad conozca lo que

hemos hecho y lo que estamos haciendo.

¿No debe el arte rendir su tributo a la revolución? Pero también nos preguntamos si la revolución, especialmente nuestra Revolución cubana, no debe también rendir su tributo al arte. ¿Y cuál es ese tributo? ¿Cuál debe ser?

¿Comprendes ahora el problema de la cultura en Cuba? Queremos una manifestación absolutamente libre del espíritu humano. Ése es nuestro fin. Queremos una intelligentsia grande y absolutamente libre. Allá en la Sierra, nadie nos dijo en qué forma debíamos actuar. Igualmente, los artistas deben escribir y pintar libremente. Los revolucionarios hemos respirado esa libertad; para nosotros no es una abstracción. Es lo que hemos respirado en la calle, en las montañas, está por todas partes en Cuba, por dondequiera que está la revolución.

Pero en un periodo revolucionario ¿cuáles son las condiciones que puedan permitir el florecimiento de una cultura plenamente libre? ¿Existen o pueden existir tales condiciones en una revolución? En primer lugar, está la lucha interna de intereses: la revolución y la contrarrevolución. Está, además, la amenaza exterior: la contrarrevolución con que nos amenaza tu gobierno. Esto crea una gran tensión en la mente y en el ánimo y, en medio de esta tensión revolucionaria, es difícil establecer las condiciones para una cultura absolutamente libre. He aquí nuestro gran dilema.

Quizá sólo haya una respuesta posible: en la medida en que la revolución se sienta menos amenazada, más pura será la libertad de expresión en Cuba. Cuando no sintamos ya que tenemos que luchar por la existencia, entonces —y en esa medida—, podremos pensar en la libertad de cultura y de expresión. Tenemos fe en que la Revolución cubana encarna la libertad plena, una libertad que no habían conocido antes los seres humanos. A medida que tengamos que luchar menos por la simple existencia, podremos plantearnos más libremente cómo queremos vivir y prevalecerá una atmósfera tal que puedan ser muy diversas y libres las respuestas a esta interrogación definitiva y puedan ser consideradas, discutidas y analizadas por todo el pueblo de Cuba. Si ésta no es una buena respuesta al problema de la cultura, es la verdad de nuestra circunstancia, nuestras preocupaciones y nuestras esperanzas.

# V

Te hablaremos ahora de una esperanza que no todos, pero algunos de nosotros, abrigamos. Queremos convertir a la Cuba revolucionaria en un verdadero centro intelectual y cultural del mundo. Sabemos que toda nueva manifestación cultural debe pertenecer hoy a la cultura universal; que no puede producirse una verdadera vida intelectual si se limita la mente humana; que el arte no puede tener valor auténtico y perdurable si no se expresa en un lenguaje universal. Dios sabe que en Oriente y Occidente hay bastantes restricciones, bastante pereza proveniente de actitudes estereotipadas. Queremos destruirlas, y la única manera de hacerlo es abrir un verdadero foro mundial, plenamente libre. Al consolidarse nuestra revolución, ese foro será la vanguardia de nuestra sociedad. Será el semillero del futuro; será el clima en donde puedan formarse nuevas inteligencias y resolver problemas que ni siquiera nos planteamos todavía.

¿Por qué no hacerlo, pues, directamente como hemos emprendido la construcción económica y educativa y todo lo demás? Estamos pensando en la fundación en La Habana de una universidad con profesores del mundo entero. Queremos oír, en esas nuevas aulas del saber, a un miembro del Partido Comunista chino discutiendo con un miembro del Partido Republicano de los Estados Unidos acerca del significado de la libertad; que un economista polaco discuta con un economista cubano los problemas de la colectivización de la tierra; que un experto petrolero mexicano discuta los problemas de la nacionalización de los recursos del petróleo con un experto venezolano, empleado de la Standard Oil de Nueva Jersey; que un laborista británico discuta con un político yugoslavo todo lo que se les ocurra discutir. Y grabarlo todo. Publicarlo en los periódicos de Cuba, hacer traducciones para la prensa de todo el mundo, recogerlo en libros. Hacer de la vida intelectual de Cuba un verdadero foro internacional y libre para toda la opinión mundial, para todos los campos de estudio, arte, criterios y sentimientos.

Los yanquis tienen miedo de los “comunistas” y por eso sus universidades no son realmente libres. Los rusos tienen miedo de los “anticomunistas” y por eso sus universidades no son realmente libres.

Los cubanos no tenemos miedo de ninguna idea: por eso vamos a ser realmente libres. Queremos una universidad en la que no haya histeria acerca del comunismo ni del anticomunismo. Éste es un paso urgente, que debe ser inmediato en la Revolución cubana. Es urgente en Cuba porque necesitamos ayuda técnica en nuestros esfuerzos educativos y culturales; y es urgente para las relaciones de Cuba con el mundo entero porque todavía no se nos ha comprendido bien.

¿Quién podría decir, si lográramos hacer esto, que la Revolución cubana no establecía una nueva zona de libertad en América? ¿Cómo podrían prevalecer las pequeñas mentalidades de estrechas opiniones, formadas después de todo en la vieja Cuba, con toda su rígida estupidez, su dogmatismo y su provincialismo, si se creara este centro cultural e intelectual? ¿Quién podría decir, si se creara en La Habana una Universidad semejante, que esta época de veracidad iba a terminar en Cuba con una época de mentiras?

Para concretar: ¿cómo podríamos hacer que vinieran profesores a Cuba por uno o dos años? Naturalmente, les pagaríamos un sueldo regular por su trabajo; pero sabemos que en todas partes la gente que vale está ocupada y que resulta difícil empacar y marcharse a otra parte por uno o dos años. Les ofreceríamos, pues, alicientes especiales.

¡Fundaríamos, para esos profesores, una pequeña ciudad internacional!

Así hacemos las cosas los revolucionarios cubanos. Quizá podríamos alojarlos a todos en uno de los grandes hoteles, el Riviera por ejemplo. Pondríamos allí un kindergarten y una escuela primaria multilingüe para sus hijos y para los hijos de los profesores cubanos. En las aulas y fuera de ellas colocaríamos esos equipos de traducción simultánea de las Naciones Unidas y brindaríamos a

todos los que no conocieran el español un instructor por un par de horas diarias al principio, y naturalmente tendríamos clases de diversos idiomas para los que se interesaran. Son ilimitadas las oportunidades para todos en los diversos aspectos que comprende este proyecto.

Sin embargo, los que tienen en mente este proyecto deben enfrentarse a un problema: ¿vendrían los profesores, intelectuales y artistas yanquis? ¿"Reconocerían" los economistas yanquis a los principales economistas chinos para discutir con ellos los problemas económicos mundiales? ¿Vendrían algunos de los mejores intelectuales norteamericanos —los que haya si es que hay— a la "peligrosa Cuba roja"?

Naturalmente que podríamos prescindir de los yanquis, pero sería muchísimo mejor que vinieran. Queremos que el foro sea verdaderamente internacional. Creemos que los rusos y los chinos y otros muchos se alegrarían de participar. ¿Lo harían los yanquis?

En realidad, esto costaría bastante, aunque no tanto como podría pensarse. Hay mucha riqueza en los Estados Unidos; en las fundaciones, por ejemplo. ¿Por qué no nos ayudan a hacer esta gran obra? ¿No ven que tenemos un problema cultural y que podrían ayudarnos a resolverlo?

## VI

¿Por qué no nos ayudan, algunos de ustedes, a resolver este problema terriblemente importante de la cultura en Cuba? ¿Por qué no lo hacen, en nombre de la verdad, la bondad y la belleza?

Nuestra revolución está entrando ahora en la etapa en que más se necesita la alta calidad intelectual. Quizá ahí está el peligro, pero también nuestra gran oportunidad. Necesitamos la ayuda práctica de los intelectuales de todo el mundo. Lo único que pedimos es que sean observadores honestos y pensadores rectos y que traten de comprendernos y de comprender a nuestra revolución, en función

de la revolución misma primero y después en función de lo que les parezca.

Muchos jóvenes asumen ahora, entre nosotros, grandes responsabilidades. Lo que hagan o dejen de hacer puede determinar, en verdad, el futuro de Cuba. Ellos lo saben y saben también que con frecuencia no están bien preparados, pero están ansiosos por aprender, están abiertos para recibir esa preparación. Pronto podrán prepararse en las instituciones educativas y culturales de Cuba, cuando éstas se establezcan.

Podrían ayudarnos en su establecimiento. En esa ayuda podría residir la diferencia entre una época de veracidad y una época de mentiras. Pero los intelectuales norteamericanos no hacen nada. No les interesa; vacilan. ¿No ven que pueden actuar por su cuenta, que no tienen que esperar el permiso del gobierno norteamericano ni las becas de la Fundación Ford? ¿No saben que como intelectuales son hombres libres que pueden venir a Cuba y hacer una gran labor? ¿No saben que así aprenderían mucho más de lo que podrían enseñar?

¿O es que no quieren competir intelectualmente con el resto del mundo? Cuando algunos jóvenes campesinos cubanos regresaron del Congreso Latinoamericano de Juventudes en La Habana iban sorprendidos de todo lo que sabían los jóvenes de otros países, pero los jóvenes de tu país ni siquiera estuvieron allí. Quizá los estudiantes universitarios norteamericanos no tengan nada que decirnos, ni nada que decir a los demás pueblos, que valga realmente la pena y quizá lo saben. Nosotros vamos a aprender de quienes podamos; si no es de ustedes, de otros.

El mundo es grande, yanqui. ¿Por qué no sales un poco a ese mundo? Con la inteligencia, no sólo con el dinero y las bombas y los gritos autocegadores de los anticomunistas que no distinguen a un yugoslavo de un chino. ¿Conocen acaso tus estudiantes la diferencia entre estos dos sistemas? ¿Podrían escribir una docena de páginas legibles acerca de ello? ¿Podrías hacerlo tú, quienquiera que seas?

Ésos son los problemas que nos interesan y que interesan a la mayoría de la juventud del mundo en la actualidad; es decir, a la

juventud de las naciones hambrientas. Tú también formas parte del mundo; ¿es que no te interesa? A nosotros nos interesan todos los movimientos de África y todas las nuevas naciones que están surgiendo por allá. Nos interesa el porqué de los extremos de tremenda pobreza y fabulosa riqueza que existen en el mundo. Nos interesa el debate ideológico entre China y Rusia. Queremos saber exactamente lo que está haciendo Gamal Abdel Nasser en Egipto y lo que empieza a ocurrir en Sudáfrica.

¿No les interesan esos problemas a los estudiantes e intelectuales yanquis? ¿Dónde están tus miles de estudiantes universitarios? ¿No quieren mezclarse con el resto del mundo y enterarse personalmente de las cosas? No lo parece. Al menos, en nuestra ciudad escolar en la Sierra —que, después de todo, es un proyecto estimulante para cualquiera que esté joven y vivo— no vemos estudiantes norteamericanos.

Hubo allí, este verano, unos 250 estudiantes de 45 países, principalmente latinoamericanos, pero también europeos —del Este y del Oeste, por supuesto— que vinieron a trabajar. Se pagaron sus pasajes, teniendo que vender muchos de ellos objetos personales para conseguir el dinero del viaje. El gobierno cubano sólo se encargó de su mantenimiento en Cuba. Teníamos estudiantes de arquitectura de Bogotá, Colombia, y 10 más de Francia y tres o cuatro de Italia. Todos trabajaron duramente, haciendo los cimientos y construyendo las escuelas. Y nuestra capitana —Isabel Rielo se llama y dirige la ciudad escolar— les dio a todos la bienvenida. “Estamos muy contentos —les dijo a estos estudiantes del mundo entero— porque sentimos que ésta es la culminación de todos nuestros años de esfuerzo.”

¿Y dónde estaban tus miles de estudiantes? ¿Dónde estaban, con tanto dinero que tienen? ¿No sienten el estímulo de tantos mundos que se están creando ante sus ojos? ¿O es que nacieron cansados y aburridos y sin tener adónde ir ni qué hacer?

Quizá han leído demasiado de lo que han escrito algunos de tus intelectuales acerca de la Revolución cubana. No nos referimos a lo que publican los periódicos sobre Cuba; eso era de esperarse. Tiene

mucha importancia política, pero ninguna intelectual ni moral. Nos referimos ahora a las reflexiones y reportazgos muy inteligentes y elaborados de los liberales, y especialmente de esos ex radicales que al menos verbalmente siguen fieles a ciertos ideales socialistas, pero que no se atreven a ensuciarse las manos y se niegan a confrontar las cuestiones reales y los terribles problemas que plantea y exige toda revolución en el mundo hambriento: los problemas y las cuestiones a los que tenemos que enfrentarnos los cubanos.

Hemos leído algunas de las cosas que han escrito acerca de la Revolución cubana estos aburridos y "sabelotodo" intelectuales yanquis. La verdad sobre ellos es sencilla: están personalmente afectados por sus propios intentos en el pasado de hacer política en tu país, y ahora viven con estas viejas heridas y éstas los ciegan. Los hacen vivir dentro de sus propias dudas, de sus crueles temores e inclusive de su angustia, porque no pueden comprometerse realmente con nada.

¿Quiénes son ellos para asumir semejante postura ante los hechos de nuestra Revolución cubana? ¿Por qué milagrosa intuición saben que va a terminar en el terror y el sufrimiento, como ellos sugieren? Cuando vienen a Cuba, cuando piensan sobre Cuba, no están pasando por la experiencia de Cuba ni de los cubanos: están volviendo a experimentar, por centésima vez, su propio fracaso como políticos e intelectuales.

Algunos de nosotros estudiamos en los Estados Unidos en la década de 1940 y a principios de la de 1950. Sabemos lo fácil que resulta ser muy agudos, las cabezas llenas de sofisticados errores, con todas esas fastidiosas críticas en tono ligeramente trágico, todo basado en los sueños fracasados de los viejos radicales desilusionados. Y no consideran, ni mucho menos imaginan, sugieren, inventan o plantean otras posibilidades. Ven lo bueno y lo malo, el sí y el no y el quizá, pero no pueden asumir una posición. En vez de ello asumen un tono, pero nunca participan; simplemente son espectadores.

Y como espectadores son condescendientes, con muy pocas razones para serlo; esto nos molesta y luego nos ponemos furiosos por haber dejado que nos moleste. Debíamos ignorarlos, naturalmente; y, sin embargo, a medida que leemos nos ponemos a pensar qué habrá

hecho este palurdo espiritual para hablar con ese tono de nuestra Revolución cubana. ¿Habrá actuado alguna vez? ¿Se habrá jugado la vida? Y lo que es más serio y más peligroso: ¿habrá tenido en sus manos, en algún momento, las vidas de otros, de muchos otros? Seguramente la respuesta es que no, que jamás.

Ya basta. En la situación actual esa gente no sirve, al menos no para el mundo hambriento. Lo único que plantean es el viejo dilema: el problema histórico mundial de la década de 1920 era el "socialismo en un solo país"; en de la década de 1960 el problema histórico mundial es el "capitalismo en un solo país". Y para nosotros esto no resulta ya un dilema. Cuando leemos lo que escribe esa gente no podemos dejar de pensar en los 250 estudiantes del mundo entero —con excepción de los Estados Unidos— que vinieron a nuestra primera ciudad escolar y colaboraron con nosotros en su construcción.

Sin embargo, de cualquier manera, tenemos un problema educativo y cultural y tus intelectuales libres podrían hacer algo por ayudarnos.

## VIII. ¿QUÉ SIGNIFICA "YANQUI"?

ESTA será nuestra última carta, a no ser que nos respondas. Lo que queremos decirte se resume en esta interrogación: ¿qué significa hoy en el mundo la palabra "yanqui"? ¿Qué clase de gente son ustedes, los norteamericanos? Te lo preguntamos porque en verdad, como te hemos dicho antes, ya no te entendemos, si es que te entendimos alguna vez. Hemos tratado de explicarte en estas cartas cómo somos. ¿Por qué no tratas ahora de explicarnos cómo eres? Naturalmente, no bastará con palabras, pero para comenzar hacen falta las palabras. Lo que se hace y lo que no se hace respecto de Cuba, en tu nombre, es objeto de atención en el mundo entero. Los pueblos piensan que en esa actuación se revela lo que es el "yanqui"; cuando leen acerca de Cuba y los Estados Unidos, se están enterando de lo que significa hoy la palabra "yanqui".

Quizá no sea justo contigo —quienquiera que seas—, pero es la verdad, lo creas o no lo creas. Hasta ahora hemos supuesto que, en realidad, no lo sabías. Y es verdad, lo quieras o no lo quieras, y hemos supuesto que ahora vas a tomar conciencia de esa verdad. Debías hacerlo; ¿sabes por qué?

Porque Cuba —escúchalo, yanqui— es tu gran oportunidad. Es tu oportunidad para hacer que los Estados Unidos vuelvan a significar para el mundo lo que quizá alguna vez significaron. Es tu oportunidad para poner en claro cómo vas a responder a todo el caos, el tumulto, la gloria, la revolución, la sangre y las esperanzas enormes que están surgiendo en todos los pueblos hambrientos, pobres, enfermos y analfabetos del mundo a expensas de los cuales tú, yanqui, has engordado y te has adormecido.

Hemos estado releyendo las copias de todas las cartas que te hemos mandado y queremos disculparnos. Una que otra vez nos hemos dejado llevar por nuestro entusiasmo revolucionario y hemos sido un poco rudos. Discúlpanos, yanqui. A pesar de todo, no nos han caído mal algunos yanquis que hemos conocido de verdad —nos referimos a algunos funcionarios—. Ojalá esos que hemos conocido sean los "verdaderos yanquis". ¿Pero cómo vamos a saberlo? Nadie se ve a sí mismo como lo ven los demás y ya tratamos de explicarte, en nuestra primera carta, por qué tú y nosotros no nos hemos conocido realmente.

Ahora bien, queremos disculparnos porque te hemos estado atribuyendo lo que los "yanquis" han hecho y han dejado de hacer y que nos ha causado tantos problemas. Ésa es la verdad; ahora ya deben comprenderla, por eso vamos a ser todavía más rudos en esta carta. Primero vamos a decirte lo que ha significado la palabra "yanqui" y lo que significa para nosotros, y después te diremos lo que deberías hacer para remediarlo. Y la verdad es que no consideramos que sea rudo. Pensamos que es la verdad de la Revolución cubana en relación contigo.

Fue la presión norteamericana, fue la propaganda norteamericana, fue lo que los Estados Unidos no hicieron respecto de nuestra revolución lo que nos ha obligado, finalmente, a pensar que quizá nuestro lugar esté en la alianza política soviética. Sin embargo, ¿qué alternativa nos ha dado tu gobierno a este respecto, de habernos ligado a ellos en un principio o ahora? Y ésta es una de las cosas que significa "yanqui" para nosotros: no permitir otra alternativa.

¿Cuándo nos ha dicho tu gobierno: "Mira, cubano, estamos muy contentos con tu revolución. Estamos contentos por las mismas razones que tú, porque es una salida de todo el horror en que vivías, de toda la pobreza y la explotación y el desperdicio de los recursos y la inteligencia cubanos. Estamos contentos porque queremos que Latinoamérica sea realmente próspera y libre. Sabemos que, por mucho tiempo, algunos negocios norteamericanos han sacado muchos beneficios de allá, pero, como gobierno, queremos que sepas que vamos a cooperar contigo, con el gobierno

de Cuba, porque sabemos que tu gobierno debe utilizar ahora todos los recursos de Cuba de una manera racional para Cuba. Y estamos seguros de que podemos arreglar las diferencias entre ustedes y nuestras compañías norteamericanas. Si tienes problemas, avísanos y los discutiremos?

”Queremos que sepas que ‘yanqui’ no significa sólo lo que han hecho y siguen tratando de hacer esas compañías. Después de todo, los norteamericanos somos muy ricos, fabulosamente ricos, y como gobierno y como pueblo no vamos a discutir sobre el dinero invertido en Cuba. Hemos dado miles de millones como ayuda a diversos países y creemos que si el gobierno de los Estados Unidos tiene que ayudar a Cuba a pagar cualquier perjuicio económico que causa la revolución a tal o cual inversión privada norteamericana, ésa sería la mejor ayuda que podríamos darle. Porque tu revolución es de veras, cubano. Lo sabemos. ¿Cómo podemos ayudarte a que sea un gran éxito en lo económico, lo social, lo educativo y lo político?”

¿Nos dijo alguna vez tu gobierno una sola de estas frases? No. Y por eso decimos ahora: “Cuba sí, yanquis no”. También nosotros sabemos decir “no”.

Comprende, además, que los rusos sí han hablado con nosotros razonablemente y con cordura, sobre los tractores y el petróleo, las escuelas y el azúcar. Los cubanos también sabemos decir que “sí”. Después de todo, sólo hay dos “mundos” realmente capaces, en la actualidad, de ayudarnos o perjudicarnos, capaces de hablar con cordura o sin cordura.

¿Qué significa “yanqui”? Para nosotros ha significado hasta ahora: intención irracional de perjudicarnos. No somos contrarios a la crítica, pero si alguien quiere ayudarnos en vez de perjudicarnos, sus críticas deben ser constructivas. ¿Qué significa esto? Que nos digas, primero, las razones de tus críticas, y que no te dejes arrastrar simplemente por la histeria. Y, en segundo lugar, que trates de señalar una salida, de sugerir una política, un plan, un programa.

Algunas de las cosas que hoy pasan en Cuba, y que te parecen malas, son simplemente residuos del antiguo régimen que todavía

no ha podido corregir la revolución. Otras, probablemente, son etapas pasajeras del proceso revolucionario mismo, rasgos inevitables del curso de los acontecimientos, del impulso, la desorganización y los intentos de comenzar todo de nuevo. En uno u otro caso, lo mejor sería que te callaras, excepto si se tratara de entenderlas realmente y de ayudarnos a superarlas.

Aparte de los residuos del antiguo régimen y de las circunstancias pasajeras implícitas a toda renovación, las cosas que consideras ambiguas o malas actualmente en Cuba tienen en común ciertas peculiaridades: son características de las fases posteriores de la revolución. Muchas se deben a procesos internacionales de los que tu propio gobierno es bastante responsable; muchas se deben a la vieja situación internacional de Cuba: son el resultado de la interposición de esas viejas relaciones en el camino de nuestra construcción de una nueva Cuba. Pero lo más importante para nosotros es que forman parte de los esfuerzos contrarrevolucionarios que debemos eliminar si han de consolidarse los beneficios de la revolución y de llevarse hasta el final sus propósitos. Cualquier crítico tendría que tomar todo esto en cuenta.

Sin embargo, ahora hemos llegado probablemente al punto en que tu gobierno no puede decirnos ya nada razonable y cuerdo. Al menos no lo esperamos. Ya no. En realidad, lo que queremos de tu gobierno y de tus monopolios sólo puede expresarse en una palabra: “nada” O en dos: “déjennos tranquilos”.

## II

¿Por qué tu gobierno no nos habló nunca como te decíamos? No habría significado nada grave económicamente para ti, para los ciudadanos de los Estados Unidos de Norteamérica. Quizá puedas responder a esta pregunta. No sabemos cuál será tu respuesta. Cualquiera que sea, quizá eso es lo que significa “yanqui” para ti.

Sin embargo, creemos que el gobierno norteamericano no se dirigió a nosotros razonablemente, en primer lugar, porque esos

monopolios “que han sacado muchos beneficios de allá” están diciéndole a tu gobierno lo que tiene que hacer. No es tu gobierno y, por supuesto, no eres tú quien les dice a ellos lo que deben hacer en países como Cuba. Y, en segundo lugar, creemos que no nos hablaron razonablemente porque no se trata sólo de Cuba; después de todo y desde tu punto de vista, es un pequeño país con una no muy considerable inversión privada norteamericana. No se trata sólo de Cuba: se trata de toda América Latina y también de otros países. Como vocero de todos tus monopolios en América Latina, tu Departamento de Estado está pensando en toda América Latina y sabe bien que si los cubanos tomamos en nuestras manos nuestros recursos, nuestra inteligencia y nuestro trabajo y lo utilizamos para nuestro beneficio, como debe hacerlo todo país soberano, a otros países latinoamericanos podría ocurrírseles la misma excelente idea, y ponerla en práctica.

Por eso tu gobierno no ha sido nunca razonable ni justo ni ha actuado con cordura respecto de la Revolución cubana. Así lo creemos. ¿No pueden probarnos ustedes, que se siguen diciendo el centro del “mundo libre”, si estamos equivocados? Después de todo, mucho de lo que te hemos dicho lo hemos sacado de libros que tus mismos intelectuales han escrito sobre América Latina, así como de nuestra propia experiencia. ¿No lees nunca los buenos libros que se han escrito acerca de tus compañías y tu gobierno y tus militares y cómo todos están ligados actualmente en el mundo entero, y especialmente en América Latina? Desde los inicios del siglo XX algunos de tus mejores escritores te lo han estado diciendo.

Todo esto es, naturalmente, lo que significa para nosotros el “imperialismo yanqui”. No es sólo un lema; no es sólo un grito; es un hecho fundamental para nuestro país y es un hecho fundamental para todo el mundo de hoy.

Quizá la razón de que no estés realmente enterado de todo esto y que nosotros sí lo estemos sea que todavía no se han hecho evidentes en los Estados Unidos los grandes, afilados y brutales extremos del imperialismo yanqui. Son evidentes aquí y tú no estás aquí. Es aquí donde es brutal, como todo imperialismo es brutal fuera de sus fronteras; en su lugar de origen puede permitirse ser amable y benéfico, al menos por cierto tiempo. ¿Pero puede seguir

así? En realidad, no lo creemos. ¿Sabes por qué?

Porque creemos que el imperialismo yanqui está en vías de ser derrotado; como sistema económico y como base militar en el mundo entero y como aparato político está en vías de ser derrotado. Está empeñado en una lucha a muerte y los imperialistas norteamericanos lo saben muy bien. No van a morirse sin pelear. Cuanto más derrotas sufran, más agresivos y tercos van a volverse, más van a gritar como ignorantes contra el comunismo cada vez que haya una reforma o una revolución en el mundo hambriento al que están explotando, porque cada una de estas reformas y revoluciones significa otra derrota para ellos.

A medida que son derrotados y cada día se dan más cuenta de ello, el pánico crece. Por eso creemos que, por lo que se refiere a Cuba, harán lo posible por lograr que tu gobierno nos agreda: porque nuestra revolución es, efectivamente, una derrota del imperialismo yanqui. Por eso el secretario de Estado norteamericano provocó las declaraciones sin sentido contra nosotros en la Organización de los Estados Americanos (OEA).

Hemos explicado por qué ya no pueden perjudicarnos realmente en lo económico. Sólo les queda la agresión militar de algún tipo; eso es lo único que les queda respecto de Cuba. Quizá tu gobierno no sea tan tonto como para atacarnos directamente con la infantería de Marina, los paracaidistas y los buques de guerra, aunque también estamos listos por si esto ocurriera.

Sin embargo, ¿eres incapaz de luchar contra esos imperialistas? Tal vez aún haya suficiente democracia en tu país como para que puedas investigar todo el sistema de presión en tu economía y tu gobierno y puedas tratar de ponerles fin. De cualquier manera, ahora que los rusos nos han ofrecido protección militar contra tu gobierno, consideramos más probable —como ya te lo hemos dicho — que la agresión militar yanqui tome la forma de una acción indirecta. Quizá utilicen mercenarios; quizá traten de asesinar a Fidel.

Ya sabemos que tú no consideras posibles estas cosas; no crees realmente que tu gobierno tenga una Agencia Central de Investigaciones y un FBI y todos esos agentes secretos en todo el

mundo. Pero ésa es otra de las cosas acerca del imperialismo yanqui que no puedes ver con tus propios ojos y que no puedes comprobar porque, hasta ahora, ha sido parte de los aspectos sucios del sistema en que vives, fuera de tus fronteras. Allá, a salvo en los Estados Unidos, no se ve nada de esto.

Aun así, algunas veces se cuela en tus periódicos algún pequeño detalle esclarecedor, alguna alimaña de las que empleas deserta o es apresada; alguien resulta asesinado en un oscuro callejón y la publicidad de tales incidentes es rápidamente sofocada.

Hemos leído en tus periódicos —no sabemos, pues, si sea cierto— que, como pueblo, no puedes investigar siquiera mediante tu Congreso en qué gastan tu dinero exactamente todas esas redes de espionaje yanquis. ¿Es cierto eso, yanqui? ¿No te das cuenta, si lo es, que se trata de un Estado dentro del Estado; y no comprendes que, como van las cosas actualmente en el mundo, podría significar enormes trastornos y males a escala mundial para ti? ¿No temes que, a medida que tu imperialismo sufra más y más derrotas y que sus beneficiarios o aquellos a quienes utiliza se llenen más de pánico, puedan volverse también contra ti los aspectos sucios de ese imperialismo?

El camino por andar no sólo presenta peligros para las naciones hambrientas; también es peligroso para las naciones ricas y especialmente para las más ricas. Los ricos imperialistas de esa nación, la más rica de todas, no van a morirse sin pelear; y, en definitiva, será una pelea contra ti lo mismo que contra nosotros. ¿Qué significa “yanqui”? Quizá va a significar un Estado históricamente anticomunista y totalitario, sin precedentes en la historia de la humanidad.

## III

No creemos que el “imperialismo yanqui” signifique que los funcionarios del Departamento de Estado estén necesariamente envueltos en los negocios como, digamos, los políticos de Batista

estaban envueltos en los grandes negocios de Cuba. Lo que creemos es que la mayoría de los funcionarios norteamericanos y por supuesto los que han tenido que ver con nosotros están viviendo en un mundo tan alejado de las realidades de hoy que no pueden comprender efectivamente el qué, el cómo, el cuándo ni el porqué de los problemas verdaderamente importantes. Lo que comprenden más o menos carece de importancia.

Y lo que menos entienden son sus propias preocupaciones, porque no acaban de dilucidar el temor que está detrás de estas preocupaciones: el temor de que siempre van a perder. Y, sin embargo, no saben siquiera lo que significa "perder". Los ideales que proclaman son simples abstracciones; no significan nada en relación con los mismos ideales, cuando estos ideales se hacen concretos, específicos y reales por el impulso y el aliento de algo como nuestra Revolución cubana.

Estos funcionarios tuyos viven en un mundo diferente, son distintos de los hombres del mundo hambriento. Podemos entenderlos un poco porque hemos sido los más débiles y los más débiles tienen que estudiar a los más fuertes, so pena de que éstos los aplasten. Pero ellos, por su parte, no tienen la menor idea de qué queremos ni por qué ni qué tipo de hombres y mujeres somos realmente.

Y a la mayoría tampoco les importa; cuesta demasiado trabajo. Además, tendrían que aprender español, aprenderlo realmente, y hablar con nosotros y leer lo que leemos. Cuesta demasiado trabajo. Tendrían que "mezclarse" realmente con nosotros, aunque nuestra piel fuera oscura y —¡Dios mío!— esto sería imposible.

No, los funcionarios del servicio exterior que hemos conocido no están dispuestos a nada de eso. Forman una pequeña avanzada aislada de una curiosa civilización norteamericana y viven en ese pequeño mundo. Como están tan aislados no pueden entender lo que pasa y como no pueden descubrirlo se sienten superiores. Sabemos que se sienten superiores: sabemos que "tratan de ser buenos muchachos" con algunos de nosotros, lo cual es repugnante. ¿Piensas acaso que no sabemos distinguir entre un ser humano y alguien que trata de aparentarlo? Primero quieren "investigarnos", describir "quiénes somos realmente"; después empieza la charla insulsa. Así nos tratan: la cuidadosa investigación primero y la

trivialidad después.

¿No saben que lo que nos interesa son los tractores y las escuelas y aprender de la experiencia de otras partes del mundo? ¿Pero qué experiencias han adquirido realmente donde han estado? ¿Las mismas que han tenido aquí? ¿Nada más? Bien, pues ahora viajaremos por nuestra cuenta y adquiriremos nuestras propias experiencias. Sabemos ser seres humanos, curiosos, abiertos, flexibles, ansiosos por aprender; ya lo hemos probado en nuestra forma de hacer la revolución y apenas estamos empezando. Tus funcionarios no tienen nada que hacer ya, la mayoría de ellos al menos. Son parte de un sistema que va siendo derrotado y, en su interior, son ya hombres derrotados.

## IV

¿Qué deberías hacer tú?

No nos da pena a los cubanos decirte lo que pensamos que deberías exigir a tu gobierno. Con demasiada frecuencia éste nos ha dicho a los cubanos lo que teníamos que hacer y nos ha obligado a hacerlo. Además, lo que deberías hacer nos parece tan absolutamente obvio en América Latina que no nos explicamos por qué no lo has hecho ya: deberías utilizar “el caso de Cuba” como el gran argumento, el argumento para determinar la manera de actuar cuando se produzcan revoluciones en los países hambrientos del mundo entero.

Independientemente de si tú así lo ves o no, así es como la mayoría de la gente en el mundo está viendo “el caso de Cuba”, como la verdadera prueba de lo que significa “yanqui” en este momento. Los cubanos pensamos que la mayoría de ustedes, los yanquis, no hacen más que perder el tiempo, sin objetivos, sin saber lo que sucede en el mundo ni en su propio país y sin importarles mucho. Pero esto no puede durar mucho. ¿No empiezas a comprenderlo? Tienes que actuar porque, como te lo hemos dicho, eres tan poderoso y tan rico que tu no actuar es una manera de actuar.

Sabemos lo difícil que resulta ver las cosas claras y actuar justamente. Estamos en medio de todos estos problemas, pero a ti te va a resultar especialmente difícil, yanqui, cada vez más difícil tal como van las cosas y puesto que no te informas realmente acerca de ellas. Va a ser cada vez más duro distinguir entre los verdaderos actos y sentimientos de los pueblos y lo que tus periódicos llaman siempre "la conspiración comunista". Los rusos, naturalmente, van a estar al tanto de todo movimiento de masas que se produzca y van a ayudarlos, aunque no sea más que porque se tratará de movimientos en contra de ustedes. Si no te despabilas van a ser, pues, "los defensores del pueblo" contra tus soldados y tus monopolios. No estamos hablando sólo llevados por la propaganda: porque hemos descubierto, como otros muchos pueblos, que el petróleo ruso y la maquinaria checa son tan buenos como los que hace o vende cualquier monopolista yanqui.

¿Quieres, yanqui, que sólo te representen en el mundo los soldados y los capitalistas, y naturalmente los turistas? ¿No significa otra cosa "yanqui"? No podemos responderte por el mundo entero, pero estamos muy seguros en el caso de Cuba: ésa es la respuesta; ésa y nada más.

Sin embargo, sólo podemos decir que así es "hasta ahora"; todavía tenemos esperanzas, como revolucionarios que somos. No discutamos sobre el pasado. Todo eso se acabó en Cuba. Y no nos detengamos más en el presente, que va a variar con gran rapidez. Supongamos —y esperemos— que despiertes y esgrimas "el caso de Cuba" como argumento. ¿Cómo deberías actuar entonces? ¿Qué deberías hacer respecto de la Cuba revolucionaria? ¿Y respecto de esta América Latina en la que ahora los cubanos tienen una participación tan molesta para los imperialistas yanquis?

Tienes que comprender primero que lo que ha sucedido y está sucediendo en Cuba es esencial para toda América, la del Norte y la del Sur; que súbitamente esta pequeña isla nuestra —"olla expuesta al fuego de los trópicos", como ha dicho Fernando Ortiz— se ha convertido en un centro de todas las cuestiones internacionales. Debes entender, después, que la postura internacional de los Estados Unidos ha fracasado terriblemente en las orillas de Cuba.

Cuba es un caso específico y dramático de la bancarrota general de la política y la falta de política norteamericanas, al no responder tu país a las naciones hambrientas del mundo y al reaccionar de manera tan absurda ante las iniciativas mundiales del bloque soviético.

Es un hecho que por todas partes están estallando caos y tumultos, motines y revoluciones, contra ti. Brotan especialmente en torno a los bordes del bloque chino-soviético, lo que equivale a decir: en las avanzadas militares de países aliados de los Estados Unidos. Pero hoy en día las crisis surgen en todas partes —contra ti— y ahora ha sido en Cuba. Y Cuba está muy cerca del territorio de los Estados Unidos. Está tan cerca de los Estados Unidos como lo está Taiwán o Japón de la China roja; tan cerca como Turquía o Afganistán de la Unión Soviética. Y ahora la iniciativa soviética está aquí, no "contenida" allá lejos, en el continente euroasiático, donde los Estados Unidos han tratado de mantenerla tan ineficazmente. Pero no es necesario que te describamos a detalle el caos que ha estallado en el mundo entero y la incapacidad de los Estados Unidos, en las últimas décadas, para confrontarlo con la razón y la cordura.

Comprende, pues, que tus líderes políticos no están reaccionando ante todo esto de una manera razonable y efectiva. En realidad, tu sistema político mismo no parece capaz de responder de otra manera que con el pánico, la amenaza y la histeria al odio mundial cuyo blanco número uno van siendo los Estados Unidos. ¿Cuál ha sido, por ejemplo, la reacción revelada en las elecciones de 1960? ¿Tus partidos o tus candidatos a la Presidencia de los Estados Unidos de Norteamérica dijeron algo adecuado, a medias siquiera, sobre los problemas del mundo con que tropiezan ahora los Estados Unidos? ¿Hubo debates en torno a diversas políticas, planes o programas? ¿Cuáles programas?

Las respuestas son claras para cualquiera que sepa pensar. Todas coinciden en que no. Y ésta es, en una palabra —no—, una de las razones de que te hayamos escrito estas cartas. ¡Contéstanos, yanqui!

Hay un problema cubano, es verdad. Tenemos muchos problemas y ahora son nuestros. Pero hay también un problema de Washington y otro de Wall Street, y ésos son tus problemas. ¿O no es así, yanqui? Pero no es posible separar todos estos problemas; por eso América Latina es también tu problema, un problema para Washington, para Wall Street y para la propia América Latina. Así son las cosas entre las dos Américas.

Quizá, dada tu situación y la política de callejón sin salida de tu gobierno, estés pensando nuevamente: "¿Por qué no vamos allá y les damos una buena paliza?" Pero ya debías de saber que no es posible en estos tiempos mandar a los infantes de Marina y salirte con la tuya. Ya pasaron esos tiempos. Han pasado porque los pueblos de América Latina no van a soportarlo más. Han pasado porque América Latina está saliendo de varios siglos de aislamiento de la historia universal y los pueblos del mundo no están dispuestos a soportarlo más.

Y hay otra razón por la que no puedes mandar, simplemente, a la infantería de Marina: Rusia. Cualesquiera que sean sus motivos, independientemente de lo que esperen, nos parece un hecho cierto que los rusos nos están protegiendo contra ti. Ahora somos un punto importante de tu Guerra Fría con ellos y no puedes correr el riesgo de desencadenar una guerra de veras con proyectiles soviéticos. Sentimos que haya hecho falta una cosa así para liberarnos del temor de un nuevo desembarco de los infantes de Marina yanquis —si lo hicieran, sería la cuarta o la quinta vez—, pero así son las cosas, yanqui.

Algo más: debes comprender que por muy rico que seas no puedes seguir comprando a los demás pueblos con tu dinero. Es verdad que puedes comprar a algunos generales y terratenientes con "ayuda" —la mayor parte de tu ayuda, hasta ahora, ha sido militar—. Pero no puedes comprar a los pueblos de América Latina. En primer lugar, estos pueblos saben que lo que ahora algunos de tus políticos llaman "un Plan Marshall para América Latina" —si es que se lleva adelante— se debe principalmente a tu temor de que nos hayamos convertido en el gatillo de todos los rifles de América Latina. Pero somos sólo la vanguardia, aun en este aspecto, aun en el hecho de que reciban dinero del gobierno norteamericano los otros países de

América Latina. Y estos países lo saben. Es perfectamente obvio para ellos que las ofertas de tu gobierno de mayor ayuda —y nadie ha visto todavía mucho de ese dinero— se deben a lo que hemos hecho y a lo que estamos haciendo; se deben al éxito de la Revolución cubana.

Se debe, también, al éxito del bloque soviético en general. Te interesa menos ayudar a América Latina que perjudicar a los rusos, "contenerlos". Hace pocos años estabas "conteniéndolos" en Asia y en Europa; ahora estás "conteniéndolos" en América Latina.

Bueno, los latinoamericanos acogeremos cualquier ayuda porque, naturalmente, la necesitamos. Pero vamos a recibirla en nuestras propias condiciones o no la recibiremos en absoluto. No te olvides de que estás en medio de una competencia mundial y ya hemos descubierto que las ligas con tus competidores rusos y chinos, cualesquiera que sean, no son ligas imperialistas. El hecho es que, hasta ahora, los lazos creados por nuestras relaciones comerciales con ellos no han sido muy numerosos. Y es un tipo de transacción que nos ayuda a hacer exactamente lo que queremos hacer y lo que hay que hacer: hacer a nuestro país verdaderamente independiente y soberano, en lo económico y en lo político. Por eso la violencia y el dinero no son ya las respuestas.

## V

Lo que debes hacer, en nuestra opinión, es actuar políticamente en tu propio país, asegurar que tu gobierno no utilice la violencia —ni directa ni indirectamente, en ninguna forma— contra la Revolución cubana. ¡Manos fuera de Cuba!

En pocas palabras, eso es lo que queremos de ti. ¿Es mucho? Si tuviéramos esa seguridad, la nueva nación que estamos pariendo se sentiría muy aliviada y se reducirían enormemente los dolores del parto. Crecerían nuestras oportunidades para reflexionar acerca de todas las preocupaciones políticas y culturales que te hemos descrito tan francamente en estas cartas. Haz, pues, que tu gobierno

no se meta con nosotros.

Sin embargo, para hacerlo, es necesario que tu gobierno reconozca, de una vez por todas, que Cuba es un Estado soberano y debes hacer que tu gobierno comprenda lo que eso significa y actúe en consecuencia. Significa que no puedes decir: “los yanquis proscribimos a una Cuba roja” o de cualquier tipo. Decir tales cosas —y las ha dicho tu propio presidente— es arrogante y tonto. No son ustedes nuestros policías y mucho menos nuestro gobierno. Reconocer nuestra soberanía significa que el gobierno y la economía que establezcamos en Cuba no están sujetos a órdenes de ninguna clase, en ningún caso de Washington ni de Wall Street ni de ninguna otra parte fuera de Cuba. Significa que, en el mismo plano y con respeto mutuo el gobierno de Cuba y el gobierno de los Estados Unidos discutan razonablemente las diferencias que puedan tener. Significa que tu gobierno renuncie, de una vez por todas, a la absurda e histérica idea de que puede destruir lo que significa nuestra revolución.

Nuestro gobierno revolucionario, con esa condición, está plenamente dispuesto —siempre hemos estado dispuestos— a negociar con tu gobierno cuestiones tales como las formas y medios de pago de las propiedades yanquis que hemos nacionalizado y todas las demás cuestiones del comercio exterior entre los Estados Unidos y Cuba. Pero no se trata sólo de crear la buena voluntad entre los gobiernos. Existe el hecho de las compañías norteamericanas, de cómo hacen negocios en América Latina y de cómo están ligadas a los gobiernos latinoamericanos.

Los Estados Unidos no pueden “exportar” técnica y capital por medio de muchos de los gobiernos existentes en América Latina. Los Estados Unidos deben ayudar a crear el capital y la técnica allí, en todos estos países: nosotros debemos crear nuestra propia técnica y nuestro propio capital. Eso es lo que hemos hecho y estamos haciendo los cubanos. Y esto significa que, si tu gobierno no apoya revoluciones como la nuestra, no debe al menos actuar contra ellas.

Pero he ahí tu problema: no pueden hacerlo porque todas las revoluciones verdaderas irán, en lo económico, contra los

monopolios yanquis; y, en lo político, contra el gobierno yanqui. Serán nacionalistas en lo político y económicamente estarán en contra de las compañías norteamericanas que operan en el extranjero. Por eso, tal como van las cosas, si triunfamos los cubanos, tanto el gobierno norteamericano tal como ahora existe como la oligarquía de los grandes negocios tal como ahora existe van a perder.

¿No está claro entonces? Si quieres actuar en relación con Cuba y con todas las "Cubas" que van a surgir tienes que actuar primero en tu propio país. Tienes que hablarle a tu gobierno y lograr que haga algo respecto de los grandes monopolios yanquis que "operan" —bonita palabra— en América Latina.

Nos acercamos a tu verdadero problema. Ojalá lo comprendas. Debes enfrentarte a la estructura económica y política de los Estados Unidos de Norteamérica.

A nuestro modo de ver, pues, tienes que hacer lo siguiente: tienes que obtener que tu gobierno modifique toda su línea política; tienes que abogar por un enfoque completamente nuevo de los Estados Unidos respecto de los problemas del mundo hambriento. Pero, para hacerlo, es necesario que cambies drásticamente todo el sistema económico de las grandes compañías, al menos tal como operan fuera de los Estados Unidos.

Tienes que aplastar el imperialismo yanqui desde dentro de los Estados Unidos, porque no puedes esperar que tu gobierno —si es efectivamente tu gobierno— varíe su línea política si no destruyes ese sistema. Es decir, no a menos que los imperialistas norteamericanos actúen como ninguna clase dominante ha actuado antes. Y quizá sea pedirles demasiado. Además, son pocos los norteamericanos a quienes les importa y demasiados los políticos que, demasiado ciegos y demasiado gordos, están encargados de decidir estas cosas.

Por eso están provocando, con sus actos, que nuestra revolución se endurezca y están estorbando el desarrollo de nuestra economía y de un sistema político nuevo y, con probabilidad, audazmente

democrático. Por eso, desde su punto de vista, el punto de vista básico de la política norteamericana hasta ahora, la respuesta a la interrogación "¿qué deben hacer los Estados Unidos?" es que no pueden hacer nada efectivo, salvo la invasión militar, directa o indirecta, de Cuba. Por eso, para actuar sin acudir a la acción militar, los Estados Unidos deben modificar primero su línea política y basar su nueva política en un hecho: la aceptación de la Revolución cubana. Para ello, sin embargo, el gobierno de los Estados Unidos tendría que transformar su propia economía imperialista.

De lo contrario, los latinoamericanos no podemos esperar nada de los yanquis y por eso no esperamos nada, excepto más daño y más problemas. Tendría que ser una profunda transformación: las compañías norteamericanas tendrían que dejar de exportar capital que sigue siendo suyo. Allí está la razón de todos los problemas. Los Estados Unidos tendrían que exportar capital fuera de los Estados Unidos, no como propietarios sino como prestamistas, para ayudar a los países subdesarrollados, no para comprarlos. Tu gobierno tendría que obligar a las compañías a renunciar a la propiedad de las riquezas de nuestros países. Ustedes los yanquis tendrían que emplear sus propias riquezas, que son bastante grandes. En realidad, un uso racional de los recursos de los Estados Unidos permitiría un infinito desarrollo y, al mismo tiempo, podría ayudar enormemente a otros países. Pero, naturalmente, esto es cosa tuya; o, al menos, eso esperamos.

Lo que indudablemente te atañe es el hecho de que no puede haber paz —queremos decir, comprensión verdadera— entre Norte y Sudamérica mientras las compañías yanquis sean dueñas de las riquezas de nuestros países, porque con esa propiedad se va el control verdadero de la política de nuestros países. La propiedad de nuestras riquezas significa el control de nuestra política. Esto no es una ideología: es la verdad de los hechos que hemos vivido en Cuba y que la mayoría de Latinoamérica sigue viviendo.

## VI

Los revolucionarios cubanos no saben exactamente cómo podrías emprender esta transformación del imperialismo yanqui. Nosotros resolvimos sencillamente nuestros problemas: en Cuba tuvimos que irnos a la Sierra. ¿Tú no podrías hacerlo, verdad? Al menos, no por el momento. (Estamos bromeando. Pero si dentro de 10 años, de cinco años quizá —si las cosas llegan al punto que nos imaginamos en tu país, si llegan a ese punto—, recuerda, yanqui, que algunos de nosotros estaremos contigo. ¡Dios mío, son enormes tus montañas!)

Comprendemos, no obstante, que para ti no resulta fácil resolver tus problemas. ¿No vives, pues, en una democracia? Tus políticos no cesan de decirlo. Y ustedes los yanquis son un pueblo vigoroso, cuando menos lo fueron en un tiempo. Y ahora están en una posición que nadie más goza en el mundo, hasta el momento:

Por tu riqueza y tu poder estás en posición de decidir lo que debes hacer con tu vida y con tu país. Tus posibilidades son inmensas, por eso constituyes todavía una frontera. Puedes preguntarte, en verdad, cómo deben vivir los hombres; no estás atado por la lucha de la existencia misma. Todavía constituyes una frontera, yanqui, si así lo deseas. Y la frontera —¿no la ves?— está al sur y al este. Es el mundo hambriento, el mundo de América Latina, de África, de Asia. Pero quizá antes que nada tiene que definirse dentro de la economía política norteamericana.

¿Por qué no te olvidas del dinero?; ¿no tienes bastante, Dios mío? ¿Por qué no te olvidas del miedo?; ¿no eres lo suficientemente fuerte? Si te olvidaras un poco de tu vida privada y actuaras en la vida pública del mundo podrías hacer grandes cosas: como pueblo, como individuo, como gobierno. Podrías hacerlo, yanqui.

Discúlpanos, amigo. Se trata de tu vida, no de la nuestra; de tu país, no del nuestro. Nosotros tenemos que vivir nuestras propias vidas y vamos a hacerlo lo mejor posible. Y ahora nuestro país es nuestro y va a seguir siendo nuestro. Ya hemos peleado demasiado por estos derechos; por vivir nuestras vidas y por vivirlas en nuestro propio país. Y hemos trabajado mucho. También tú lo hiciste, yanqui, hace mucho tiempo. ¿Pero qué vas a hacer ahora? ¿Y qué crees que deban hacer ahora los Estados Unidos? Eso es lo que no sabemos los

cubanos.

Pero óyenos bien, yanqui —ya casi estamos terminando—, no se trata realmente de preguntarse: “¿qué deben hacer los Estados Unidos?” El verdadero dilema es: “¿quiénes o qué son actualmente los Estados Unidos?” ¿Qué significa “yanqui”? ¿Quiénes o qué va a decidir el uso de tu gran fuerza en relación con Cuba? ¿Y en relación con todos los pueblos del mundo hambriento? ¿El Departamento de Estado? ¿Los intereses azucareros? ¿El Kremlin? ¿El Pentágono? ¿Las compañías petroleras?

¿El imperialismo yanqui o el pueblo de los Estados Unidos?

Escucha, yanqui: los cubanos no sabemos cómo responder a estas preguntas —¿puedes responder tú, quienquiera que seas?—; pero sí sabemos una cosa: de una u otra manera, desde este momento y por lo que se refiere a Cuba, los cubanos vamos a participar en esas decisiones.

Adiós, yanqui. Los cubanos esperamos tu respuesta.

Adiós, yanqui. A ti te toca decidir.

## SEGUNDA ADVERTENCIA AL LECTOR

El principal objetivo de este libro, como lo expliqué en mi primera advertencia al lector, es revelar los argumentos del revolucionario cubano y exponerlos con la mayor exactitud posible. Hecho esto, considero necesario comentar brevemente lo expresado por esta voz cubana que hemos estado escuchando. Es una necesidad riesgosa, al menos para mí, ya que podría orillarme a escribir todo un libro sobre "Cuba, América Latina y los Estados Unidos". Quizá más tarde. Por el momento, me parece urgente que se oiga la voz de Cuba. Por eso debe ser breve mi comentario.

Debo decir, en principio, que los argumentos cubanos expuestos en estas páginas me parecen en general elocuentes. No sería útil detenerse a especificar el acuerdo o el desacuerdo con cada punto; eso le toca al lector. Algunos aspectos son mucho más convincentes que otros y los que más me preocupan son los que inquietan a muchos de los que considero los más inteligentes —y sucede que son los más poderosos— de los revolucionarios cubanos. Pero, en general, considero convincentes sus argumentos. Para explicar el porqué, debo expresar algo de lo que pienso actualmente acerca de América Latina.

### I

América Latina es inmensamente rica, por su suelo, sus maderas, su petróleo, todos sus metales, sus productos químicos; es rica en casi todo lo que el ser humano necesita para vivir bien. Sin embargo, en este saqueado continente viven hoy algunos de los pueblos más desesperadamente pobres y persistentemente explotados.

La mayoría de estos países —como la Cuba de antes— son

economías de monocultivo, dependientes de las fluctuaciones de los precios mundiales y los cálculos impersonales de los banqueros extranjeros.

La mayoría de estos países —como la Cuba de antes— son dominados por una alianza del capital extranjero y los intereses locales más retrógrados que es posible imaginar. La mayoría de sus gobiernos —como los de la Cuba de antes— son una burla universal al significado de la "democracia constitucional". En esta parte del mundo, los gobiernos tienden a ser sucursales de la empresa privada; la "democracia" en casi toda América Latina no es más que una fachada tolerada por el ejército, una ceremonia desplegada cuando lo exige la ocasión.

En muchos de estos países —como en la Cuba de antes— no pueden realizarse verdaderas reformas sin la aprobación de los militares, cuya participación en el ingreso nacional es mayor de 20%. Sólo en México en 1914, en Bolivia en 1952 y en Cuba en 1958-1959 han sido destruidos los ejércitos regulares por una revolución; y sólo en esos tres países se han producido intentos de resolver realmente los problemas básicos de la tierra.

Hay, naturalmente, una considerable variedad; cada país tiene sus problemas propios además de los específicos de esta región del mundo. Brasil, por ejemplo, ha estado experimentando durante cuatro años un auge capitalista. Es una "sociedad dual": existe la zona rica y capitalista de São Paulo, con su población urbana sujeta a una ola inflacionista de salarios y precios; y el resto del país, una verdadera colonia interna. Quizá la mitad de la población no pertenezca siquiera a una economía monetaria; y en la empobrecida región del noreste del país la gente vive a veces de los cactus. Brasil es en sí un continente, y una peculiar potencia colonial.

En las seis "repúblicas" de Centroamérica, unos cientos de familias de la élite son dueñas de casi toda la tierra. Apenas existe una clase media; la inmensa mayoría vive como siervos, con pobreza y suciedad, y más de la mitad son analfabetos.

Las plantaciones de bananos, tanto en Honduras como en Panamá; el algodón en Nicaragua; el café y los plátanos en Costa Rica; el café en las demás son los cultivos de exportación (los "postres") en torno

a los cuales giran esas economías.

La Argentina no hace nada importante por desarrollar su verdadera riqueza: la tierra, el ganado, los granos. Las tres cuartas partes de su población viven en las ciudades, la mayoría está subempleada; la industria está estancada, la inflación continúa y el gobierno depende cada vez más del ejército. Mientras tanto hay gente armada en las pampas, la mejor tierra de América Latina, y el terror policiaco es frecuente en las ciudades.

Chile, que abraza oficialmente los principios de la democracia política y el capitalismo de libre empresa, está cayendo en manos de instituciones financieras dominadas por los Estados Unidos. Estas instituciones hacen pequeños préstamos y, como contrapartida, dictan la política financiera a un gobierno conservador. Una cuarta parte de la población es un inflado grupo burocrático. Y también allí se descuida terriblemente la tierra; 86% constituye grandes latifundios, cuyos dueños se interesan más en especular con la tierra que en cultivarla. En Chile la agricultura anda mal.

Probablemente las tres cuartas partes de los habitantes del Perú viven fuera de una economía monetaria, desesperadamente, a punto de morirse de hambre (el promedio de ingestión de calorías diarias es de 1 900). Los vapores sulfúricos de las minas de cobre cubren las húmedas montañas; los pueblos mineros no son habitables para seres humanos, pero allí viven seres humanos. Y se nos asegura que el Perú es una democracia altamente constitucional.

La historia reciente de Venezuela es la locura económica. El profesor Edwin Lieuwen declara que, al morir el dictador Juan Vicente Gómez en 1935,

un dictador económico había heredado a Venezuela… La industria petrolera era el nuevo gobernante. El nuevo tirano era inmortal y los incidentes políticos apenas lo conmovían. Sólo respondía a las demandas del mercado norteamericano y de la Europa occidental y esperaba las indicaciones del extranjero.

El petróleo representa más de 90% del ingreso exterior de Venezuela, 63% de los ingresos del gobierno, pero sólo ocupa 3% de la fuerza de trabajo. Por lo que se refiere al desarrollo industrial, la industria petrolera ha llevado a lo que el economista mexicano Edmundo Flores llama "un reluciente callejón sin salida". El presidente constitucionalmente electo, Rómulo Betancourt, ha heredado ahora las consecuencias de esta locura económica que, según Paul Johnson, incluye

la más alta economía de costos del mundo entero, que está desplazando al petróleo venezolano del mercado mundial; siete diferentes fuerzas policiacas; una excesiva burocracia superpagada; fuerzas armadas infladas, con carísimos equipos tales como cazas supersónicos (ya han encargado un submarino atómico) y una multitud de deudas.

Mientras tanto, el presidente Betancourt se ha visto

obligado a acudir a los préstamos norteamericanos, con todo lo que esto significa como estancamiento social y económico. La reforma agraria básica ha sido archivada… el desempleo sigue aumentando. La ira creciente de la masa (de los desempleados de Caracas) sólo se equilibra mediante mayores concesiones al ejército.

¿Y en México? La gran revolución de 1910 se ha estancado en los años siguientes. En pocas palabras, la revolución que empezó con la demanda de tierra y libertad parece haber formado una plutocracia dentro del Estado y en la cima de una economía capitalista, con su retórica revolucionaria. Algunos viejos revolucionarios se han convertido en ricos políticos capitalistas. Para ellos y para la nueva clase media, la revolución ha sido y es un gran negocio. En 1957, 46% de la población tenía un ingreso inferior a 40 dólares mensuales. Y, sin embargo, la clase gobernante se considera de ultra

izquierda.

Los revolucionarios mexicanos conservan, no obstante, sus recuerdos: saben que el "turismo" constituye casi la cuarta parte del ingreso de divisas del país, pero no olvidan que hace 100 años los Estados Unidos se apropiaron por la fuerza de una enorme tajada del territorio nacional mexicano. Saben que no hay impuesto progresivo sobre la renta, pero recuerdan también su lucha con los Estados Unidos, hace muy poco, cuando nacionalizaron el petróleo. Son viejos y ricos, pero saben cómo se utiliza el catolicismo en las contrarrevoluciones.

Actualmente en México los estudiantes hacen manifestaciones contra los yanquis; y, a diferencia de los Estados Unidos, la opinión no es monolítica respecto de Cuba. México está dividido en este sentido. Inclusive los viejos revolucionarios ven en Fidel Castro algo de su juventud perdida. El vendaval que una vez sopló sobre México puede soplar nuevamente. A pesar de todo, que es mucho, México es hoy en día un lugar expuesto al viento.

América Latina es una parte considerable del mundo; es un continente saqueado por mucho tiempo, y está en fermento revolucionario. El hecho de que esté ahora en fermento revolucionario es un elocuente testimonio de la voluntad de los seres humanos de no seguir siendo siempre objetos de explotación. Por más de un siglo los latinoamericanos han vivido fuera de la historia del mundo, salvo como un objeto; ahora están penetrando en esa historia como sujetos, con ánimo de venganza, con orgullo, con violencia. La Doctrina Monroe unilateral corresponde a la época del aislamiento latinoamericano; es el aislamiento en una escala continental y un escudo de la explotación norteamericana. Esa época, y con ella esa Doctrina, esta llegando a su fin.

Sin embargo, ¿no hay otro aspecto de la cuestión? Naturalmente, América Latina es un continente y, como tal, es variado. Las ideas sobre Latinoamérica son tan diversas como apasionadamente sostenidas.[1] Pero si queremos describir brevemente el panorama general, hay que mencionar: la increíble pobreza (quizá las dos terceras partes de la población padecen desnutrición); la mala salud (cerca de la tercera parte de la población sufre infecciones o enfermedades por deficiencias); las colonias "internas" (una tercera

parte de la población permanece fuera de la comunidad económica y cultural latinoamericana); la explotación permanente (dos terceras partes de la población están sujetas a condiciones de trabajo semifeudales); las economías monoproductoras (y la peligrosa dependencia de las fluctuaciones de los mercados extranjeros); los injustos e ineficaces sistemas de propiedad y tenencia de la tierra (las dos terceras partes de la tierra están controladas y con frecuencia mal utilizadas por las oligarquías nativas y las empresas extranjeras); el dominio extranjero (quizá la mayoría de las "industrias de extracción" son propiedad o están controladas por capital extranjero); los inadecuados sistemas de transporte (los que existen son, principalmente, medios para transportar materias primas del interior a la costa, más que vehículos propicios para el desarrollo de mercados internos); los ineficaces sistemas de crédito y la falta de verdadero comercio dentro y entre estos mismos países (el comercio entre ellos corresponde a 7% del comercio mundial de América Latina); las repetidas intervenciones —comerciales y militares— de grandes potencias mundiales; el dominio político de las oligarquías feudales, mezclado con intereses de las compañías extranjeras y sujeto a los actos arbitrarios de los inflados ejércitos; los árbitros militares (desde fines de la segunda Guerra Mundial, los gobiernos de América Latina han "cambiado de manos" sin ningún "procedimiento formal" más de 30 veces).

Éstas son las realidades obvias de América Latina: de ayer y de hoy. Ayer —pero no hoy— eran las realidades de Cuba.

## II

El segundo hecho general que es necesario entender es el papel que los Estados Unidos han desempeñado y están desempeñando en América Latina. Ya he indicado este papel: el "capital extranjero" es principalmente capital norteamericano; la ayuda prestada a los ejércitos locales y, en consecuencia, a las oligarquías feudales, es ayuda norteamericana. En América Latina, el gobierno norteamericano ha apoyado a los círculos reaccionarios y a los

sectores dominantes y ociosos. Su papel ha sido y sigue siendo, en general, la estabilización del dominio de esos sectores y la persistencia de la miseria. Su ayuda ha consistido, principalmente, en darles armas y apoyo militar, en nombre de la "defensa del continente", que ha significado la defensa contra sus propios pueblos.

Respecto de esta "ayuda", desde fines de la segunda Guerra Mundial, los Estados Unidos han entregado en ayuda directa unos 31 000 millones de dólares a países fuera de América Latina y sólo cerca de 625 millones de dólares a América Latina (menos de lo que ha sido prestado a Filipinas). Por sus "préstamos" (que equivalen a unos 2 500 millones), los Estados Unidos exigen la aceptación de una política económica que, dada la disminución de los precios de los productos latinoamericanos, cancela toda la ayuda y los préstamos. En los últimos 10 años, resume Paul Johnson,

la caída de los precios mundiales [de la que han obtenido enormes beneficios los Estados Unidos y los demás países industrialmente desarrollados] ha significado una reducción neta del ingreso en América Latina de más de 1 000 millones al año: tres veces más, en total, que la suma total de la ayuda y los préstamos que esta región ha recibido durante el mismo periodo. Ésta es la brutal aritmética que explica por qué cientos de millones de latinoamericanos pobres se están empobreciendo cada vez más.

Recientemente, Adolf A. Berle Jr. advirtió:

Las prédicas acerca del valor de la empresa y las inversiones privadas y la utilidad del capital extranjero resultaban un poco tontas para la mayoría de los estudiosos de la situación […] Probablemente, si se supiera la verdad, esta forma de desarrollo económico en América Latina es, por el momento, una función minoritaria más que mayoritaria […] La ayuda extranjera o la empresa privada pueden industrializar, aumentar la producción y

dejar a las masas en tan malas condiciones como siempre.

El comercio norteamericano con América Latina es más amplio, por supuesto, que el comercio norteamericano con cualquier otra región; la inversión norteamericana en América Latina, que equivale a cerca de 9 000 millones de dólares, es mayor que la inversión en cualquier otra región del mundo. La minería y el petróleo representan los mayores factores en esta inversión y ambos son necesarios para la economía norteamericana tal como ahora funciona. En consecuencia, el papel del gobierno de los Estados Unidos ha sido fomentar el comercio y proteger esas inversiones. Para lograr estos fines, la línea oficial ha sido mantener la estabilidad política entre los dominados, independientemente de las formas de gobierno, para que los negocios puedan seguir marchando como de costumbre. Lo demás es ornato retórico, necesario quizá para asegurar los votos de estos gobiernos en las Naciones Unidas. En pocas palabras, ésta es la verdad esencial de la cuestión.

Pero hay más: los Estados Unidos han suministrado armas a esos 20 países y han brindado ayuda militar a 12; han enviado misiones militares que, según el profesor Lieuwen —autor de la obra más equilibrada y comprensiva sobre el tema—, no “tienen una finalidad auténticamente militar”. La razón oficial de todo esto es el miedo a la agresión comunista. Pero en una verdadera lucha entre el Este y el Oeste, el tipo de armas no tiene gran importancia; y los partidos comunistas en América Latina no sólo son, en general, bastante débiles, sino que además se nutren de las deplorables condiciones económicas y sociales que la política norteamericana contribuye a sostener. Independientemente de la sinceridad de las intenciones oficiales, las verdaderas funciones de esta ayuda militar han sido convincentemente expuestas por el profesor Lieuwen: en la mayoría de estos países, las fuerzas armadas “desempeñan papeles políticos clave” y son “aparentemente insaciables” en su demanda de armas.

El adiestramiento y la ayuda militar tienden, pues, a obtener —y asegurar— la cooperación política […] Se espera lograr beneficios

políticos de los programas militares: gobiernos bien dispuestos, apoyo a la política norteamericana en los organismos internacionales y seguridad de acceso a las bases militares y las materias primas estratégicas en América Latina. Otro objetivo de los programas militares es fomentar la estabilidad política en esta región subdesarrollada para poder dedicar a otras partes las máximas energías. El razonamiento, muy sencillo, es que cuanto mejor sea el ejército en cualquier república latinoamericana hay menos probabilidades de que sea subvertido el orden interno.

El hecho de que hayan surgido formas de gobierno más democráticas en varios países latinoamericanos desde fines de la segunda Guerra Mundial —afirma Adolf A. Berle— "ha sido acogido por el Departamento de Estado como un cambio casi trivial y no del todo agradable". (Quizá el Departamento de Estado ha tenido razón en su juicio acerca de la trivialidad del cambio.) Berle añade que, en el pasado, el Departamento de Estado ha mantenido la amistad con los "dictadores" que han tenido

que sostener una política permanente y cada vez más cruel de supresión de la oposición popular por métodos policiacos, pero los Estados Unidos se han empeñado en no demostrar simpatías a sus opositores, independientemente de la calidad de los hombres y de las fuerzas que simbolizaban. En esta actitud, el Departamento de Estado fue apoyado por una corriente persistente de información procedente de la policía secreta de los dictadores en el sentido de que todos sus oponentes eran "comunistas". Todo este material se abría paso hasta los archivos del Departamento de Estado y era conocido por los miembros del Congreso y otros funcionarios. Era una útil excusa para impedir y estorbar los movimientos plenamente democráticos […] En sus propios países o en el exilio o refugiados en los Estados Unidos, los líderes democráticos se vieron en desgracia, desacreditados, casi perseguidos por el gobierno de los Estados Unidos, que es supuestamente el símbolo de la democracia.

¿Es extraño, pues, que en la mente de muchos latinoamericanos inteligentes los Estados Unidos de América representen con frecuencia la tiranía política, la explotación económica, la pobreza permanente y el dominio militar? ¿Es raro que escupieran a Nixon cuando intentó hacer una gira de buena voluntad? El que haya sido una sorpresa para la mayoría de los norteamericanos revela la inadecuación de la prensa norteamericana: aquello era un reflejo de la realidad cotidiana de América Latina.

"La triste verdad —escriben los profesores Frederick B. Pike y Donald W. Bray— es que el estado de cosas en América Latina ha llegado al punto en que los Estados Unidos podrían contribuir a la destrucción de un régimen democrático 'apoyándolo'." Al menos en un aspecto, los Estados Unidos representan el mismo papel en el siglo XX que la Rusia zarista en el siglo XIX respecto de Europa: los Estados Unidos constituyen una amenaza reaccionaria a cualquier intento real de modificar las realidades básicas de América Latina. En general, siempre que en América Latina han surgido movimientos auténticos, la política y la falta de política de los Estados Unidos han sido persistentemente contrarrevolucionarias.

En realidad, así ha sido y es el caso respecto de la Revolución cubana.

## III

En el contexto general de América Latina y en función del papel de los Estados Unidos en América Latina, la Revolución cubana es un nuevo fenómeno. Algunos de sus caracteres se han producido en otras partes, en distintas épocas, pero la combinación que se ha dado específicamente en Cuba es única en la historia.

*1. Como la Revolución mexicana de hace 40 años, la de Cuba se basa en el campesinado, pero la reforma agraria de Cuba ha sido mucho más completa, rápida y afortunada que la de México o la de Bolivia. (En años recientes, México tenía que importar todavía productos alimenticios.) En otros países no ha habido una verdadera reforma*

*agraria.*

*2. En seis naciones latinoamericanas, cuando menos, ha sido destruido el papel funesto del aparato militar tradicional en la vida política, social y económica. En Cuba, este aparato ha sido aplastado total y casi súbitamente, y al mismo tiempo las fuerzas económicas dominantes.*

*3. La Revolución cubana ha destruido rápidamente la base económica del capitalismo: la extranjera y la cubana. Casi toda su fuerza era extranjera, norteamericana en realidad. Ahora ha sido destruida totalmente, en una forma única en la historia de América Latina.*

*4. Además, el éxito económico de Cuba —debido principalmente a una reforma agraria afortunada e inteligente y ayudada en un momento decisivo por los acuerdos económicos y el comercio con los países del bloque soviético— la hacen inexpugnable para un bloqueo o una presión económica efectivos por parte de los intereses norteamericanos.*

Hay, por supuesto, otros rasgos en esta revolución pero esta combinación es única en América Latina. Y, a mi juicio, en esta combinación reside, con posibles modificaciones y adiciones, la gran alternativa que pueden oponer a la miseria los demás países de América Latina. Una cosa que podría impedir que se convirtiera en la alternativa más probable sería un cambio drástico en la política norteamericana. Pero, dado el carácter de la economía política de los Estados Unidos en la actualidad, no me parece razonable esperar un cambio tal como sería necesario: el gobierno de los Estados Unidos tendría que ayudar activamente a los latinoamericanos a destruir los intereses creados dentro de sus respectivos países, así como los intereses de las compañías norteamericanas que ahora operan en ellos, porque esta alianza del capital norteamericano con los intereses locales domina ahora la mayor parte de América Latina y contribuye a mantenerla en las condiciones en que está.

Sin la destrucción de estos intereses —latinos y norteamericanos— no puede esperarse racionalmente que se produzcan verdaderos cambios económicos; no, por supuesto, a un ritmo suficientemente rápido. Y sin esos cambios económicos estructurales, la "democracia" seguirá siendo lo que es hoy en casi todo este continente: farsa, fraude, retórica.

# IV

*Y por eso estoy con la Revolución cubana. No me preocupa; me preocupo por ella y con ella. Como la mayoría de los cubanos, yo también creo que esta revolución es un momento de veracidad y, como algunos revolucionarios cubanos, creo también que esa verdad, como toda verdad revolucionaria, es peligrosa.*

Una época de verdad en el aspecto militar y en el económico podría convertirse en una época de mentiras políticas y culturales. Podría endurecerse en una especie de tiranía dictatorial. Pero no considero que esto sea inevitable en Cuba. Y creo que, si llegara a pasar, se debería en gran parte al papel que el gobierno de los Estados Unidos ha desempeñado y sigue desempeñando en los asuntos cubanos.

Si yo fuera cubano, indudablemente estaría trabajando con todas mis fuerzas para el éxito de mi revolución. Pero no soy cubano; soy yanqui. Para mí, esto no significa que esté menos en favor de su revolución. Porque, como Leonard T. Hobhouse, cuya doctrina comparto en este punto,[2] no puedo prestar una lealtad incondicional a ninguna institución, hombre, Estado, movimiento o nación. Mi lealtad está condicionada por mis convicciones y mi escala de valores. Y, en este aspecto, ambas están más de acuerdo con la Revolución cubana que con la reacción oficial de los Estados Unidos hacia ésta.

La política que han perseguido los Estados Unidos y que siguen persiguiendo contra Cuba se basa en una profunda ignorancia y está repleta de histeria. Considero que si persiste dará como resultado más desgracias y más desastres para la imagen que se representan de mi país en Cuba, en América Latina y en el mundo entero.

Además, opino que la política y la falta de política de los Estados Unidos son factores muy reales que han obligado al gobierno de Cuba a ligarse políticamente con el bloque soviético y han impedido que pueda asumir una postura auténticamente neutralista y, por

tanto, pacífica. En realidad, esta política ha hecho muy difícil que los cubanos discutan siquiera esa postura. Más que ningún otro factor singular, esta política norteamericana está obligando al gobierno de Cuba a hacerse "más duro", a restringir más la libertad de expresión dentro de Cuba. En pocas palabras: está obligando a los cubanos a identificar todas las "opiniones minoritarias" con la "contrarrevolución". Y está obligando al gobierno cubano a identificar el "anticomunismo" con la "contrarrevolución".

Debo decir, lo más claramente posible, que si yo fuera un cubano activo en la actual revolución también consideraría necesario hacer esa identificación, porque la verdad es que el "anticomunismo" ignorante e histérico que caracteriza la actitud, el tono y las opiniones de muchos de los altos funcionarios gubernamentales de los Estados Unidos es macartista. Y soy tan contrario a esto como a las prácticas y manifestaciones del estalinismo. Nuestro objetivo, en los Estados Unidos y en la URSS, debía ser superarlos.

El gobierno cubano, a mediados de 1960, no es "comunista" en ningún sentido. El Partido Comunista de Cuba, como partido, no plantea ninguna seria amenaza para el futuro político de Cuba. Las principales figuras del gobierno cubano no son "comunistas", ni siquiera procomunistas tal como he conocido el comunismo, por experiencia, en América Latina y a través de mi labor de investigación por lo que se refiere a la Unión Soviética. Me parece que los argumentos cubanos, expuestos en la quinta carta, son en general convincentes.

Vale la pena examinar las pruebas presentadas por autores norteamericanos de opiniones contrarias porque equivale, a mi modo de ver, a revelar su debilidad. En su artículo de la revista Foreign Affairs de octubre de 1960, Adolf A. Berle Jr. da tres razones para identificar a "Cuba" con el "comunismo":

*1. "Cuando cayó Batista —escribe Berle—, los rígidos cuadros comunistas no encontraron ninguna fuerza coherente que les impidiera apoderarse de la situación."*

Esto supone que los "cuadros rígidos" son necesariamente eficaces,

en contraste con los revolucionarios no comunistas que hicieron la revolución en contra de la oposición del Partido Comunista; supone que estos revolucionarios han sido incapaces de crear o de constituir una "fuerza coherente". Ambas suposiciones me parecen muy dudosas y me gustaría preguntarle a Berle si ha pasado siquiera una semana en cualquier zona del Instituto Nacional de la Reforma Agraria (INRA) observando cómo son las cosas respecto del personal.

*2. La segunda base de la suposición que plantea Berle es que los desertores de la revolución han declarado, como razón de su deserción, que el régimen es "comunista". Dado el marco de su deserción —los Estados Unidos— sería realmente absurdo esperar que éstos esgrimieran otras razones. En todo caso, no estoy dispuesto como Berle a considerar las declaraciones de estas personas como pruebas aceptables o imparciales de esta importante cuestión histórica.*

*3. La única otra razón expuesta en este ensayo es planteada así por Berle: "El hecho innegable es que, como resultado, su postura se hizo comunista, en términos de política exterior y de estructura". En términos de política exterior: ¿es comunista un gobierno porque comercie con el bloque soviético? Si es así, muchos países se convierten de pronto en "comunistas". ¿Es comunista un gobierno porque se considere, con razón o sin ella, amenazado militarmente por un país no comunista y acepte en consecuencia la protección de la Unión Soviética en caso de invasión? Pueden discutirse estas cuestiones, pero no pueden darse por supuestas. Además, la "política exterior" de Cuba no es de ninguna manera inmutable, como supone en general Berle.*

En cuanto a la "estructura", habría que pedirle a Berle que fuera un poco más preciso. El "comunismo" no es actualmente en el mundo ni homogéneo ni invariable. La estructura económica de Cuba no es, por supuesto, estalinista. ¿Se refiere Berle al bolchevismo en 1920? ¿A Yugoslavia en 1950? ¿A la Rusia de Jruschov en la actualidad? ¿A la China de Mao? ¿A qué llama Berle "comunista"?

El revolucionario cubano es un tipo nuevo y distinto del teórico y del hombre práctico de izquierda. No es ni capitalista ni comunista. Es socialista a su manera, en un sentido práctico y humano. Si se ayudara adecuadamente a los cubanos —económica, técnica y culturalmente—, considero que podrían tener grandes

oportunidades.

No estoy de acuerdo con las teorías de “blanco o negro” de Berle y otros autores. Estoy de acuerdo con el profesor colombiano Antonio García en el sentido de que América Latina no debe someterse a los Estados Unidos ni a la Unión Soviética y que la esencia de la política norteamericana ha sido “combatir” al comunismo con medios simplemente políticos y militares. A lo que yo añadiría: y con la identificación menos aconsejable de todo lo que no esté dentro de la línea del mundo capitalista como “comunismo”. Semejante identificación hace imposible la formulación de una política exterior coherente hacia el bloque de naciones hambrientas.

## V

Mis preocupaciones por Cuba —como las de los revolucionarios cubanos más capacitados— se refieren, primero, a problemas de tipo político. El gobierno de Cuba es una dictadura revolucionaria de los campesinos y los trabajadores. Es legalmente arbitraria. Está legitimada por el apoyo entusiasta de una enorme mayoría del pueblo de Cuba. Hay que reconocer estos tres hechos. También hay que reconocer que los profesores Pike y Bray tienen razón cuando afirman que “el marco formalista del modo de vida norteamericano era exportable para la América Latina del siglo XIX. Hoy ya no lo es”.

No me gusta la dependencia en un solo hombre que existe actualmente en Cuba, ni el poder virtualmente absoluto que posee este hombre. Creo, sin embargo, que no basta con aprobar o desaprobar este hecho respecto de Cuba. Es demasiado fácil y políticamente infructuoso. Hay que entender las condiciones que le han dado origen y que siguen provocándolo; porque sólo entonces pueden considerarse las perspectivas de su desarrollo. Las condiciones de la realidad política actual de Cuba han sido expresadas de la mejor manera posible por los cubanos en la sexta carta. Creo que la política revolucionaria de Cuba es parte de una etapa y que yo mismo y otros norteamericanos deberíamos ayudar a

los cubanos a vencerla.

Además, el carácter y los actos del hombre en cuestión, Fidel Castro, no dejan de contar en el posible resultado. A mi juicio, hay que considerar seriamente los intentos de este hombre por diversificar las funciones, aun en medio de su necesaria acción, y su aguda conciencia de la necesidad de fomentar una relación más sistemática entre un gobierno de derecho y el pueblo de Cuba. También en este aspecto está actuando bajo grandes dificultades, muchas de las cuales se deben a la política y los errores del gobierno de los Estados Unidos.

En cuanto a unas posibles elecciones actualmente en Cuba, comparto la opinión de todo observador competente en el sentido de que la victoria de los fidelistas sería definitiva. Pero lo que me parece más pertinente es que, independientemente de cómo se organizaran esas elecciones y de cómo pudiera supervisarlas un organismo internacional, esa victoria carecería de sentido. Para que unas elecciones tengan sentido es necesario que existan al menos dos partidos políticos y sería necesario que estos partidos basaran su campaña en una serie de puntos. La única cuestión vigente hoy en Cuba es la revolución, concebida por el gobierno cubano primordialmente como una construcción económica y educativa y como la defensa militar de la soberanía cubana. Cualquier partido que hiciera actualmente una campaña contra la revolución y contra la administración del actual gobierno sería rechazado probablemente por la mayoría del pueblo de Cuba. Hay que reconocer, pues, que unas verdaderas elecciones constituyen actualmente en Cuba una idea imposible y sin sentido. Sólo podrían cobrar sentido si se diera, deliberadamente, una forma institucional a la contrarrevolución, y eso no sería aceptable en este momento para la inmensa mayoría del pueblo de Cuba.

La falta de elecciones significa una “falta de democracia” sólo en el supuesto formal de que el proceso electoral sea siempre y en todas partes indispensable a la democracia. Pero, sea como sea, las elecciones en Cuba son por el momento una demanda imposible y sin sentido.

Mientras tanto, los norteamericanos deben comprender que sus propias elecciones recientes no han podido servir de propaganda eficaz de las virtudes ni de la necesidad del tipo de proceso electoral norteamericano. Para muchos latinoamericanos inteligentes, y para otras naciones del bloque de naciones hambrientas, estas elecciones se han parecido a una carrera entre dos partidos que difieren poco, si es que en algo difieren, en cuanto a los problemas esenciales. Para los cubanos han aparecido, además, como una competencia de ignorancia beligerante respecto de su país, más que un debate público racional acerca de los problemas reales que los cubanos —y el mundo entero— deben confrontar en la actualidad.

## VI

El verdadero dilema político de Cuba y en Cuba parece ser éste: ¿es posible construir una sociedad verdaderamente libre por medios revolucionarios como los aplicados en Cuba? ¿Es posible realizar, de una manera tan drástica y rápida una revolución tan fundamental como ésta sin provocar el terror revolucionario o la dictadura permanente?

Para mí, no son cuestiones simples ni carentes de ambigüedad. ¿Cómo podrían serlo, si el significado mismo de lo que es una "sociedad libre" es susceptible de discusión? Pero no me siento inclinado —lo mismo que los revolucionarios cubanos— a identificar la "sociedad libre" sólo con las formas y mecanismos que se han desarrollado históricamente en los Estados Unidos o en las diversas naciones de la Europa occidental.

El balance histórico de los resultados políticos de las revoluciones pasadas es también ambiguo, pero, en general, me parece que conduce a conclusiones pesimistas por lo que se refiere directamente a la libertad. La cuestión es: ¿en qué condiciones puede ser distinta la Revolución cubana? Nadie puede responder plenamente a esta pregunta. Pero hagamos una breve comparación entre la Rusia bolchevique, alrededor de 1920, y la Cuba de hoy.

La situación interna del gobierno cubano es casi absolutamente opuesta a la del primer gobierno bolchevique. Después de una corta visita a Rusia, Bertrand Russell escribió en 1920:

El gobierno representa los intereses de la población urbana e industrial y se encuentra instalado en medio de una nación campesina, con la cual sostiene relaciones diplomáticas y militares más que gubernativas en el sentido ordinario […] Si Rusia fuera gobernada democráticamente, de acuerdo con la voluntad de la mayoría, los habitantes de Moscú y Petrogrado se morirían de hambre.[3]

En contraste, el gobierno de Cuba representa hoy, por encima de todo, los intereses del pueblo del campo y además ha logrado equilibrar muy bien estos intereses con los del trabajador urbano. No hay problema de alimentos, lo que en la Rusia de 1920 constituía un terrible problema. La Revolución cubana, a diferencia de la rusa, ha resuelto, a mi juicio, el principal problema de la producción agrícola mediante su reforma agraria.

El gobierno soviético estuvo sometido, en un principio, a un efectivo bloqueo económico; no podía obtener del exterior productos desesperadamente necesarios y la industria había casi desaparecido. Además, existía una guerra civil interna y una guerra exterior. Las energías de la población industrial estaban dedicadas, casi totalmente, a esta guerra y el campesinado no respondía al hecho de la guerra ni al significado del bloqueo de la Entente. Cuba puede sentirse amenazada por los Estados Unidos, pero no está realmente en guerra. Tampoco está sometida a un efectivo bloqueo económico: está comerciando activamente con muchos países, incluyendo los del bloque soviético.

Naturalmente, otras muchas razones han contribuido a convertir las revoluciones en reinos del terror y largas dictaduras. Pero, en el caso de la Unión Soviética, las que he mencionado fueron las más importantes. En relación con esto, me gustaría subrayar también la declaración de los cubanos, en la cuarta carta, sobre el carácter

antiestalinista de su estrategia general de industrialización. Esta declaración me parece una exposición adecuada de los hechos hasta el momento y de los planes en marcha. En la práctica y en la teoría, además, los encargados de la industrialización de Cuba tienen plena conciencia de lo que están haciendo y de lo que no quieren hacer. El progreso económico ininterrumpido, como el que se está realizando actualmente en Cuba, es una de las principales condiciones que nos hacen abrigar una opinión esperanzada de los resultados políticos de la Revolución cubana.

## VII

Lo que más me impresiona de las posibilidades culturales en Cuba es el deseo de aprender y la amplitud de criterio de muchos de los jóvenes que integran el gobierno revolucionario de Cuba. En 20 años de enseñanza, de labor continuada como escritor y de viajes frecuentes, nunca había encontrado una pasión tan sostenida por el conocimiento ni una conciencia tan inteligente de lo que hace falta estudiar. Y, sin embargo, una de mis principales preocupaciones por Cuba es la preocupación por su aparato cultural. No me refiero sólo al arte y la literatura; me refiero, más ampliamente, a la cultura incluyendo todas esas instituciones de los medios masivos de comunicación y de la educación superior y primaria que forman el carácter y la mentalidad de hombres y mujeres.

El principal peligro es, en mi opinión, muy obvio: la falta de personal calificado. Lo digo en dos sentidos: primero, en el sentido ordinario de la falta de suficiente personal con capacidad, conocimientos y sensibilidad; pero, en segundo lugar, me refiero a esta ausencia combinada con el sentimiento de la amenaza constituida por la contrarrevolución y con el hecho de que la población carece, en general, de educación. Esta combinación podría conducir a una fácil salida: el control absoluto de todos los medios de expresión y la fijación de una “línea” a seguir.

Los cubanos más inteligentes tienen razón, por supuesto, cuando opinan, en la séptima carta, que en este aspecto, por encima de

todos, los Estados Unidos —como gobierno o como una serie de individuos privados— podrían ayudar bastante. Ahí está la oportunidad; en mi opinión, no se trata sólo de una oportunidad, sino de un deber.

En su comprensible euforia en torno a sus logros y planes educativos algunos cubanos tienden a exagerar, me parece, la rapidez con que puede formarse un personal realmente capacitado. Una educación como la que se necesita en países como Cuba, especialmente en las instituciones de educación superior, no puede ser impartida en este momento por personal cubano. Es en este vacío y no en una base militar donde es posible que lleguen fuerzas "extracontinentales" y donde tienen, a mi juicio, más posibilidades de éxito. El significado de este hecho para los Estados Unidos es obvio.

No obstante, dudo que sea obvio para los encargados de estas cuestiones en los Estados Unidos. Dudo que el Departamento de Estado de los Estados Unidos, tal como está constituido ahora, esté capacitado para aportar lo que interesa a los intelectuales cubanos. Considero, por ejemplo, que el interés de los cubanos en todas las variedades del marxismo, en todos los tipos de pensamiento y política de izquierda, es comprensible y admirable, porque es un hecho que en las cuestiones prácticas e intelectuales que confrontan ahora los cubanos, esas ideas son valiosas; es un hecho también que las ideas oficialmente aceptadas en los Estados Unidos y aprobadas por sectores dominantes de la comunidad intelectual norteamericana no tienen ninguna vigencia ni sentido alguno para las necesidades educativas, administrativas y culturales de Cuba.

El público norteamericano ignora, en general, las variedades existentes en el pensamiento y la actividad de izquierda. Es verdad, por otra parte, que algunos de los mejores y más académicos estudios de estos temas se realizan actualmente en nuestras principales universidades. Pero el resultado de estos estudios no se difunde entre el gran público: se limita a los "especialistas". Este simple hecho es, en mi opinión, una de las razones de que no podamos comprender lo que piensan los líderes y los pueblos del bloque de naciones hambrientas, lo que quieren hacer y lo que van a pensar y a hacer en el futuro.

En los periódicos norteamericanos todo se califica de “comunismo” y el comunismo es considerado un mal inmodificable y homogéneo. El resultado es que los ciudadanos ignoran totalmente lo que pasa en la mayor parte del mundo. Es la ignorancia del provinciano, en lo intelectual y en lo político. Es natural, pues, que cuando ocurren sucesos que no pueden ser justamente entendidos se produzca la histeria. La única garantía contra semejante histeria es el conocimiento; no el conocimiento de un libro ni de 10, sino el conocimiento que sólo puede brindar una prensa auténticamente libre cuya administración y cuyos periodistas sepan lo que es importante y sepan comprenderlo y explicarlo día a día y semana a semana. Una prensa como ésta no existe en ninguna parte del mundo.

Por esta razón, lo más importante que podría hacer una fundación norteamericana por la causa de la libertad sería recoger y apoyar, en los términos sugeridos por los cubanos y bajo una dirección cubana, la idea expresada en la séptima carta de una universidad genuinamente internacional en La Habana. Y lograr la publicación, en los Estados Unidos y en otros lugares, de los resultados sucesivos de un esfuerzo intelectual y político tan prometedor.

## VIII

Volvemos, pues, al mismo tema: si pensamos en lo que está sucediendo en Cuba y en los argumentos de los revolucionarios cubanos, si tratamos de especular certeramente acerca de las posibilidades del futuro de Cuba, nos vemos obligados a reflexionar una y otra vez sobre la participación real y la posible de los Estados Unidos de Norteamérica en estas cuestiones.

No es posible decidir lo que se deba pensar acerca de la Revolución cubana o de las relaciones cubano-norteamericanas sin responder a interrogaciones de mucho mayor alcance. Dos parecen de inmediata importancia:

*1. ¿Es posible, en la actualidad, establecer una sociedad*

*económicamente justa y racional y, al mismo tiempo, políticamente dinámica y libre? Éste es un viejo dilema, una cuestión última y permanente de la cual nadie sabe la respuesta. A pesar del fardo del pasado cubano y de las consecuencias de la política norteamericana —pasada y presente—, creo que Cuba representa ahora una verdadera oportunidad para el desarrollo de una sociedad de esa forma —hay, naturalmente, diversas formas posibles—.*

*2. ¿Es políticamente posible, económicamente viable y militarmente realista para un país como Cuba asumir una postura plenamente neutralista y auténticamente independiente en la política internacional? A pesar de la miopía sistemática de la política norteamericana respecto de Cuba y de la astucia de la política soviética, me parece que todavía hay una oportunidad. Incrementarla es, en mi opinión, la única meta realista que los Estados Unidos pueden adoptar ahora en su política hacia Cuba.*

Cuando se trata de la historia no hay certezas, hay posibilidades. Pero en el caso de Cuba, en la actualidad, se trata de posibilidades en cuyo resultado nosotros mismos estamos profundamente comprometidos.

No resulta fácil para los norteamericanos escuchar bien, en este momento, lo que los revolucionarios cubanos tienen que decir del mundo en que viven. Pero eso es, precisamente, lo que tenemos que hacer. Debemos buscar, tras la retórica revolucionaria, sus propósitos y sus realizaciones. Debemos comprender que si están exagerando las iniquidades norteamericanas, sus exageraciones se equilibran con lo que afirman los voceros norteamericanos acerca de Cuba. Quizá una ligera reflexión revelaría que ninguno de los dos países está en tan triste situación como lo imaginan los voceros del otro. Sobre todo, no debemos permitir que nuestras reacciones a la manera en que se formulan las acusaciones cubanas nos oculten el hecho de que muchos de sus agravios contra los Estados Unidos, pasados y presentes, tienen sólidas bases en hechos históricos y sociológicos. No podemos creer que los gentiles modales de los voceros norteamericanos puedan ser la respuesta a esas quejas; por el contrario, debemos comprender que esta pose es una manera de evadir la argumentación. Debemos dirigirnos a la verdadera base real del caso de Cuba; debemos responder —con hechos, con

razones, con una política civilizada— a los argumentos de estos revolucionarios del bloque de naciones hambrientas.

## NOTAS Y BIBLIOGRAFÍA

*1. Es muy difícil obtener datos concretos de fuentes documentales fidedignas acerca de Cuba. El antiguo régimen era una tiranía, y a las tiranías no les gusta que se puedan recoger fácilmente los datos. Resulta igualmente difícil en la nueva Cuba: los medios fidedignos de recolección y que permitan comprobar la autenticidad de los datos no están todavía bien organizados, y los hechos, inclusive los fundamentales, están cambiando con mucha rapidez. No existen agencias cubanas de información ni personal cubano práctico en las técnicas de documentación y estadística en la medida adecuada. Existen, naturalmente, muchos datos concretos y cálculos válidos. Pero están dispersos en muchas cabezas y en muchos archivos. Nadie sabe qué ministerio está encargado de los distintos datos y documentos.*

Quiero agradecer, pues, a la señora Margery Ríos, a Olga Finlay y a Carlos Martínez su diligente labor de investigación y los extraordinarios esfuerzos que realizaron. Los recuentos y colecciones estadísticas que reunieron han sido indispensables aun en los casos en que no he podido utilizarlos directamente en este libro.

*2. El mejor libro reciente sobre América Latina en general del que tengo conocimiento es Arms and Politics in Latin America, Council on Foreign Relations / Praeger, Nueva York, 1960, de Edward Lieuwen; véase también Political Change in Latin America: The Emergence of the Middle Sectors, Stanford, Stanford University Press, 1958, de John J. Johnson. Véanse las excelentes bibliografías que aparecen en estas obras. Un cuidadoso recuento estadístico de esta región del mundo, escrito por Otto Feinstein, puede encontrarse en el vol. I, núm. 1, de la revista New University Thought. También son útiles y valiosos dos libros de Lewis Hanke: Mexico and the Caribbean. Modern Latin America: Continent in Ferment, vol. I, D. Van Nostrand Company, Princeton / Nueva York, 1959, y South America. Modern Latin America: Continent in Ferment,*

*vol. II, D. Van Nostrand Company, Princeton / Nueva York, 1959. Sobre la Doctrina Monroe y acerca de otras cuestiones relativas, véase Readings in American Foreign Policy, editado por Robert A. Goldwin, Ralph Lerner y Gerald Stourzh, Oxford University Press, Nueva York, 1959.*

He utilizado además, en la Segunda advertencia al lector, el excelente ensayo de Paul Johnson, "The Plundered Continent", New Statesman (17 de septiembre, 1960); de Edmundo Flores, "The Significance of Land-Use Changes in the Economic Development of Mexico", Land Economics (mayo de 1959) —en español, "La significación de los cambios del uso de la tierra en el desarrollo económico de México", El Trimestre Económico, vol. XXVII, núm. 105 (enero-marzo de 1960)—; de Frederick B. Pike y Donald W. Bray, "The Future of United States-Chilean Relations", The Review of Politics (Universidad de Notre Dame, julio de 1960); de Oscar Lewis, "Mexico since Cárdenas", Social Research, vol. XXVI, núm. 1 (primavera de 1959), y de Alfred A. Berle Jr., "The Cuban Crisis: Failure of American Foreign Policy", Foreign Affairs (octubre de 1960). Donald Villarejo ha hecho una tabulación sumamente útil del "American Investment in Cuba", publicada en New University Thought, vol. I, núm. 1 (primavera de 1960).

*3. Las obras sobre la Revolución cubana son rápidamente superadas por los acontecimientos, pero esto no significa que pierdan vigencia. La obra más reciente —y la mejor— es Cuba: The Anatomy of a Revolution, Monthly Review Press, Nueva York, 1960, de Leo Huberman y Paul Sweezy, que cubre el proceso de la revolución hasta abril de 1960. Sobre la fase insurreccional de la revolución son informativos Castro, Cuba and Justice, Doubleday, Nueva York, 1959, de Ray Brennen y Fidel Castro, Bobbs-Merrill, Nueva York, 1959, de Jules Dubois. La obra fundamental sobre la economía del nuevo régimen es Report on Cuba, Washington, D. C., 1950, del Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento. Son también indispensables Rural Cuba, University of Minnesota Press, Minneapolis, 1950, de Lowry Nelson; Our Cuban Colony, Vanguard Press, Nueva York, 1928, de Leland H. Jenks; Investment in Cuba, Government Printing Office, Washington, D. C., 1956, del Departamento de Comercio de los Estados Unidos; Problems*

*of the New Cuba, Foreign Policy Association, Nueva York, 1935.*

*4. Entre los recuentos históricos generales de las relaciones cubano-norteamericanas, considero de la mayor utilidad A New History of the United States, George Braziller, Nueva York, 1958, de William Miller; The American Republic, 2 vols., Prentice-Hall, Englewood Cliffs, 1959, de Richard Hofstadter, William Miller y Daniel Aaron. He examinado también los archivos de The New York Times, Business Week, Foreign Affairs, Fair Play, The Wall Street Journal, The Nation —especialmente los artículos de Carleton Beals— y otros periódicos y revistas con materiales sobre Cuba. Mis fuentes esenciales han sido, sin embargo, mis propias entrevistas y observaciones en Cuba.*

[1] El autor utiliza la palabra dealing, que, estrictamente, significa comerciar, traficar. [T.]

[1] Las mejores expresiones de “una posición optimista” se basan en las esperanzas en el papel político de la clase media. De estos testimonios el mejor es, probablemente, el de John J. Johnson, Political Change in Latin America, Stanford University Press, Stanford, 1958. Aunque no estoy de acuerdo con la opinión del profesor Johnson acerca de los “sectores medios”, considero que este libro es “lectura indispensable” para todo el que quiera entender el panorama latinoamericano.

[2] Leonard T. Hobhouse, Liberalism, Oxford University Press, Londres, 1911.

[3] Bertrand Russell, The Theory and Practice of Bolchevism, George Allen & Unwin, Londres, 1920. Para un estudio detallado, véase Edward H. Carr, A History of Soviet Russia, 14 vols., Macmillan, Londres, 1950-1978.

Aún se percibía la agitación de la Revolución cubana cuando en el verano de 1960 Wright C. Mills se entregó a su análisis. El fruto de su ahínco fue la pronta publicación de *Escucha, yanqui. La Revolución en Cuba,* ejemplar obra de literatura comprometida que permitió al mundo escuchar la voz de este pueblo caribeño que exclamaba el entusiasmo por la transformación social emprendida por aquella generación empeñada en poner fin a la interminable sucesión de injerencias económicas y políticas que menoscabaron el bienestar cubano. El tono de esta interpelación nacionalista e igualitaria acentúa la efectividad de los mecanismos implementados, como la reforma agraria y la cruzada de alfabetización, y deja en segundo plano las abstractas disquisiciones ideológicas.

Cegada prematuramente su vida, a Mills le fue impedida la posibilidad de analizar con amplitud las consecuencias del nuevo orden. Sin embargo, para el lector contemporáneo el retorno a este controvertido ensayo es una oportunidad propicia para nuevas reflexiones.

Charles Wright Mills (1916-1962) fue una de las figuras más críticas del pensamiento social estadunidense del siglo XX, cuya metodología abrevó del pensamiento de Karl Marx y de Max Weber. De su autoría el FCE también ha publicado *La imaginación sociológica, Poder, política, pueblo* y *Cartas y escritos autobiográficos.*

www.fondodeculturaeconomica.com